

A portrait of Francisco Pizarro, a Spanish conquistador. He is depicted from the chest up, wearing a dark, high-collared garment with two red crosses on the chest. He has a dark beard and mustache, and is wearing a dark cap. The portrait is set within an oval frame.

FRANCISCO PIZARRO

(Trujillo, 1478 – Lima, 1541)



José M^a González Ochoa

D.FRAN.^{CO} PIZARRO.

FRANCISCO PIZARRO

(Trujillo, 1478 – Lima, 1541)



José M^a González Ochoa

Edita: Palacio de Barrantes Cervantes S.L.

Autor: Jose M^a González Ochoa

Maquetación e Impresión: Imprenta Moreno - Montijo

I.S.B.N.: 978-84-613-2298-5

Depósito Legal: BA-452/2009

©2009 Jose M^a González Ochoa de los textos

Las fotografías son del autor, excepto en los casos en que expresamente se señala

A Chemita, *El Conquistador de Pozuelo*,
por traer el equilibrio a la Fuerza.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin la colaboración e intervención de varias personas. El autor quiere expresar su sincero agradecimiento a:

Hernando de Orellana-Pizarro por la confianza expresada y el apoyo total a la edición de este libro.

A Ascensión Muñoz y Juan Antonio Serrano por su excelente labor de coordinación.

A Diana Mendoza, por sus aportes documentales enviados desde Lima.

A D. Raul Greenwich, director del Proyecto de Investigación Bioarqueológico e Historiográfico sobre los restos de Francisco Pizarro, que tan amablemente ha prestado las conclusiones de su estudio para que puedan ser publicadas en esta obra como uno de los anexos documentales.

A Luis Cardiel y Rafaé Esguevillas por el apoyo informático.

Y a mi familia, por el tiempo robado y el apoyo constante.

ÍNDICE

Prólogo de Hernando Pizarro-Orellana.....	11
Presentación de la Fundación Obra Pía de los Pizarro.....	13
1.- DESCUBRIMIENTO	17
Los Orígenes.....	17
El Nuevo Mundo: Sevilla, Italia, Las Indias.....	21
2.- EN TIERRA FIRME.....	29
“El hombre del barril”	32
Con Balboa hacia La Mar Pacífica.....	37
La expedición de Pedrarias y el final de Balboa.....	41
Pizarro vecino de Panamá.	45
3.- VIAJES A PERÚ.....	49
Primer viaje a Perú.....	49
El Pacto de Panamá	52
El segundo viaje.....	54
“Los Trece de la Fama”	56
La Capitulación de Toledo.....	60
La visita a Toledo	72
4.- CONQUISTA	75
La expedición definitiva.....	75
La Fundación de San Miguel	79
Camino de Cajamarca	81
La sociedad que encontraron y ayudaron a destruir los españoles	85
Último horizonte: <i>el Tahuantinsuyu</i>	87
La crisis del <i>Tahuantinsuyu</i>	91
Colisión en Cajamarca.....	95
Estrategias y cálculos políticos.....	98

Apresamiento y masacre.....	101
Promesas incumplidas.....	104
La tristeza del Inca.....	107
El reparto del botín.....	109
El dilema de Cajamarca.....	112
A la conquista de Cuzco.....	116
La muerte de Calcuchímac.....	119
5.- COLONIZACIÓN.....	121
La fundación española de Cuzco.....	121
Lima, la Ciudad de los Reyes.....	126
Primeras disensiones graves.....	128
La rebelión del Inca.....	132
6.- GUERRA CIVIL.....	135
La batalla de Salinas.....	137
El marqués gobernador.....	138
Los días finales en Lima.....	141
La muerte del marqués.....	142
7.- EPÍLOGO.....	145
El destino de los otros Pizarro en Perú.....	148
ANEXOS DOCUMENTALES.....	157
Anexo 1. El requerimiento.....	159
Anexo 2. Las leyes Nuevas (1542).....	163
Anexo 3. Proyecto Académico de Investigación Bioarqueológico e Historiográfico Francisco Pizarro (PAIBHFP), por Edwin R. Greenwich.....	169
Anexo 4. Cuadro genealógico de la familia Pizarro, desde Francisco hasta la actualidad.....	179
CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE FRANCISCO PIZARRO.....	181
BIBLIOGRAFÍA.....	183

PRÓLOGO

Desde mi responsabilidad en el Patronato de la Fundación Obra Pía de los Pizarro, y desde la representación e impulso a la labor que desde ella se lleva a cabo, he tenido la oportunidad y la suerte de prologar varios libros. Trujillo y su historia han sido mi grata experiencia en este campo, sin embargo, reconozco mi pereza a la hora de reunir unas pocas palabras para prologar la biografía de un personaje tan importante en el devenir de nuestra institución y a nivel personal, Francisco Pizarro.

No se trata de que la obra escrita por José María González Ochoa no lo merezca, todo lo contrario, nos encontramos con un riguroso trabajo con ánimo divulgativo, escrito de forma amena y que describe al personaje desde el afecto y una profunda admiración. Tuve el gusto de leer la obra en su primera edición, y ahora, ampliada y completada con los últimos descubrimientos sobre los restos del conquistador, se ha convertido en una oportunidad para que la Fundación avance en el cumplimiento de sus fines y en la consecución de sus objetivos, de ahí el patrocinio y edición llevados a cabo.

Todo lo contrario, son la enormidad de la figura y la complejidad del episodio histórico los que me llenan de dudas: el apasionamiento que producen, en favor y en contra; la trascendencia del personaje para la tierra que le vio nacer, Extremadura, y para la nación que nació con él, Perú; y el peso de su legado y apellido, me convierten, probablemente, en la persona menos apropiada para llevar a cabo el encargo.

Por ello, permitanme optar por la salida más fácil, dejar en manos del lector con apetito de historia y del historiador con ánimo de entretenimiento que reflexionen sobre nuestro personaje y discutan sobre él, y a mi mostrar la satisfacción de que nuestro proyecto nos haya traído a este punto, a editar

una biografía sobre la figura central de nuestra historia. No creo que sea la última, y quizá su carácter divulgativo no la conviertan en la mayor aportación científica en la que pueda participar la Fundación, pero ocupa un importante lugar, es la primera y es, además, para todos y, por si fuera poco, cumple con su objetivo, presenta la figura del hombre y del conquistador, que si bien es conocida de todos, no dudo de que el acercamiento a través de las páginas de este libro sorprenderá a algunos por las increíbles facetas del personaje.

Hernando de Orellana-Pizarro.

Presidente de la Fundación Obra Pía de los Pizarro.

LA FUNDACIÓN OBRA PÍA DE LOS PIZARRO

La *Fundación Obra Pía de los Pizarro* es fruto del largo y laborioso proceso histórico que se inicia con la conquista del Perú y los acontecimientos inmediatamente posteriores. En ellos, los hermanos Pizarro; Francisco, Hernando, Juan y Gonzalo, protagonizan algunas de las más apasionantes páginas de la Historia Universal, en las que asistimos al ascenso y caída de la gloria y el imperio americano de nuestros protagonistas, y su posterior reconversión en fortuna y aristocracia indiana en la península.

Sus afanes, en forma de títulos y mayorazgos, cristalizan en el matrimonio de Hernando con su sobrina Francisca, fruto de la relación de Francisco con la princesa Inés Huaylas Yupanqui, hermana de Atahualpa e hija de Huayna Capac, último soberano inca y exponente principal del proceso de mestizaje humano y cultural con que la Conquista enriqueció al mundo.

Ambos, ya en la península, únicos supervivientes y herederos de la aventura americana, anhelan afianzar la permanencia de su apellido, fama y fortuna fundando su mayorazgo y mandando erigir en Trujillo, cuna y último refugio, una iglesia colegial para memoria de su casa, enterramiento de ellos y lugar en el que ofrecer sufragios por sus almas; y junto a ella un hospital para atender a los pobres de la ciudad. Resuelta voluntad recogida en sus testamentos.

Instituido el mayorazgo, el devenir histórico no dio oportunidad a la construcción de los edificios dispuestos, no obstante, propició un largo y dificultoso proceso de interpretación de los testamentos que condujo a la constitución, en 1880, de la Fundación Obra Pía de los Pizarro como expresión última de la voluntad de Hernando y Francisca.

Desde su constitución y hasta principios de los setenta del pasado siglo, la Fundación cumplió su compromiso sosteniendo el hospital municipal de la ciudad. Sin embargo, el inexorable paso del tiempo, los acontecimientos del último cuarto de siglo XX, y las nuevas realidades surgidas de ellos, hicieron necesario abordar un importante proceso de modernización de la ya, en ese momento, vieja Fundación, que afectó tanto a su estructura como a sus fines y actividades. Todo ello con objeto de, sin renunciar al enorme bagaje histórico de que goza, situarla plenamente en el siglo XXI.

Transformaciones que afectaron tanto a la forma de entender los fines fundacionales como de llevarlos a cabo. Su larga historia, su vinculación americana y sus profundas raíces en Extremadura orientaron los esfuerzos a convertirla en referencia y punto de encuentro en las relaciones culturales y de promoción del desarrollo entre España y Perú, entre Europa y América, así como en las actuaciones asistenciales y culturales en Extremadura.

Este ambicioso propósito condujo a un trascendental cambio en el modelo de gestión, al entender que la capacidad de impulsar actividades y cumplir con los fines fundacionales está condicionada por una eficiente gestión del patrimonio; asumiendo, al tiempo, el compromiso de participar en el desarrollo de las regiones con las que comparte historia y destino.

Fruto de ese esfuerzo, la Fundación, ejercicio a ejercicio, va incrementando su capacidad de desarrollar actividades con las que perseguir un más amplio y eficaz cumplimiento de sus fines. Sus sedes en Trujillo, el Palacio de los Barrantes-Cervantes, y en Lima, la Casa Graña, edificios históricos, de gran valor artístico y arquitectónico, cuidadosamente recuperados y referencias monumentales en sus ciudades, constituyen los cimientos sobre los que la Fundación apoya su proyecto a un lado y otro del Atlántico, aspirando a que sean fiel reflejo de la institución que tienen que albergar, una Fundación moderna, con vocación de presente y futuro, que disfruta, al mismo tiempo, de una larga y rica historia.

España y América, Extremadura y Perú, se han convertido en campos de acción donde la Fundación va abriendo la senda del reconocimiento a su labor en el ánimo de las sociedades que la acogen. En consecuencia, la Obra Pía de los Pizarro es, a comienzos del siglo XXI, una institución con una

apasionante historia ante la que se abre, tras años de esfuerzo, un esperanzador futuro a caballo entre Europa y América, que ha de alcanzar sin perder de vista su Trujillo y Extremadura natales.



Cuadro anónimo de Francisco Pizarro, hacia 1529, conservado en el Archivo General de Indias de Sevilla

I.- DESCUBRIMIENTO

Los Orígenes

En el año del Señor 1478 (algunos biógrafos precisan el 16 de marzo), en una humilde casa del arrabal de San Miguel, en Trujillo (Cáceres), nació un niño bastardo, fruto ilegítimo de la unión carnal de un hijo de don Hernando Alonso Pizarro y una hija de labradores conocidos como “los Roperos”. A pesar de no ser nunca reconocido (ni negado) por su padre, el primero de los diversos hijos bastardos de don Gonzalo fue bautizado en la iglesia parroquial de San Miguel con el nombre de Francisco y el apellido paterno.

Su nacimiento no quedó registrado en los libros parroquiales, de donde toman origen las diversas especulaciones sobre el día y el año exacto de su nacimiento. Aunque el origen de la mezcla no podía considerarse del todo honroso, de lo que no hay duda es que por las venas de Francisco Pizarro corrían las dos tradiciones sanguíneas españolas que mejor habían mantenido la pureza cristiana durante los ocho siglos de dominación árabe.

Uno de los vecinos principales de Trujillo era don Hernando Alonso Pizarro, hidalgo descendiente de los Pizarro, que junto a don Pelayo lucharon en la batalla de Covadonga en 718, donde se frena el avance islámico en la Península. El origen astur lo corroboraban los motivos heráldicos del escudo familiar: un pino, dos osos afrontados y a sus pies dos trozos de pizarra. Escudo que todavía puede verse sobre el portal gótico de la casa solariega de los Pizarro, en la parte alta de la ciudad de Trujillo.



Estado actual de la rehabilitada casa de la familia Pizarro en Trujillo (Fotografía: José M^a González Ochoa)

Pero la Historia regaló más honores al ya ilustre apellido. Además del entronque con los inicios de la Reconquista, Pizarros hay entre los capitanes que mandaron tropa en la batalla de las Navas de Tolosa (1212), inicio de la decadencia almohade en España, y punto de partida de la recuperación cristiana de Andalucía. Y Pizarros fueron los protagonistas, veinte años después, de la toma de Trujillo a los moros por los ejércitos del batallador obispo don Alonso Pérez. Sería en este enclave extremeño donde los Pizarro asentaron definitivamente la rama de la familia que alcanzaría gloria y fama con el más ilustre de sus bastardos. De tal suerte, Gonzalo Pizarro destinado por la tradición y la voluntad paterna a la vida militar, aportaría a su hijo Francisco la hidalguía y nobleza de sangre.

Por aquel mismo tiempo, en los arrabales de Trujillo vivían los herederos de la tradición secular de los “cristianos viejos”, labradores españoles cuyo reconocimiento social y orgullo provenía de no llevar ni una gota de sangre mora o judía. Estos cristianos se dedicaban a trabajar la tierra y a cuidar los rebaños de los señores, o a oficios artesanos y a la compraventa de ropa o baratijas. De la familia de uno de ellos, la del labrador Juan Mateos, recibirá el futuro conquistador, por vía materna, el abolengo de sangre pura cristiana.

Juan Mateos González y su esposa María Alonso, ambos naturales de Trujillo, alternaban las tareas del campo con la compra y arreglo de ropas, por lo que eran conocidos como “los Roperos”. Tenían dos hijas: Catalina González, de cuya existencia poco se sabe; y Francisca González, quien al morir su padre entraría a servir como criada de monjas nobles en el convento de San Francisco el Real.

La corta distancia que separa la casa solariega de los Pizarro y el convento de San Francisco propicio, sin duda, el encuentro del hidalgo Gonzalo y la joven criada Francisca. Aunque nada hay escrito, es fácil deducir que la muchacha acabaría siendo seducida por los requiebros de quien además de galanura tenía apellido y hacienda. Sí conocemos los resultados de aquellas refriegas de amor: cuando la preñez de la moza era indisimulable, fue expulsada del convento, y Francisca debió buscar refugio en casa de Juan Casco, el nuevo marido de su madre. Como el tiempo y la historia terminan por hacer justicia y corregir los hechos, hoy, en la cripta de la iglesia del convento de San Francisco el Real descansan los restos de doña Francisca Pizarro Yupanqui, hija heredera del conquistador y nieta de aquella criada despedida por indigna; además de Hernando Pizarro y la princesa inca Inés Yupanqui, hermano y cuñada del conquistador.

Poco sabemos de la niñez del rapaz fruto de aquella unión. Francisco López de Gómara, cronista asalariado de Hernán Cortés, no puede disimular los celos ante la gloria del otro gran héroe de la Conquista. Temiendo quizá que restase esplendor a las hazañas de su señor, nos presenta al adolescente trujillano cuidando pjaras de cerdos. El mismo Gómara falta a los hechos probados al inventarse diversos episodios de la infancia de Francisco absolutamente inciertos: ni fue abandonado en la puerta de una iglesia, ni fue tardíamente reconocido por su padre. Seguro que el niño Pizarro debió guardar cerdos y conducir rebaños, también labraría la tierra y recogería mies en el estío, pues vivía con humildes campesinos. En su adolescencia, el futuro conquistador simultanearía el trabajo en el campo con las tareas de un molino propiedad de unos parientes de la cercana villa de la Zafra, soñando siempre con la manera de abandonar aquellas tierras y salir de su condición mísera.

Suponemos que tuvo una infancia semejante a la de los muchachos de su condición, sin nada más de lo que le propiciasen su trabajo y sus sueños, y querido por su madre, sin excesos de ternura ni de cóleras, al amparo de cuya familia

creció. Su padre, Gonzalo, apodado el *Largo* por su esbelta y dilatada figura, lo ignoró siempre. Hombre de armas, peleó en la guerra de Granada al servicio de los Reyes Católicos, y algunos cuentan que también estuvo con los tercios del Gran Capitán en Italia. En 1503 la reina Isabel le otorgó el título de Continuo por los servicios prestados en la milicia y nueve años después, don Gonzalo participó activamente en las campañas de Navarra para hacer frente al rey francés. Al redactar sus últimas voluntades, poco antes de morir en Pamplona en 1522, reconocerá haberse casado con doña Isabel de Vargas, de la cual tuvo tres hijos legítimos: Hernando, Inés e Isabel. También menciona en su testamento haber tenido dos hijos varones, Juan y Gonzalo, con doña María Alonso, y dos hijas, Catalina y Graziana fruto de su relación con María de Viedma. Y aún agregó dos hijas más, Francisca Rodríguez y María de Aguilar, cuyas madres no nombra. Sorprende que don Gonzalo, hombre preocupado del porvenir de sus allegados, quien procuraba casar a las madres de sus hijos con criados o labradores suyos, y quien al testar no olvida a ninguno de sus nueve hijos, ignore completamente al primogénito Francisco, como si intuyese que ya el futuro y la historia se ocuparían de él. Ello nos indica que la desvinculación entre padre e hijo fue absoluta.

Algunos historiadores cuentan que el viejo abuelo paterno, don Hernando, siendo Regidor de Trujillo y teniendo ya el alma reblandecida por los años llamó mandar al nieto olvidado. Así entró el muchacho en la casa de los Pizarro; por primera vez más allá del dintel sobre el que el pino, los osos y las pizarras marcaban el límite hasta donde él podía acercarse a los de su sangre. El abuelo, vencido el orgullo, abrazó a aquel chaval con rasgos inequívocos de la familia: fuerte complexión, largas piernas, nariz fina y esa mirada poderosa que sólo otorga el carácter. Pero si existió tal encuentro, se trató de un simple gesto de reconocimiento privado y personal del abuelo, aunque es muy posible que la visita tuviera gran importancia para el adolescente, ya que saberse un Pizarro le ayudó a asentar el carácter determinante y decisivo que ya apuntaba en él. Pero también, y esto es fundamental para entender su marcha de Trujillo, el encuentro con el abuelo –si existió– le hizo comprender definitivamente que tendría que abrirse paso por sí mismo, que nadie se iba a ocupar de él y que su destino dependería tan solo de su ambición, de su audacia y de su determinación en perseguir aquello que deseara. Desde ese momento supo que no tenía raíces, que en él no había lugar para la nostalgia y que su vida empezaba allí donde acababan los berrocales de su ciudad.

Un buen día de 1494, año arriba o abajo, Francisco decide marcharse de Trujillo, pero no por las razones que cuenta Gómara "... les dio un día una mosca a sus puercos y los perdió... no se atrevió a volver a casa de miedo". Simplemente, no tenía motivos para quedarse: nada de la ciudad le atraía o ataba, tenía todas las razones para salir de allí. Ante el hervidero de noticias que llegaban de Sevilla contando los triunfos de los Reyes Católicos y del descubrimiento de las Indias Occidentales, el joven Pizarro aprovechó el paso por su ciudad de un grupo de caminantes en dirección al Guadalquivir para unirse a ellos. El Mundo se ensanchaba y Francisco Pizarro empezaba a caminar en él

El Nuevo Mundo: Sevilla, Italia, Las Indias

La caída de Granada en 1492, cuando el joven Francisco contaba 14 años, había enardecido los espíritus de los cristianos peninsulares. Los Reyes Católicos, al fin, lograban la unificación política y religiosa configurando al mismo tiempo el primer Estado moderno de Europa. Poco después de la toma del último bastión islámico se tenían noticias del hallazgo de nuevas tierras al otro lado del Atlántico. En apenas diez meses se consumaban los dos grandes hitos que abrían la historia moderna de España.

La monarquía española, fuerte y con un proyecto nacional claro, es decir, sintiéndose capaz de aglutinar y representar una empresa colectiva, necesitaba nuevos horizontes. España experimentaba en esos años un empuje hacia delante, inconformista y bullicioso, característico de toda nación no definida. Pero además, concurrían por entonces en la Península circunstancias muy poderosas que ayudaban a la expansión: su situación geográfica de avanzadilla hacia el Nuevo Mundo, reforzada por la toma de Canarias en 1480; la posesión de unos recursos humanos y económicos sin parangón, especialmente en Castilla; el final de la Reconquista que impulsaba a buscar otros horizontes geográficos, espirituales y financieros; el respaldo de una monarquía poderosa y eufórica tras sus victorias sobre el Islam; los hábitos de vida para el desplazamiento de extremeños y castellanos, junto a la tradición marinera favorecida por la existencia de un complejo portuario excelente (Cádiz-Sevilla).

Contemporáneamente se estaba produciendo una transición ideológica y espiritual. La luz del Renacimiento se abría paso. El deseo de libertad empezaba a romper las trabas morales que la religión imponía. Estamos apenas

a veinticinco años del gran cisma de la cristiandad; la Reforma de Lutero no será sino una señal más de la rebeldía de los espíritus inquietos de la Europa del siglo XVI.

Los problemas del poder, de la religión, del espíritu, el propio mundo conocido... todo estaba aún por definir. Los nuevos descubrimientos planteaban cuestiones de carácter universal. Problemas científicos al resquebrajarse la imagen tradicional del orbe o de la filosofía natural; problemas económicos ante las riquezas atisbadas y después confirmadas en las Indias; problemas morales y religiosos acerca de la humanidad de los indios, la unidad del género humano, la licitud de la conquista... A finales del siglo XV Europa abría los ojos ante algo esencialmente nuevo, y el europeo asistía a un giro decisivo en la historia de la humanidad.

Las circunstancias señaladas se enfrentaban al mundo pequeño, injusto y mísero en el que habitaba el joven Pizarro. Una sociedad feudal de poderosos señores cargados de privilegios por mor de la sangre y la guerra, y una multitud de desarraigados sirvientes, labradores o artesanos que debían contentarse con lo que les otorgaba la benevolencia de su señor, el esfuerzo de su trabajo o la benignidad del cielo. A un carácter inquieto como el de Francisco, hijo de su época, sin preparación intelectual ni conocimiento alguno, pero con una profunda sabiduría intuitiva, Trujillo no le ofrecía nada, al contrario, le cerraba todas las posibilidades que alumbraba la nueva sociedad. Por esas mismas razones, inicialmente no debió desagradarle la ciudad que encontró nada más cruzar el puente de Triana.

Sevilla también estaba en mutación, a punto de dejar de ser la ciudad fortaleza del occidente andaluz. Su economía se basaba en el comercio de trigo, aceite, lana y manufacturas locales o importadas que fluían por el Mediterráneo y el norte de Europa, sirviendo de avanzadilla hacia África y el Atlántico. Aunque ya se había producido la expulsión de los judíos (1492), y desde 1482 funcionaba el tribunal de la Inquisición, en la ciudad pervivía un importante grupo de hebreos sefardíes, conversos o no, mudéjares y mercaderes extranjeros que le conferían un carácter cosmopolita, heterogéneo y dinámico muy distinto al de la sociedad extremeña que nuestro adolescente había dejado atrás. Pero, además, Sevilla era el hervidero de noticias que traían los primeros barcos retornados del Caribe. Desde marzo de 1493, cuando arriban de regreso las carabelas de Colón, por Sevilla comienzan a

circular inverosímiles y maravillosas historia sobre las nuevas tierras. Fabulosos relatos de riquezas en oro, perlas y especies, de ciudades doradas, de indios caníbales y mujeres insaciables, de parajes bellísimos, ríos como mares y bosques impenetrables... todo despierta la imaginación de muchos hombres dominados por una realidad pacata y magra.

Son las vísperas de la gran eclosión sevillana. A su posición privilegiada en el circuito europeo, la ciudad va a sumar su condición de “puerto y puerta de las Indias”, sede del monopolio de los intercambios entre Europa



“Vista del puerto y la ciudad de Sevilla en el siglo XVI” (Detalle). Cuadro de Sánchez Coello, Museo de América, Madrid.

y América. En 1503 se instalará allí la Casa de Contratación, institución encargada de dirigir el tráfico de personas, mercancías y naves hacia el Nuevo Mundo. Sevilla está convirtiéndose en una de las grandes urbes de Europa, su puerto será el centro que regirá la economía mundial, y sus casas y palacios focos intelectuales y artísticos del Viejo Continente.

Para el labriego es-pigado, analfabeto -de letras sabía las oídas y repetidas en los rezos-, la Sevilla que descubrió era una alucinación muy distinta a la imaginada en Trujillo. En las estrechas calles sevillanas el muchacho

extremeño atisbó los primeros apuntes de la sociedad que él ayudaría a definir, y descubrió tipos humanos impensables hasta entonces: oficiales, funcionarios corruptos, marineros, militares desocupados, mercenarios que alquilaban su espada, impresores, prostitutas, mercaderes, especuladores, prestamistas, tahúres y toda suerte de hampones. El mundo en carne viva.

En aquellos días sevillanos es fácil imaginar a Francisco, con dieciséis o diecisiete años, paseando atónito por el Arenal, viendo las carabelas y las naos que regresaban o partían hacia el Nuevo Mundo. Los atracaderos hirviendo de gente presta a alistarse como tripulantes. Los patrones demandando a gritos a timoneles, marinos, gavieros, cómitres, carpinteros, cartógrafos, calafateros, cocineros, despenseros, soldados y demás oficios necesarios para la travesía. Y el trujillano preguntándose de qué forma podría él enrolarse en aquellos navíos siendo tan joven e inexperto, mientras cruzaba los trece pontones del puente de Barcas, camino de los barrios marineros donde merodeaban las putas en cantidad inimaginable. A pesar de ser Pizarro un muchacho de sentimientos y pasiones recias, forjadas en la templanza y la sobriedad, no es impensable que en Triana, en Magdalena o en el famoso Compás de la Mancebía, muy cerca del Guadalquivir, alguna meretriz le guiase por los vericuetos del sexo y la pasión corporal. Sin duda, debió también sentirse impresionado bajo los arcos imponentes de la nave central de la catedral. De fe profunda y simple, Pizarro heredó de su infancia y de su ciudad natal una honda devoción por la Virgen, que irá demostrando a lo largo de su vida, desde el símbolo de su escudo hasta las órdenes de su testamento para levantar una catedral en Lima dedicada a Nuestra Señora. No es de extrañar que en sus paseos de asombrado adolescente, tras descubrir que junto a las gradas de la catedral, a la sombra del magnífico minarete almohade transformado en campanario, se traficaba con los primeros esclavos indios capturados en el Caribe, Pizarro entrase en las frescas naves catedralicias a orar, con la sencillez rural aprendida de su madre ante la imagen de la Inmaculada y del Cristo crucificado.

Evitaría, por el contrario, pasar junto al inquietante Castillo de San Jorge, sede de la Santa Inquisición, de donde salían los torturados y condenados hacia el quemadero de los llanos de Tablada, lugar de las ejecuciones públicas. La justicia del santo Oficio despertaría en él una mezcla de temor, duda e incompreensión. Y siendo analfabeto como era, tampoco experimentaría

interés alguno por otro hecho que había removido los cimientos políticos, culturales y religiosos de la ciudad: la llegada de las primeras imprentas y el surgimiento de los primeros talleres de impresores, en su mayoría de alemanes o italianos.

Sería en alguna calle o plaza sevillana donde el taciturno y espigado mozalbete escuchase al reclutador real pedir voluntarios para el ejército. Pero no era en las Indias donde se precisaban soldados: en Italia el rey francés incursionaba peligrosamente por territorios españoles. La paga y la aventura prometían más que el diario peregrinar por las calles y los muelles en busca de un trabajo casual.

Como acabamos de apuntar, el avance de las tropas francesas de Carlos VIII ponía en peligro el poder español en Nápoles y amenazaban al Papado. Fernando el Católico, junto al Papa, a la República de Venecia, al Milanésado y a Maximiliano I de Austria, formaron la Liga Santa. En febrero de 1495, un pequeño ejército al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, partía hacia Italia. Entre los soldados españoles estaba el joven Pizarro. Allí iba a aprender, del Gran Capitán, dos cosas fundamentales para su ulterior experiencia: el dominio de la tropa, es decir el mando y la estrategia militar para guerrear con escasos efectivos, disciplinados y muy móviles; y la ventaja que otorga el obligar al enemigo a batallar donde y cuando más convenga al propio ejército. Estas experiencias serían decisivas unas décadas más tarde.

Gonzalo Fernández de Córdoba, un militar intuitivo y revolucionario, fue sin duda el primer gran maestro del trujillano. Él dio fama a los tercios españoles, fuerzas que hoy llamaríamos de “intervención rápida”: no muy numerosas para permitir la agilidad de movimientos, dotadas de armamento ligero y rápido –arcabuces, mosquetes, ballestas y espadas cortas-. Anteriores batallas le habían enseñado que se podía evitar el choque frontal con la acorazada caballería francesa disparando a distancia con pequeñas piezas de artillería, arcabuces y ballestas. Diezmado el enemigo, intervenían los piqueeros y la caballería ligera. Esta nueva táctica, basada en el poder de las armas de fuego y la movilidad de la infantería, permitió reconquistar Nápoles y derrotar a la hasta entonces invencible caballería gala.

En los campos de Nápoles, pues, asimiló el futuro conquistador el nuevo arte militar desplegado por su admirado Gran Capitán. Magisterio que

pondría en práctica en muchos momentos de su vida y que, finalmente, agradeció en sus últimos años usando los zapatos y el sombrero blanco como los vistiese Gonzalo Fernández de Córdoba.

Terminada la guerra en 1504, el héroe de Italia se retiró a Loja a vivir de sus honores y renta, apenado por los celos del rey Fernando, quien no le permitió volver a su ducado italiano de Sesá ni le concedió el pretendido maestrazgo de la orden de Santiago. Seguramente en ello influyó la decadencia física y moral de la reina, su gran valedora. Ese mismo año, en el castillo de Medina del Campo un cáncer y diversas tragedias familiares acababan con la vida de Isabel de Castilla.

Para entonces, algunos historiadores ya sitúan a Francisco Pizarro en Las Indias. En 1499 Alonso de Ojeda –antiguo paje del Duque de Medinaceli, soldado en la campaña de Granada, navegante en el segundo viaje de Colón y responsable del primer cargamento de oro indiano que llegó a la Península con el que se hizo la Custodia de la catedral de Toledo– organizó una nueva expedición. Entre sus acompañantes figuraba el santón Juan de la Cosa, famoso piloto y cosmógrafo, y se sospecha que pudiera estar el recién soldado licenciado de los tercios Francisco Pizarro. Nada prueba que estuviese en dicha expedición, pero la estrecha relación posterior que mantuvo con Ojeda y Juan de la Cosa permite especular con ello. Incluso las conjeturas de ciertos cronistas como Quintana van más allá: aseguran que Pizarro “pasó a las islas de Barlovento en el último viaje que hizo Colón”.

Atendiendo a fuentes más fiables, en 1502 encontramos al veinteañero Pizarro como paje del cacereño Nicolás de Ovando, Comendador de Lares, quien como recién nombrado gobernador de La Española capitaneaba una enorme flota hacia las Indias. La expedición de Nicolás de Ovando era el primer intento cuidadosamente organizado por el Consejo de Indias de colonizar el Nuevo Mundo. El 13 de febrero de 1502 desde Sanlúcar partieron cincuenta y cinco naves, dos mil quinientos cincuenta pasajeros, entre los cuales había ya mujeres, artesanos, campesinos con sus semillas y aperos de labranza, y diversas cabezas de ganado bovino y caballar.

Está debidamente documentado que Pizarro pisó –¿por primera vez?– tierra americana el 15 de abril de 1502, en la isla de La Española, hoy repartida entre dos países Haití y la República Dominicana. Diez años después de

la llegada de Cristóbal Colón, la isla se había convertido en la base de las nuevas expediciones por el mar Caribe. En esos momentos en La Española encontramos a personajes tan determinantes para América como: Hernán Cortés, dedicado a la cría de caballos; Vasco Nuñez de Balboa, acumulando deuda tras deuda; Juan de la Cosa, ocupado en trazar mapas y en aumentar su encomienda; y Alonso de Ojeda soñando con pasar a Tierra Firme.

Durante unos años el extremeño ofreció su experiencia militar en varias expediciones contra los nativos, lo que le reportó una buena encomienda. Las encomiendas fueron la clave de la primera colonización: consistía en la entrega de tierras y de los indios que vivían en ellas, por los servicios prestados a la Corona en el descubrimiento y conquista de nuevos territorios. El encomendero percibía de los nativos su trabajo durante un tiempo determinado, a cambio el indio debía ser protegido, instruido y evangelizado. Esto, al menos, era la teoría de las leyes, ya que los indígenas pronto se convirtieron en esclavos de los españoles, unidos a la tierra o al encomendero.

Pero Francisco no había cruzado el océano para criar caballos, cultivar yuca o catequizar nativos. Aunque sus tierras le permitiesen juntar más dinero del que había soñado en los arrabales de Trujillo, la discreta fortuna no colmaba ninguno de sus anhelos. En 1509, con treinta y un años, vuelve a embarcarse otra vez, camino de lo desconocido.

2.- EN TIERRA FIRME

En 1507 el rey Fernando había acordado un plan de colonización de lo que entonces se nombraba como Tierra Firme, la parte continental de América, apenas explorada por personajes como Colón, Ojeda o Nuñez de Balboa. El almirante Diego Colón reclamaba para sí este territorio descubierto por su padre, pero sus quejas fueron desatendidas. Las disposiciones reales establecían que las tierras del golfo de Darién, en la actual Colombia, se dividieran para su gobernación entre Alonso de Ojeda, quien recibía los territorios de Nueva Andalucía, desde el golfo de Urabá al cabo de la Vela, es decir la parte septentrional de Colombia; mientras a Diego Nicuesa se le asignaba la tierra comprendida entre el istmo y el cabo Gracias a Dios, las actuales costas de Panamá, Costa Rica y Nicaragua. (Véase Mapa nº 1).

Siguiendo las ordenanzas reales, en noviembre de 1509, con trescientos hombres y doce yeguas partía de La Española Alonso de Ojeda, personaje célebre por sus proezas y ante el cual Pizarro no ocultaba cierta admiración. Hábil soldado forjado en la guerra de guerrillas en la campaña de Granada, usó el mismo sistema con admirable éxito en las Indias. Destacado por su valentía, acompañó a Colón en varias expediciones, y cuentan que capturó al belicoso cacique Caonabó con una añagaza simple. El jefe indio sentía fascinación por todos los extraños metales sonoros, especialmente las campanas, Ojeda le ofreció una y también unas extrañas pulseras que no dudo en ponerse. En realidad eran un par de esposas que le permitieron llevar a Caonabó preso e indefenso frente al Almirante. Desgraciadamente, a Ojeda le traicionaba un carácter cruel y vengativo, y pasaría a la historia por ser el inventor de las tristes *guazavaras* o carnicerías de indios. En La Española había derrotado y masacrado a 10.000 indios con sólo cincuenta hombres.

Entre los expedicionarios de Ojeda había un teniente taciturno, de barbas jupiterinas, mirada firme, hábil con la espada y treinta y un años de experiencias diversas, Francisco Pizarro. El destino en forma de enfermedad impidió que un primo lejano del trujillano, un tal Hernán Cortés, embarcase con ellos. La Historia lo esperaba más al occidente.

Días después de la partida de Ojeda y sus barcos, saldría Diego de Nicuesa con una flota mucho mayor –setecientos hombres atraídos por la personalidad del hidalgo y la fama de Veragua o Castilla del Oro- para explorar y colonizar la parte a él asignada.

Cinco jornadas de vientos favorables permitieron a los navíos de Ojeda cubrir las mil millas que separan Santo Domingo del golfo de Cartagena. Mientras, en La Española, su socio Fernández de Enciso aviaba otra flota de refuerzo. Alcanzado el continente, Ojeda mandó anclar en la amplia bahía de Cartagena y desembarcó con setenta soldados para atacar a los indios. Su imprudencia casi la paga con la vida. Solo él y otro compañero sobrevivieron a una emboscada de los nativos. Entre los muertos, el santoñés Juan de la Cosa, uno de los grandes cartógrafos del Nuevo Mundo. Una vez recuperado, Ojeda se dejó arrastrar por la cólera vengativa y recreó otra de sus cruentas *guazavaras*, arrasando el poblado indio sin permitir supervivientes. Tras la orgía de sangre, los españoles navegaron hasta el golfo de Urabá donde levantaron un pequeño fortín, San Sebastián, en honor al santo saeteado. Ésta será la primera fundación hispana en Tierra Firme, si bien no era más que un castillete de madera rodeado de una empalizada en la margen oriental del golfo.

Muy pronto se reveló que el lugar elegido era inhóspito y estaba desprotegido. Las semanas en San Sebastián fueron lo más parecido al infierno. A los días tórridos y húmedos, a los frecuentes aguaceros, se les unían una naturaleza hostil, una fauna asesina –enjambres de mosquitos, caimanes, serpientes venenosas- y una dramática escasez de víveres. Los indios, por su parte, no dejaron de atacar y diezmar a los extranjeros. Una flecha alcanzó en el muslo al propio Alonso de Ojeda, quien con amenaza de muerte incluida obligó al galeno de la expedición a que le cauterizase la herida con hierro candente. Mitigando el dolor de su jefe estaba Pizarro, convertido ya, gracias a su valor y dominio de la tropa, en el hombre de confianza de Ojeda.

En esta agonía lenta pero inexorable les llegó la leve ilusión de un barco abistado en el horizonte. ¿Sería Enciso con la flota de refuerzo? En realidad, el bergantín de la esperanza estaba capitaneado por Bernardino de Talavera, un truhán huido de La Española con setenta hombres. Acosado por las deudas, Talavera se había convertido en uno de los primeros piratas caribeños, y enterado de la expedición de Ojeda, merodeaba la zona con turbios fines.

Ante la promesa de un sustancioso botín accedió el corsario a llevar al herido Ojeda a Santo Domingo, donde éste esperaba conseguir ayuda para sacar al resto de sus hombres de San Sebastián. Al despedirse, y en virtud de los poderes reales, Alonso de Ojeda nombró a Francisco Pizarro jefe de la expedición en su ausencia, ascendéndole al rango de capitán.

Las tormentas hicieron naufragar al bajel pirata, y parte de los supervivientes murieron comidos por los caimanes o infectados por los mosquitos de los pantanos de Zapata, en Cuba. Rescatados los supervivientes, el gobernador de Jamaica, Juan Esquivel, ordenó colgar a los escasos piratas vivos y permitió el traslado de Ojeda a Santo Domingo. El último rastro que nos queda del expedicionario lo tenemos en la crónica de Gonzalo de Oviedo: “Ingresó en un convento franciscano en La Española para tener una muerte cristiana”. Quizá en medio de las tormentas o entre las ciénagas, creyéndose en la hora postrera, ofreció su vida a Dios si salía vivo. Quizá su alma se atormentó en el recuerdo de sus matanzas... Sea como fuere, en Santo Domingo decidió recluirse en un convento, siendo Ojeda uno de los pocos conquistadores que murió de forma natural.

Mientras, en Tierra Firme la situación del grupo de Pizarro se tornó desesperada. Sus esperanzas estaban puestas en Ojeda –náufrago y perdido en Cuba- o en Enciso –extraviado en la mar-; poco bagaje para la fortuna. A pesar de ser hombre paciente y de palabra, superados todos los plazos razonables, sin alimentos y enfermos la mitad de los hombres, el extremeño decidió finalmente reembarcar a los setenta supervivientes y salir de allí.

La primera población edificada por los españoles debía ser abandonada. Los restos fantasmales de la expedición de Ojeda -dos bergantines arruinados, con una tripulación famélica y enferma, que apenas podían mantener la derrota de las naves- pusieron rumbo al punto de partida. Pero las calamidades no habían terminado aún. Un ciclón hundió uno de los dos navíos y

obligó al otro regresar a la costa, cerca del golfo de Cartagena, para aprovisionares de agua. Aquí, un nuevo ataque de los indios les recordó que allí no eran bienvenidos. De nuevo en la mar, sólo la fe y el valor de Pizarro mantuvieron la moral de los hombres, a quien por entonces ya todos reconocen como el jefe, inmune a las fiebres, las flechas o los ciclones.

Quiso la fortuna que, en su deambular por la costa se toparan con las naves del bachiller Fernández de Enciso, quien acudía al fin con los refuerzos esperados durante tanto tiempo. Pero el socio de Ojeda no creyó la versión de Pizarro e interpretó el abandono de San Sebastián como un motín. Amparándose en el título de Aguacil Mayor del Urabá, asumió el mando y decidió regresar a San Sebastián, convencido de la existencia de un “río cercano que arrastra arenas de oro”, si bien, la excusa aducida era que no creía a los amotinados y que estaba seguro de que Alonso de Ojeda estaba esperándolo en Urabá.

“El hombre del barril”

En el trayecto, la torpeza de Enciso como navegante provocó el naufragio de uno de los barcos, aunque pudo salvar a la tripulación. Una vez en tierra, el bachiller, desbordado siempre por los acontecimientos, debió afrontar -demasiado tarde- varias cosas que determinarán su futuro: Pizarro no le había mentido, el lugar era inhóspito y Ojeda no estaba. No solo eso, como si de un caballo de Troya se tratara, en la bodega de su nao había llevado a Vasco Nuñez de Balboa como polizón. Balboa, que no pudo unirse a la expedición de Ojeda a causa de varias deudas (se arruinó criando cerdos en Santo Domingo), había podido esconderse en un barril en el barco del bachiller.

Todos menos Enciso sabían que la reconstrucción de San Sebastián no garantizaba nada, y que los peligros no habían desaparecido: los indios belicosos, el clima hostil y entorno natural insalubre. Los hombres murmuraban y el descontento iba en aumento, en especial entre el grupo superviviente de Pizarro, que ya conocían adónde conducía la espera en aquel lugar. Contra la desesperanza, Balboa hablaba de fabulosos lugares poco más allá del golfo de Urabá. El polizón intentaba levantar los ánimos y ganarse a los hombres con alucinadas historias de tierras más amables y ricas en víveres y oro. Seguro que exageraba, pero tenía cierto crédito entre los hombres por su experiencia en aquellas costas, ya que en 1501, junto a Triana, Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa, había explorado las costas atlánticas desde Venezuela hasta Panamá.

Aunque la situación se había tornado insoportable, Enciso se negaba a viajar adonde Balboa indicaba, pues la parte occidental del golfo había sido asignada a Diego Nicuesa y él no deseaba incumplir una instrucción real. Además, eso sería reconocer la vehemencia de sus errores. Ahora bien, cuando la muerte se cebó con sus hombres y la rebelión estaba a punto de estallar, no le quedó otro remedio que embarcar a sesenta y cinco hombres y seguir las indicaciones de Balboa.

Pronto alcanzaron un lugar resguardado donde levantar un campamento, aunque como eran tierras ya habitadas debieron librar batalla con los indios del cacique Cemaco. Derrotados los nativos y destruido su poblado, se mandó venir al resto de la expedición. En el mismo lugar donde tenían el poblado los indios, los españoles construyeron un fortín, y donde estuvo la casa del cacique levantaron una pequeña iglesia, quedando así fundada la villa de Santa María de la Antigua del Darién (noviembre de 1510), nombre dado en honor a la virgen sevillana, a la que se había encomendado Enciso antes de partir.

El bachiller se proclamó alcalde mayor, pero su estulticia le llevó a cometer algunos actos que le enemistaron aún más con sus soldados, como prohibir comerciar con oro o negarse a repartir el botín capturado a Cemaco. Era Nicolás Fernández de Enciso uno de esos extraños personajes desencajado en el Nuevo Mundo, un oficial leguleyo atendido siempre a la norma, sin carisma ni autoridad. Habría podido quizá ser un buen burócrata dos siglos más tarde en la administración borbónica de ultramar, -fue autor de una interesante obra geográfica de las Indias-, pero en los albores de la conquista estaba absolutamente fuera de tiempo y lugar. Nunca entendió ni a los hombres que le acompañaron ni a los que encontró en América. Él creía mandar un ejército disciplinado al que arengaba con citas de César y Tito Livio y motivaba con promesas de edificaciones de santuarios, sin comprender que simplemente era el jefe de un grupo de aventureros primitivos con ansias de fortuna.

Frente a él destacaba la figura de Balboa. “El caballero del barril”, como lo nombraron desde el momento que lo encontraron de polizón. Nacido en Jerez de los Caballeros en una familia pobre pero hidalga, era un tipo resistente, hábil para el mando de gentes desesperadas, intuitivo y rápido en los momentos comprometidos, y con una extrema capacidad para aprovechar su experiencia de explorador.

Ante el descontento de la hueste y la impopularidad de Enciso, Balboa intentó la rebelión, pero Pizarro se opuso; él era un soldado y no estaba dispuesto a alzarse contra un superior. Aun así, el jerezano pronto halló un resquicio legal para minar la autoridad del bachiller: pidió la creación de un cabildo electo, ya que la nueva población se encontraba fuera de la jurisdicción de Ojeda y, por tanto, Enciso no podía autoproclamarse alcalde.

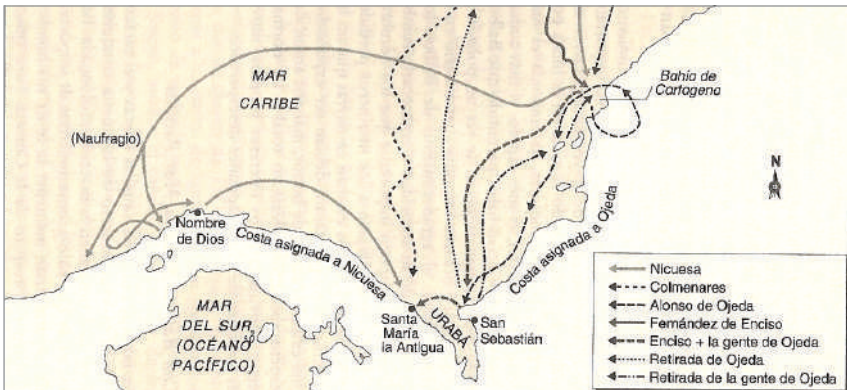
Los ciento ochenta hombres de la Antigua sabían perfectamente quienes eran los auténticos líderes, y los únicos capaces de afrontar cualquier situación con posibilidades de éxito. Así que eligieron a Vasco Nuñez de Balboa alcalde mayor del cabildo y a Francisco Pizarro le otorgaron el mando de la tropa. Durante un tiempo las dos facciones, perdidas en medio de un mundo desconocido, convivieron en la villa en una especie de condominio, esperando mejor situación para plantear batalla en el Consejo de Indias, o en una esquina oscura.

En la primavera de 1511 el puesto de guardia de la Antigua avistó un navío en derrota. ¿Sería el esperado Ojeda? ¿O quizá Diego Nicuesa que venía a reclamar su territorio? Ninguno de los dos. Era el capitán Rodrigo de Colmenares, un suboficial de Nicuesa perdido y sin agua potable. La expedición de Diego Nicuesa había sufrido más tormentos si cabe que la de Alonso de Ojeda: naufragios, disensiones internas, ataques de indios, enfermedades y hambre. Según relató Colmenares, cuarenta hombres agonizaban en la pequeña fundación de Nombre de Dios. Gracias al cielo, el suboficial de Nicuesa encontró el socorro de los hombres de Santa María de la Antigua y pudo llenar las bodegas de agua y alimentos partiendo raudo en busca de su jefe.

Tan pronto supo Nicuesa que el destacamento de Enciso y Balboa se habían establecido en su jurisdicción juró castigarlos. Y en este pensamiento encontró fuerzas para restablecerse. Así, un día de marzo de 1511, Nicuesa se presentó frente a las costas de Santa María la Antigua con ánimo de tomar la ciudad, encarcelar a Balboa y Enciso, asumir el Cabildo y adueñarse de las riquezas acumuladas por los expedicionarios. Pero la magra y agotada soldadesca de Nicuesa no fue rival para la tropa capitaneada por Pizarro. A los supervivientes se les perdonó la vida, pero al infortunado Diego Nicuesa se le dio una pequeña e inservible embarcación, escasos víveres y un puñado de sus hombres más fieles y se le obligó a hacerse a la mar. Nunca más se supo de ellos. Tales eran las leyes no escritas de aquella conquista.

Tras la desaparición de Nicuesa, se reemprendieron los enfrentamientos entre Enciso y Balboa. Al final, el alcalde mandó arrestar al bachiller y lo embarcó hacia España, acompañado de Martín de Zamudio, segundo alcalde y hombre de confianza de Balboa. Zamudio llevaba “un presente en oro” para que el Consejo de Indias *olvidase* las disputas con Enciso y los problemas de jurisdicción. Pero como veremos más adelante, ni el Consejo ni el incansable leguleyo dieron el asunto por cerrado.

Así eran estos tipos, hechos de sentimientos y deseos a veces incomprensibles. No importaba que en los momentos de mayor desesperación alguien te hubiese salvado la vida: en la lucha por el mando, en la conquista, se imponía el más fuerte, el más hábil, el más rápido, el más audaz. Fernández de Enciso permitió que Balboa siguiese en su nave a pesar de ser un polizón y de que la ley del mar imponía abandonarlo en el primer islote; el agradecimiento de Balboa fue desposeerlo de su autoridad y embarcarlo rumbo a España. Tampoco importaba que los hombres de la Antigua salvaran a los marineros perdidos de Nicuesa, aquellos estaban en tierras que no les pertenecían y, por tanto, debían ser expulsados. Una extraña mezcla de honor, malsana ambición, respeto absoluto o desacato total a las normas, según conviniera a los intereses propios, movía las acciones de estos capitanes desesperados.



Mapa 1. – Las expediciones de Alonso de Ojeda y Diego Nicuesa.

Nombre de Dios.



Puerto llamado Nombre de Dios. La ilustración permite hacernos una idea de lo que fueron las primeras poblaciones portuarias creadas por los españoles en América.

Con Balboa hacia la Mar Pacífica

El talento político y militar de Balboa se pondría de manifiesto nada más adueñarse de la situación. La inhospitalidad de aquellas tierras y el carácter ambicioso y aventurero de la hueste conquistadora no aconsejaban la inacción. Balboa sabía que solo acontecimientos de importancia le permitirían mantener la fe de sus hombres y obtener el respeto de la Corona. Para aplacar el cáncer del oro que ya corroía a los doscientos cincuenta hombres de Santa María la Antigua de Darién, durante algún tiempo se dedicaron al saqueo de poblados indios. Mas, tras varios enfrentamientos con la tribu del cacique Careta, Balboa adoptó una estrategia exitosa, que años después desarrollará Pizarro en la conquista de Perú: mandó detener al cacique Careta y a su séquito de mujeres, criados e indios, consiguiendo así la rendición de todo su pueblo. Una vez lograda la sumisión y dando prueba de su habilidad política, “el hombre del barril” ofreció a Careta la libertad y su ayuda en la lucha que libraba contra el cacique rival Ponca, a cambio de provisiones, porteadores y guías para futuras expediciones. La alianza se selló como mandaba la tradición compartida de ambos mundos: con una unión dinástica. Balboa se casó con Anayansi, hija de Careta, haciendo de la necesidad virtud y conjugando la acción política con las demandas del cuerpo.

También, y gracias al cacique, Balboa y Pizarro se entrevistaron con otro poderoso jefe indio, Comagre y su hijo Panquiaco. Según cuentan los cronistas, los dos españoles, gracias a la hospitalidad indígena, compartieron extensas veladas en el palacete de Comagre. Allí, entre asados de venado, vino de palma y cerveza de maíz, escucharon por primera vez hablar de “otro mar” y “otro imperio con tierras abundantes en oro más allá de las montañas”. Aquella era la noticia definitiva que iba marcar la vida de ambos. A partir de entonces, los dos extremeños solo pensarían en encontrar “el otro mar”, aquel que el almirante Colón había buscado infructuosamente y cuyas aguas bañaban la costa de la Catay de Marco Polo. Francisco Pizarro, siempre tan taciturno, sólo mostró simples deseos de acompañar a su superior en busca del nuevo mar, pero su interior rebullía con sólo imaginar la posibilidad de alcanzar “otro imperio”.

Al regreso de aquella larga y fructuosa expedición, Balboa, -sospechando con acierto que en España el leguleyo Fernández de Enciso andaba enredando en la Corte y en el Consejo de Indias con torticero ánimo de venganza- y

sin olvidar nunca que su fortuna también se jugaba en España, envió al rey 5.000 pesos de oro como parte del quinto real del botín logrado y un relato pormenorizado de los nuevos territorios de la Corona. Lástima que las carabelas, hundidas por un huracán, nunca llegasen a Sevilla. En septiembre de 1512, Rodrigo de Colmenares y Juan de Quincedo, dos destacados oficiales de Balboa, partían de Santa María con una segunda embajada para el rey Fernando. Pero a pesar de sus cuidados, en la Península sus asuntos no marchaban bien, y su colega Zamudio estaba a punto de ser encarcelado.

A principios de septiembre de 1513, Balboa había seleccionado a sus noventa mejores hombres, capitaneados por Pizarro, y se hallaba listo para emprender la expedición definitiva que debía conducirlo hacia “la Mar del Sur”. Además, contaba con el apoyo de los guías y porteadores del cacique Careta y de su antaño enemigo Ponca, a los cuales había sabido ganar y hacerlos colaborar. A lo largo de toda la expedición Balboa supo granjearse las amistades de las tribus indígenas en los territorios por los que atravesó, gracias a una dosificada combinación de fuerza, habilidad conciliadora, apoyos mutuos y terror, según dictase la ocasión.

Las marchas a través de los agrestes parajes del istmo fueron terribles. Ríos, pantanos, ciénagas y selva cerrada obligaban a caminar lentamente, con el agua y el barro hasta la cintura, desnudos, con la ropa y las armas sobre las cabezas. Semanas enteras de lodo y mosquitos. Días completos bajo lluvias torrenciales, sin apenas poder avanzar unos kilómetros. A veces las tribus y pueblos nativos, que eran la primera vez que veían a hombres blancos y barbados, huían aterrorizados. En otras ocasiones, como sucedió con los guerreros de Torecha, hacían frente a los intrusos, y según las crónicas, hasta 600 indios murieron junto a su cacique, alcanzados por los arcabuces y las espadas de los españoles. Seguramente las crónicas exageraron, pero debió tratarse de una sangrienta *guazavera* ya que la noticia de la aparición de unos extraños dioses, con poderes sobre el rayo y el trueno, se transmitió por la región. El terror causado por los recién llegados facilitó el sometimiento de las nuevas tribus sin batallar y, lo que es más admirable, permitió que los indios acogiesen a casi sesenta de los españoles enfermos o exhaustos.

Por fin, después de tres semanas de duro camino, los guías de Careta condujeron a los afebrados hombres de Balboa hasta los pies de las montañas, desde cuyas cumbres aseguraban se divisaba “el otro mar, la Mar del Sur”. En

la madrugada del 25 de septiembre de 1513, la expedición inició el ascenso de la cordillera. Delante iban los guías, tras ellos los porteadores y, cerrando la comitiva, Balboa y Pizarro al frente de veintiséis españoles. A la luz de la mañana, casi en la cúspide, Balboa mandó parar al destacamento. No quería que nadie le quitase la gloria de ser el primer europeo en contemplar el nuevo mar. Ascendió solo el último tramo. A pesar del fuerte calor, del peso de la ropa y la espada, de la dura pendiente final, de la agitación y el temblor ante la visión del sueño, su paso era ágil y rápido. En la cumbre el aire le golpeó la cara, y el brillante reflejo del mar y la claridad del infinito lo cegaron. Cuando sus ojos se acostumbraron a la intensa luz se arrodilló para contemplar el nuevo espectáculo: era el mar, la Mar del Sur. Al verlo tan inmenso y calmado lo llamó “Pacífico”. Y como un formalismo automático se santiguó y nombró a Dios y al rey Fernando. Después, ya en pie, gritó a sus hombres que avanzasen. El primero en subir fue Pizarro. Tras el abrazo, los dos capitanes contemplaron la infinita quietud de las aguas. En sus ojos acuosos, en sus rostros duros y sucios, bajo las barbas descuidadas se atisbaban gestos parecidos a la felicidad. Sus hombres les rodearon y los gritos de alegría se confundieron con las oraciones. El capellán fray Andrés de Vera improvisó un *Te Deum Laudamus* cantado, y con un árbol se levantó una cruz en la que grabaron las iniciales del rey. Pero las aguas de momento estaban en el horizonte y debían ser alcanzadas para tomar posesión efectiva en nombre del reino de Castilla y León. No había tiempo para más celebraciones.

Cuatro días después, el 22 de septiembre, día de San Miguel Arcángel, Vasco Nuñez de Balboa, arrebatado y ceremonioso como nunca, tomaba posesión de “*estos mares, costa e islas por la elevación y multiplicación de la fe cristiana, para la conversión de los indígenas y para la prosperidad y el esplendor del trono de Castilla y de sus reyes actuales y venideros*”. Mientras gritaba tal juramento fue adentrándose en las aguas del nuevo océano, la espada en la diestra y el estandarte en la siniestra, obligando al mar a rendirse ante él y ante su rey. En la orilla, feliz, con la mirada perdida en el horizonte inabarcable de las aguas, un sonriente y pensativo Pizarro se santiguaba mojado los dedos en el océano. Con extraña efusividad abrazó luego a su empapado jefe y uno por uno felicitó a los expedicionarios. Allí mismo se firmó el acta del hallazgo con los nombres de los setenta y siete participantes de la hazaña. En tercer lugar, tras Vasco Nuñez y el sacerdote Andrés de Vera, alguien puso el nombre de Francisco Pizarro, pues todavía a sus 35 años no sabía escribir.

Calmad los ánimos, al anoecer de aquel histórico día de San Miguel, el trujillano observaba por primera vez titilar las estrellas sobre el inmenso y tranquilo océano. Pensaba en su vida. Once años ya en el Nuevo Mundo, y salvo algunas cicatrices, las huellas de unas fiebres mal curadas en el rostro y unas bolsas de monedas de oro, poco había obtenido de sus hazañas. Los hombres le respetaban, su jefe lo consideraba el más fiel y eficaz lugarteniente, y tenía fama de soldado audaz e inquebrantable, pues desde que desembarcara con Ojeda en las costas de Urabá, no se había vencido ninguna empresa o superado infortunio sin su intervención. Pero, a pesar de todo, nada de lo hecho hasta entonces le satisfacía. Intuía que al sur, en el camino que marcaban las parpadeantes estrellas sobre las olas, más allá de lo que alcanzaban a ver los ojos o a imaginar otras mentes, estaba su futuro, la tierra de sus sueños. Y a partir de esa noche su única obsesión será trazar el camino definitivo hacia el imperio del sur.

El sueño y la fe de Pizarro se verán alimentados cuando, de regreso a Santa María, en uno de esos apacibles encuentros con un jefe indio que tanto gustaban a Balboa, el cacique Turnaco les hable de islas y tierras ricas más al sur, de ciudades con mucho oro y bestias extrañas en un país que suena en boca del cacique como “Birú”. Preguntado Turnaco por más detalles, hablará de ciudades construidas con grandes bloques de piedras, y les dibujará “una especie de oveja con cuello de camello”; los españoles estaban recibiendo la primera descripción de las ciudades incas y de las llamas de los Andes.

Tras cinco meses de exploraciones, Balboa, Pizarro y sus noventa aventureros regresaron a Santa María famélicos y afiebrados, pero ricos, orgullosos y con un horizonte de fortuna. El inmenso orgullo del jerezano tenía sus razones: no había perdido un solo hombre, -aunque estos “contasen con más oro que salud” en palabras del propio Balboa en carta dirigida al rey-; según relató Oviedo unos 30 caciques indios se habían convertido en aliados de los españoles; y tras el gran hallazgo de Colón, el descubrimiento del Mar Pacífico era el segundo gran hito de la historia española en América.

Conviene reflexionar un momento sobre un aspecto destacado de la acción de Vasco Nuñez, que tendría su influencia en el pensamiento atribulado de Pizarro respecto a los indios. Balboa se consideró siempre un defensor de los nativos, y así se lo refirió por escrito en varias cartas al rey Fernando, quejándose posteriormente del trato cruel dado a la población indígena

por ciertos capitanes y gobernadores. Se podría decir que el descubridor del Pacífico fue uno de los primeros en tratar a los indios como al resto de sus compatriotas o europeos con los que hubiese tenido que guerrear o compartir territorio. Buscó casi siempre la paz y el entendimiento con las tribus y los caciques indígenas, no por altruismo o humanismo cristiano, como Las Casas, sino porque entendía que eso beneficiaba más a sus intereses. La mayor de las veces, Balboa supo respetar las costumbres, ritos y propiedades de los indios y fue generalmente compasivo con los derrotados. También es cierto que realizó acciones sanguinarias y castigó atrocemente, mutilando hasta la muerte a quien lo traicionó, pero seguramente, en los campos de batalla de Europa o Africa, o en los barcos del Mediterráneo no hubiese actuado de forma diferente. Balboa, como después Pizarro, se comportó en gran medida como dictaban los códigos de conducta vigentes en ese momento histórico. Y aún mejor, teniendo en cuenta que eran rudos soldados analfabetos, en contacto constante con la muerte y en medio de una naturaleza inhóspita y salvaje, que las más de las veces terminaba por embrutecer o enloquecer a los expedicionarios.

La expedición de Pedrarias y el final de Balboa

A pesar de la distancia, el poder del rey en las Indias era efectivo casi siempre. La Corona no solo otorgaba los permisos de expedición y recogía el quinto de todos los botines o riquezas encontradas, sino que desde recién iniciada la Conquista enviaba a sus oficiales y funcionarios para controlar y vigilar la conducta de sus expedicionarios y gobernadores. De este modo se fue creando en los nuevos territorios un sistema de contrapoderes, que, a la vez que permitía el control de la Corona, evitaba en muchos casos el surgimiento de caudillos o gobernadores excesivamente poderosos. El sistema de contrapoderes fue perfeccionándose al tiempo que se establecía la administración colonial con su extenso cuerpo de funcionarios reales: virreyes, gobernadores, oidores, corregidores, alcaldes, presidentes de cabildo, etc.

En esta fase germinal del entramado jurídico-administrativo y la formación de los diversos centros de poder, debemos enmarcar la gran expedición de Pedro Arias Dávila, nombrado gobernador general de Santa María de la Antigua, por indicación del obispo Fonseca —encargado por el rey Fernando de los asuntos de Indias—. Más conocido como Pedrarias, fue el primer miembro

de la nobleza (aunque descendiente de un judío converso) en dirigir la mayor expedición al Nuevo Mundo. Más de 1.500 hombres atraídos por las fábulas y las extraordinarias noticias de allende del océano, se embarcaron a las órdenes del noble, habiendo sido rechazados por la Casa de Contratación otros 2.000 voluntarios, muchos de ellos soldados licenciados de las guerras de Italia, y otros tantos buscadores de fortunas, afectados por las Leyes de Toro (abril 1505), institucionalizadoras del mayorazgo.

En la flota de 25 barcos que partió de Sanlúcar de Barrameda en 1514 había personajes tan importantes para la historia del Nuevo Mundo como: Gaspar de Espinosa, juez determinante en la vida de Balboa y con decisión en los asuntos económicos del descubrimiento del Perú; Hernando de Soto, temible personaje cuyo reguero de sangre se extenderá desde Perú a la Florida; Bernal Díaz del Castillo, preciso cronista de la conquista de México; Sebastián de Belalcázar, lugarteniente de Pizarro y conquistador de Ecuador y Colombia; Andagoya de Ávila, explorador del Pacífico; Diego de Almagro, compañero, socio y rival de Pizarro; Gonzalo Fernández de Oviedo el más ambicioso y elegante cronista de Indias; y dos viejos conocidos de Balboa, su hombre de confianza, Rodrigo de Colmenares, y su enemigo visceral el bachiller Fernández de Enciso, cuya vocación litigadora había conseguido que entre los mandatos reales de Pedrarias figurase el del procesamiento del jerezano.

A Vasco Núñez se le acusaba de la muerte de Nicuesa, de desobediencia a las leyes reales, amén de numerosos perjuicios contra la fortuna del bachiller. Balboa, sospechando que el leguleyo había urdido contra él algún proceso legal, se apresuró a afrontar las diversas causas como solían hacerse en los territorios donde la espada y el dinero eran todavía la ley. Primero sobornó al obispo Juan de Quevedo, recién llegado con Pedrarias, haciéndolo su socio. Después engatusó a Isabel de Boadilla, la mismísima mujer del gobernador, con su galanura, cortesía y muchas perlas. Y finalmente recuperó el favor del rey Fernando y del obispo Fonseca –presidente del Consejo de Indias– con oro, perlas y el relato de su hazaña descubridora del nuevo mar. De este modo, el proceso quedó olvidado. Y no solo eso: a Vasco Núñez se le nombró *Adelantado de la Mar del Sur*, aunque bajo la autoridad de Pedrarias, al igual que Pizarro, quien fue ascendido a teniente de gobernador. Si bien Pedrarias confió al trujillano el mando de tropas y expediciones, nunca lo

apreció para el gobierno: su origen humilde y bastardo, su incultura y hasta su honradez lo alejaban de la pequeña nobleza cortesana colonial.

Durante dos años las relaciones entre estas curiosas personalidades serían pacíficas, aunque con desigual provecho para unos y otros. Desde su llegada, Pedrarias ordenó organizar expediciones para someter a las provincias de Comagra, Pocorosa, Nata y París. Éstas se convirtieron en *guazaveras*, y todos los acuerdos amistosos trabados por Balboa y los principales caciques indios terminaron en el fango sanguinolento de los bohíos y poblados arrasados por orden del gobernador. Repetidas veces se quejó Vasco Nuñez con cartas al rey, acusando principalmente a Espinosa, a la sazón alcalde mayor de Santa María, de destruir su obra diplomática y de masacrar a los indios aliados, y por tanto fieles súbditos de la Corona. Las quejas continuadas le enemistaron más aún con el alcalde, quien le impuso multa tras multa hasta conseguir casi arruinarlo. Sabía Espinosa que era ahí donde le dolía a Balboa, ya que sin dinero difícilmente podría llevar a cabo nuevas expediciones. Y si la cosa no fue a mayores se debió a que el extremeño obtuvo cierta protección de Pedrarias, al prometerse con una de las hijas del gobernador que estaba en España.

Pero ni los vínculos familiares ni la amistad evitarían la tragedia. La insistencia del conquistador logró, sin mucho entusiasmo, que el gobernador le concediese permiso para iniciar la exploración por las costas del Pacífico. Ya hemos hablado de la importancia que tenía la cobertura legal para realizar cualquier expedición. Sin la licencia del rey, o por delegación de los gobernadores, cualquier empresa en América era ilegal y, por tanto, podía suponer el enjuiciamiento, la cárcel o la muerte de quien infringiese esa norma.

Con la aprobación de Pedrarias, en 1517 Vasco Nuñez trasladó, por fin, los materiales necesarios para construir cuatro navíos con los que pensaba circunnavegar la costa oeste del Istmo de Panamá. Pero cuando estaba a punto de embarcarse recibió una notificación judicial, una nueva intriga palaciega se cernía sobre él. En los días en los que Balboa anduvo ocupado con la construcción de los barcos corrieron rumores del nombramiento de un nuevo gobernador. Preocupado, el jerezano envió emisarios a Santa María para interesarse por la situación. Pedrarias, espoleado por comentarios y rumores insanos de Enciso y Espinosa, interpretó la llegada de los emisarios como los preparativos de una traición, y agobiado por la duda, mandó detener a Balboa, más en la confianza de paralizar una expedición que considera

inútil que en llevar el proceso hasta el final. Y para que la tragedia fuese adquiriendo más tono absurdo y dramático, encargó al propio Francisco Pizarro el arresto de su antiguo jefe y compañero.

El encuentro entre Balboa y Pizarro se produjo en Acla, y debió tener el regusto amargo de la amistad y fidelidad estafada. Para ambos fue duro. Pizarro nunca había tenido que cumplir una orden tan penosa. Balboa jamás pensó que su hombre más leal lo terminara arrestando.

Durante el procesamiento, el gobernador ejerció de Poncio Pilatos: dejó hacer a Gaspar de Espinosa, sabiendo que la condena sería sin remisión. El *Adelantado de la Mar del Sur* fue encontrado culpable de traición, se le condenó a la horca y a continuación fue decapitado. Cuenta la leyenda que, junto al poste ensangrentado del que pendía la cabeza de Balboa, lloraba la joven india Anayansi, hija del cacique Careta, esposa repudiada pero amante fiel. Moría así uno de los cuatro grandes hombres del descubrimiento y conquista de las Indias, de la misma estirpe que Colón, Cortés o Pizarro. Desaparecía el primer conquistador que, sin olvidar nunca sus tropelías y crueles desmanes, defendió y trató a los indios como iguales, respetando en la mayoría de los casos sus derechos y autoridades.

El caso de Balboa fue uno de los más tristes y dramáticos, pero su final fue común a muchos conquistadores. Quizá Francisco Pizarro fue la excepción que confirmó la regla no escrita de la conquista: nunca aquellas tierras serían galardón en provecho de sus descubridores o conquistadores. Lo extraordinario en Pizarro serían los ocho años que ejerció como gobernador del Perú (1533-1541), si bien terminó asesinado en mitad de una guerra civil. Pero pensemos en Colón, Cortés, Almagro, Magallanes, Valdivia, Nicuesa, Belalcázar, Jiménez de Quesada, Orellana; etc. Jamás disfrutaron del poder o las riquezas que descubrieron. En la mayoría de los casos, sus hazañas llevaron implícitas la desgracia, o, cuando menos, largos procesos legales abiertos contra ellos.

Para Pizarro esta muerte tuvo consecuencias importantes. La primera de ellas fueron las tribulaciones que su espíritu debió sufrir al sentir las contradicciones entre la obediencia debida y la traición a una amistad. La segunda fue el inevitable retraso de los planes de exploración de las costas del sur del Pacífico. Desaparecido Balboa, Pizarro pasó a convertirse en protagonista

de la conquista: ya sabía hacia donde quería ir y, por tanto, debía tomar la iniciativa. A partir de ahora no será el segundo de nadie, tendrá socios pero no jefes.

Pizarro vecino de Panamá

Con la muerte de Balboa se paralizaron la mayor parte de las expediciones hacia el sur del Pacífico. Pedrarias daba poco crédito a los informes y leyendas de los indios que hablaban de reinos fabulosos. Y los hechos parecían darle la razón: viajes posteriores de Francisco Becerra, Juan de Basurto, Gaspar de Morales y Pascual de Andogaya, no terminaban de confirmar nada; sólo traían nuevos rumores cada cual más disparatado. El más arriesgado de todos, Andogaya en su viaje de 1522, penetró en una región a la que los nativos denominaban Birú, luego nombrada como Pirú, pero sin poder ir más allá de la zona ismíca.

Para el gobernador era mucho más importante la dominación de Nicaragua. Su urgente ambición y sus limitadas perspectivas se veían más motivadas por las fértiles tierras del norte que las sensacionales historias del reino del sur. Preocupado solo por llenar el vientre y la faltriquera día a día sin arriesgar, y soñando con formar una pequeña corte de nobles a su alrededor, fue dilapidando la confianza y la amistad de los indios ganadas por Balboa, dejó que la antigua y floreciente villa de Santa María se arruinase por su inoperancia. En 1518, para dar rienda suelta a sus sueños y salir de la decadencia de la ciudad Santa María, Pedrarias traslada la capital de su gobernación a Panamá, en la costa del Pacífico.

En pocos años Panamá se convertiría en un puerto pujante, trampolín de las expediciones hacia Nicaragua y Perú. A pesar de estar rodeada de selva y ciénagas insalubres, muchos de sus vecinos prosperaron. Tal fue el caso de Francisco Pizarro, quien en el desempeño de varios cargos de responsabilidad –visitador, regidor y alcalde– adquirió fama de vecino honrado y rico, pues se decía que en su casa guardaba cerca de 20.000 castellanos de oro. Pero para Pedrarias, el trujillano era simplemente un excelente soldado, cuya valía militar reconoció otorgándole una gran extensión de tierra junto al río Chagra, con el ánimo de quien paga a uno de sus grandes capitanes, concluidos ya sus servicios, para alejarlo del poder político y de su pequeña corte nobiliaria.

En Panamá descubrimos a un nuevo Pizarro, hábil negociante y empresario exitoso. Formó una rara y fructífera sociedad con el maestrescuela de la catedral, Hernando de Luque, y con Diego de Almagro, un inculto y extraño aventurero. El indolente clérigo Luque, favorecido por su amistad con el gobernador, poseía algunas de las más feraces tierras de la región. La pereza de Luque permitió hacer a los otros dos socios, quienes sacaron el máximo rendimiento a los labrantíos y al trabajo de los indios, y así obtuvieron los más reputados hatos de vacas y explotaron con éxito minas y lavaderos de oro.

Se podría pensar que este Pizarro, con más de cuarenta años, acomodado, cansado de tantas y tan pesadas aventuras, había ya colmado sus expectativas y abotargado el espíritu pionero. Mas el bucólico sosiego y la placidez rural lo desazonaban. Él se sigue sintiendo soldado, hombre de acción. A pesar de sus años todavía conserva íntegros sus sueños, su voluntad inquebrantable, y sus energías casan mal con la vida muelle de colono adinerado. Al contrario que a la mayoría, le siguen motivando más las noticias que hablan del inmenso reino conquistado por su primo Hernán Cortés, o los rumores tan desalentadores como fabulosos sobre un imperio al sur del Pacífico, que los fructíferos negocios.

Desde que viera el mar Pacífico, el extremeño soñaba con una gran expedición hacia el sur, y así se lo contó a su socio y amigo Diego de Almagro. Almagro un tipo ajustado al perfil del conquistador – excelente baquiano, con tantas cicatrices como batallas libradas contra los indios, valiente, ambicioso y sin prejuicios- pronto se entusiasmó con los planes expedicionarios. Además, ambos socios poseían bastantes cosas en común: son bastardos, analfabetos, empujados a la milicia primero y a las Indias después por la miseria, sin vínculos con la Península, hábiles en el manejo de la tropa y la espada, de probado valor, adaptados al Nuevo Mundo, experimentados en empresas imposibles, e inconformistas.

Es verdad que también existían fuertes diferencias entre ellos: Almagro era mucho más sociable, simpático, alegre; dotado de un cuerpo grotesco y canijo, se significaba por tener un carácter explosivo y volátil. Todo ello contrastaba con la quijotesca figura del trujillano, circunspecto y reflexivo, siempre más dispuesto a la acción expedicionaria que a las cuestiones económicas, de intendencia, o de relaciones públicas. Pero en Panamá primaron

las semejanzas y juntos contaron sus inquietudes al cura Hernando de Luque, su socio capitalista y con influyentes amigos. Claro está que no era lo mismo unirse para criar vacas o explotar minas que lanzarse a las inhóspitas tierras inexploradas del sur, con el solo aval de los rumores y las noticias de fracasados exploradores o indios locuaces. Si alguien podía confiar dinero y prestigio en aquel disparate de empresa era desde luego el cura Luque, a quien popularmente se le denominaba *el cura Loco*.

Así, la locura mancomunada de los tres socios puso en marcha la empresa del Perú. Almagro y Pizarro invirtieron sus ahorros y el clérigo comprometió su prestigio, una enorme suma de dinero y su amistad con el gobernador, de quien solicitó y obtuvo la licencia para descubrir y conquistar la tierra del sur. Pedrarias, fiel a su espíritu de ambición sin riesgo, se asoció a la empresa sin soltar un solo ducado, garantizando la licencia, dando cobertura legal a la expedición... y asegurándose una parte importante del futuro botín.

3.- VIAJES A PERÚ

Primer viaje a Perú

Organizar una expedición no era tarea fácil. Se necesitaba, sobre todo, dinero, mucho dinero, para poder obtener todo lo demás. El primer paso, como ya precisamos, era conseguir la cobertura legal, la licencia o *permiso de conquista* o exploración. Este lo concedía el rey, o por delegación los gobernadores de Indias, pero sólo para los territorios colindantes a su jurisdicción que todavía no habían sido conquistados. También se podía obtener del Consejo de Indias, máximo órgano creado por la Corona, que trataba todas las cuestiones referentes al Nuevo Mundo. Aunque los reyes casi nunca invertían un maravedí en las expediciones, había que entregarles siempre un quinto de todas las riquezas obtenidas, y, claro está, los nuevos territorios descubiertos y conquistados pasaban a ser dominios de la Corona de Castilla.

Superadas las trabas legales, había que conseguir los navíos, que o bien se compraban o alquilaban a algún otro expedicionario o comerciante. A veces, dada su escasez, debían construirse para la ocasión. Además, había que lograr el bastimento de dichos barcos y todo lo necesario para armar, alimentar, y dotar a las tripulaciones y expedicionarios, no sólo durante las travesías previsibles, sino que había que tener una retaguardia bien abastecida para todas las contingencias que se presentasen. Finalmente, estaban los hombres, sobre todo marinos y soldados con experiencia. Nada de todo esto abundaba en Panamá, con el agravante de que sólo el rumor de un nuevo viaje disparaba los precios de todo. Así que una expedición suponía siempre la inicial ruina de sus promotores y el enriquecimiento de los prestamistas, de los comerciantes y de la Corona, quien sin arriesgar jamás nada sacaba siempre buen provecho.

Pizarro y Almagro aportaron a la empresa todo su dinero, a todas luces insuficientes para tamaña aventura. Fue Hernando de Luque quien proporcionó la mayoría de los fondos, si bien algunas fuentes dicen que el clérigo no era sino el testaferro intermediario del verdadero fiador, Gaspar de Espinosa. Una vez logrado el dinero, lo más costoso fue conseguir los barcos. Uno se compró a Pedro Gregorio, un mercader de los que arruinó al propio Vasco Núñez con sus créditos, de hecho el barco era uno de los navíos más seguros utilizados por Balboa. El otro hubo de construirse con la madera de los bosques panameños. La tarea duró diez meses. Mientras tanto, Lorenzo Fernández de Soria, asalariado del trío, abrió en el puerto atlántico del istmo una casa de contratación para recoger a marinos, vagabundos, colonos o aventureros que deseaban unirse a la expedición. Cuando en noviembre de 1524 todo estaba preparado, el tesorero de los tres socios, Nicolás de Ribera, anunciaba que la sociedad había agotado todos sus recursos económicos y a partir de ese momento eran hombres arruinados.

Los tres socios se repartieron los papeles de la aventura según su talento y carácter. Francisco Pizarro asumió el mando de la expedición, a él se debía la iniciativa y era el capitán más respetado y experimentado de toda América. Diego de Almagro se encargó del reclutamiento de hombres para futuros refuerzos, de las comunicaciones entre Panamá y los adelantados y de atender todas las necesidades materiales que fuesen surgiendo durante el viaje. Al clérigo Luque le corresponderían los asuntos económicos y políticos, debía lograr más fondos y asegurarse la protección y apoyo de Pedrarias y del Consejo de Indias.

El 14 de noviembre de 1524, 112 hombres partieron en busca del fabuloso reino del sur. Al largar amarras, podemos imaginar a Pizarro otear desde la proa el horizonte sabiendo que a él le tocaba la parte más dura y arriesgada. Le esperaban días penosos enfrentando lo desconocido, duras batallas contra la naturaleza, los indios, el hambre y la desesperanza. Nada nuevo para él, ya conocía todo eso, sabía cómo mandar y cómo resistir y confiaba en su instinto y en su experiencia.

A los setenta días de partir, los vientos desfavorables sólo les habían permitido hacer aguada y alcanzar la desembocadura del río Biru, descubierto ya por Andagoya. Sin apenas víveres en la bodega, se vieron obligados a hacer una parada. La ensenada elegida apenas les permitió desembarcar

ochenta hombres al mando de Pizarro, mientras el navío capitaneado por Montenegro regresaba a Panamá en busca de refuerzos. El viaje, que debía durar siete jornadas, se demoró mes y medio, y el trujillano y sus hombres hubieron de soportar una lluvia vehemente que los ensopó y maltrató todos los días. Al lugar lo nombraron como Puerto Hambre y según los cronistas: “No osaban mirarse unos a otros; así estaban de demudados sus rostros por la inanición... sólo esperaban la muerte, pues carecían de alimentos para poder regresar a Panamá. Además, el puro honor les prohibía hacerlo sin antes haber realizado un hecho notable”.

En aquellas semanas recordó Pizarro los días de San Sebastián con la desgraciada expedición de Ojeda. Ahora él hizo lo mismo que veinte años antes, construyó chozas y asistió a los enfermos, curó heridas y se privó de sus raciones de agua, hierbas, frutas y moluscos por dárselos a los más débiles, prodigó palabras y oraciones consoladoras, repitiendo sin desfallecer “Dios nos ofrecerá la tierra que buscamos”.

Por hambre y enfermedad murieron treinta españoles, y casi en el último suspiro de su desesperación regresó Montenegro con víveres y la noticia de que Almagro preparaba otro navío con 70 hombres de refuerzo. Satisfechos los estómagos y sosegados los espíritus, reanudaron la marcha hacia el sur. Pero la navegación siguió siendo penosa, la lluvia constante y los escasos vientos obligaron de nuevo a atracar. Ahora los hombres se dividieron en dos grupos. Por un lado, Pizarro se quedó con el grueso de la tropa en un poblado abandonado por los indios ante la presencia de los extraños españoles. La estancia en las chozas repletas de alimentos, perlas y algo de oro fue como una bendición para los supervivientes de Puerto Hambre. Por su parte, Montenegro se adentró con un grupo a explorar la zona. Días después, durante el sueño, los indios regresaron al poblado con intención de recuperarlo. La lucha fue cruenta y desigual. Pizarro resultó herido hasta siete veces, cinco expedicionarios murieron y otros diecisiete fueron heridos; pero con los nativos no hubo clemencia, los que no huyeron fueron muertos, si bien en los días siguientes éstos no dejaron de acosarlos y mantuvieron siempre cercados a los españoles.

Tras este incidente, casi todos los expedicionarios pedían regresar a Panamá. La mayoría estaban heridos o enfermos, escaseaban los víveres, y los asediaban enjambres de mosquitos, lluvias torrenciales e indios con ganas de

venganza. La única esperanza seguía siendo la llegada de Almagro, pero los días pasaban y del manchego no había noticias. Sin esperanza ninguna, los españoles terminaron por embarcarse y pusieron proa hacia el norte.

Arruinado y malherido, Francisco Pizarro no quiso entrar en Panamá, la ciudad que lo conociera como afamado y próspero capitán. Atracó en Chicama, cerca de la isla de las Perlas, y desde allí envió noticias a su socio Luque, así como oro y regalos al gobernador con que mitigar la imagen de su fracaso.

Mientras tanto, Almagro, que había zarpado semanas antes de Panamá, halló las huellas de los españoles en Puerto Hambre. Su instinto de baquiano lo guió hasta el poblado abandonado por sus compañeros, donde desembarcó y debió afrontar batalla contra los mismos indios que habían atacado al grupo de Pizarro y Montenegro. Un flechazo le vació un ojo, por lo a que a partir de entonces, a su aspecto ya poco agraciado, se le uniría un parche de tuerto. Rechazados los indios, ordenó quemar el poblado, que paso por eso a la historia como “Puerto Quemado”. Durante varias jornadas navegó hacia el sur hasta alcanzar el río San Juan, donde hallaron estimables cantidades de oro. Perdidas las esperanzas de encontrar a sus compañeros, decidió volver a Panamá. En la isla de las Perlas supo Almagro de su socio, con quien fue a encontrarse en su retiro de Chicama. Heridos y agotados, los dos amigos ratificaron allí su voluntad firme de continuar la empresa y regresar al sur.

Este primer viaje duró cerca de dos años, y de su calamitoso deambular dan cuenta la muerte de más de 130 soldados, los nombres de Puerto Quemado y Puerto Hambre, y la figura de los dos capitanes maltrechos, Pizarro con siete heridas y Almagro tuerto.

El Pacto de Panamá

Como cabría suponer, Pedrarias se opuso a la petición de un nuevo permiso de expedición. Comenzaba a recelar de Pizarro, como en su momento receló de Balboa o de cualquier obstinado que le restase esfuerzos en su objetivo de conquistar Nicaragua. Además, la aventura del sur le había reportado más muertos que oro, y en España volvía a especularse con la posibilidad de su relevo como gobernador. Así las cosas, el trujillano comprendió que lo mejor era continuar en Chicama, reponiendo fuerzas y dejando hacer al clérigo y a Almagro.

Pasados unos meses, las gestiones de Luque, el dinero de Espinosa y la insistencia de Almagro consiguieron que Pedrarias concediese una nueva licencia de exploración. A cambio, el gobernador recibía 1.000 castellanos de oro y se desligaba definitivamente de la empresa peruana. La persuasión y voluntad de Diego de Almagro levantó nuevas expectativas y despertó el entusiasmo en numerosos veteranos de las guerras de Nicaragua, convertidos en insatisfechos colonos hartos de la calma y del desasosiego del clima.

Algún historiador como el inglés Prescott, y ciertas fuentes indirectas citadas por el cronista Antonio de Herrera y Tordesillas, aseguran que el gobernador nombró a Almagro capitán, equiparándolo con Pizarro, y que éste lo interpretó como un gesto de envidia y mala fe, a partir del cual las relaciones entre ambos socios y amigos se fueron emponzoñando por la desconfianza mutua. Es posible que Pedrarias quisiera meter cizaña entre dos hombres a los que no apreciaba mucho, o quizá fue sólo el justo premio a los esfuerzos de Almagro. Conjeturas difíciles de probar. Lo cierto es que circunstancias posteriores mucho más graves si fundamentarán los recelos y las desavenencias entre ambos.

Suspicias aparte, obtenido el permiso, los tres socios, sellaron su empresa con el famoso *Pacto de Panamá*, firmado el 10 de marzo de 1526 por el cual se constituía *La Compañía de Levante*. El acuerdo estipulaba que el clérigo Hernando de Luque entregaba 20.000 castellanos de oro para los gastos de la conquista del Perú. (parte importante del dinero provenía de Gaspar de Espinosa, el turbio licenciado que juzgó a Balboa, y viejo socio capitalista del trio). Almagro y Pizarro, arruinados, ofrecían sus *personas y el aver de hacer dicha conquista*. Todo lo hallado debería repartirse en tres partes. La tradición cuenta que el pacto, del que dio fe el escribano de Panamá don Hernando del Castillo, se formalizó ante Dios y los hombres con una solemne misa celebrada por Luque, en la que los tres socios comulgaron una parte de la misma hostia.

La Compañía de Levante fue el prototipo de empresa privada en la América hispana de las primeras décadas. Sus tres objetivos principales eran: extender los dominios de la Corona; buscar la unión de ambos océanos; y alcanzar la riqueza material. Cada socio tenía bien repartidas sus funciones: Almagro y Pizarro asumieron el grueso de la responsabilidad directa. En el fondo eran como una versión adelantada, cuerda y nada idealista de Don

Quijote y Sancho Panza en las Indias; la adusta e invencible figura del señor Pizarro, junto al rechoncho y práctico escudero de retaguardia Almagro. Pizarro llevó el mando de las expediciones y de la conquista, fue el hombre determinante y también quien más sufrió y batalló por alcanzar su sueño. Sin su experiencia y tesón, sin su valor y tozudez la conquista del Perú no hubiese sido posible. Almagro fue el organizador, el hombre de los recursos, la intendencia y el captador de aventureros. Luque, gracias a sus buenas relaciones con el poder y sus amistades con ricos hacendados y eclesiásticos, se encargó de obtener los fondos. Añadamos que el dinero no solo salió de las bolsas de Espinosa y Luque, hubo bastantes colonos, encomenderos y comerciantes a los que se convenció, e invirtieron parte de sus ahorros en esta empresa de “sociedad anónima”, esperando obtener un porcentaje de los beneficios, como cualquier pequeño o mediano accionista actual.

Con el *Pacto de Panamá* y la constitución de *La Compañía de Levante* quedaba concertada la conquista de un imperio del que, hasta esa fecha, solo se conocían rumores o leyendas poco creíbles.

Antes de proseguir viaje hacia el sur, unas líneas para registrar el fin del gobernador Pedrarias. Acusado por un viejo enemigo, Hernández de Oviedo, de crueldades y mala gestión, fue cesado, multado, prohibido su regreso a España durante varios años, y trasladado a Nicaragua. Sin embargo, su instinto de supervivencia política le permitió convertirse durante seis años más en Gobernador del Nuevo Reino de León, territorio de la actual Nicaragua, donde moriría el 6 de marzo de 1531. Temido y odiado, se ganó el apodo de *Furor Domini*. Figura arquetípica de los primeros funcionarios reales llegados a América, mitad militar mitad político, destacó por su capacidad de adaptación a la política colonial, fue sanguinario con los indios y le faltó intuición y sagacidad descubridora. Ambicioso de lo material e inmediato, su carencia de genio y gloria retrasó el descubrimiento del imperio más vasto y rico de toda América.

El segundo viaje

Nunca nada fue fácil para Pizarro, pero aquella jornada de finales de junio de 1526, cuando el piloto Bartolomé Ruiz ordenaba largar velas rumbo al sur, ni Pizarro ni sus hombres sospechaban que iniciaban una de las más penosas y desgraciadas travesías de la conquista del Perú.

Dos navíos y ciento sesenta hombres navegaron por la misma ruta del anterior viaje. Al llegar al río San Juan hicieron el primer desembarco. Allí, algunos exploradores encontraron un poblado indio que atacaron y del que obtuvieron más de 15.000 pesos en oro. El botín levantó los ánimos y permitió a Pizarro tomar una dura decisión: Almagro con un navío regresaría a Panamá en busca de refuerzos; Bartolomé Ruiz y los hombres estrictamente necesarios para la navegación del otro barco reconocerían la costa hacia el sur, mientras él permanecería con setenta soldados en los pantanales del río San Juan. De nuevo llegaron las jornadas de hambre y aguaceros sin fin. Durante meses se alimentaron de huevos de caimanes, monos, culebras y pájaros de mal sabor. Los enemigos de siempre volvían a hostilizar a Pizarro y sus hombres. Enjambres de mosquitos les obligaban a enterrarse en la arena días enteros, mientras las lluvias arruinaban sus ropas y las pequeñas chozas de cañas y palmas. Las expediciones de caza pronto chocaron con varias tribus, algunas antropófagas como la que dieron cuenta del capitán Varela y de 14 soldados más. Durante setenta larguísimos días el hambre fue la más fiel compañera de aquellos hombres. Y allí, de nuevo, el encallecido militar extremeño se convirtió en capitán flexible y animoso, atento al cuidado de sus hombres, sin desfallecer ni renunciar a nada, sin quejarse ni admitir réplica. En la soledad de las noches tropicales, junto al fuego ahuyentador de mosquitos, la figura taciturna de Pizarro era como un espectro cuya fortaleza mantenía viva la esperanza de aquellos desarraigados.

Al fin, un día, apareció por el horizonte el velamen del navío de Bartolomé Ruiz. El piloto, además de víveres y esperanza, traía noticias alentadoras sobre el reino del sur: había vencido la línea equinoccial alcanzando una agradable ensenada, nombrada San Mateo, y, sobre todo, se había encontrado con varias embarcaciones a vela de comerciantes indios, tal y como los describiera Panquiaco. Según Ruiz, estas balsas con nativos ricos y cultos, elegantemente vestidos y que transportaban oro y diversas mercancías, venían a confirmar la cercanía del gran imperio del sur. El piloto traía consigo a tres de estos indios tallanes, quienes pronto aprendieron la lengua castellana, y con sus relatos de ciudades de piedra y oro llenarían de ilusión las noches largas de los españoles.

A la alegría del reencuentro se unió la llegada de Almagro con su barco cargado de soldados, caballos, alimentos, vestidos y medicinas. Juntos decidieron seguir la ruta trazada por Bartolomé Ruiz hasta alcanzar la bahía

de San Mateo, donde desembarcaron. Aquí la costa era más amable, y en el interior la tierra estaba labrada, había numerosos poblados de indios bien organizados y con sembradíos de maíz y yuca. En principio, el encuentro con las poblaciones indígenas no provocó incidentes. Pero una noche, en la aldea de Atacames, los españoles fueron sorprendidos por una emboscada. Solo la presencia de los caballos –los indios se sintieron aterrados al ver a unos seres desconocidos mitad hombres barbados mitad animales de cuatro patas- y el demoledor estruendo de un pequeño falconete, permitió a Pizarro y sus hombres repeler el ataque y salvar la vida.

La pelea hizo reflexionar a los dos socios. Pizarro sentía que estaba muy cerca de lo que buscaba, pero era consciente de necesitaba más medios. Ahora sabían que se enfrentaban a algo más que a pequeñas tribus o poblados aislados de indios: estaban ante sociedades indígenas ricas y bien organizadas. El incidente de Atacames aconsejaba retirarse y conseguir más refuerzos. Pero Pizarro se negó a alejarse, se sentía tan cerca de su sueño que decidió trasladar los barcos a una isla cercana, bautizada como la isla del Gallo por la silueta encrespada de su montaña principal.

Los Trece de la Fama

En la isla del Gallo muchos hombres mostraron sus deseos de regresar, estaban hartos de penalidades sin fruto. Pizarro, insensible a las protestas, dividió el grupo, ordenando regresar a Panamá sólo a los marineros y a Almagro con el fin de conseguir más soldados, más armas y más bastimentos para la expedición definitiva. Entre los ochenta hombres que se quedaron, los ánimos estaban muy encendidos, incluso uno de ellos logró pasar una carta a un marinero, dirigida a la esposa del nuevo gobernador de Panamá, doña Catalina de Saavedra, pidiendo ayuda frente al “carnicero” Pizarro. Y la verdad es que si no se tenía la voluntad férrea y el sueño obsesivo del trujillano era muy difícil aceptar quedarse abandonado en un peñasco, rodeado de océano frente a un territorio desconocido, tras varios meses de calamitoso peregrinaje hacia ninguna parte y sin un botín definitivo. Algunas fuentes citan esta separación como otro de los desacuerdos entre Almagro y Pizarro, de cualquier forma, la decisión del extremeño prevaleció frente a todos.

Durante cinco meses tuvieron que macerar su ánimo en la terrible soledad de la isla. No fue fácil para nadie, y menos para el jefe quien debió sufrir

como todos el hambre perenne, el clima insano y los días sin esperanza. Él, además, debía reconfortar los ánimos y evitar la desesperación y los motines. Los ochenta expedicionarios terminaron convirtiéndose en una banda de desarrapados famélicos, sostenidos tan sólo por la determinación de un jefe tan temido como respetado. La mayoría lo odiaban, y no entendían su terca obstinación por el imperio del sur, pero también sabían que sin él jamás regresarían a casa.

Cuando el hambre y las fiebres casi habían arruinado al grupo aparecieron las providenciales velas de una nave. Mas Pizarro pronto descubrió que no era el velamen del barco de Almagro, sino un navío del nuevo gobernador, don Pedro Ruiz de los Ríos, y eso no podía significar nada bueno. Cuando la nave arribó a la isla, contrastaba el grupo de moribundos andrajosos frente a las figuras pomposas de los soldados que escoltaban al comisionado Juan Tafur. El gobernador, alertado por la carta que portara el marinero y que finalmente llegó a su esposa, había dado orden de devolverlos a Panamá. Consideraba que la empresa del Perú era una locura, que ya se habían invertido muchos hombres y esfuerzos sin beneficio alguno para la Corona, y que era hora de pensar en otras conquistas más fructíferas.

A pesar del júbilo de la mayoría, Pizarro no podía aceptar dicha orden. Cuentan las crónicas que el trujillano –desencajado el rostro, con “barba de Cristo bizantino”, todo huesos y piel y poseído de furor jupiterino– desvainó la espada, avanzó hacia la tropa, trazó una línea sobre la arena de la playa de oriente a poniente, y venciendo su laconismo de iletrado, con la voz grave que imponía el momento, lanzó una de las más famosas arengas de la historia: *“Esta es la parte de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra, la del gusto; por esta se va a Panamá a ser pobres; por aquella se ha de ir al Perú a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano la que más bien le estuviere”*.

De los ochenta hombres sólo trece cruzaron la raya. Sus nombres quedaron para la Historia: Nicolás de Ribera, tesorero de la expedición; Pedro de Candia, *el griego*; Cristóbal de Peralta; Antón de Carrión; Domingo de Soraluze; Francisco de Cuellar; Juan de la Torre; Pedro de Halcón; García de Jarén; Alonso de Briceño; Alonso de Molina; Gonzalo Martín de Trujillo; y Martín de Paz. También traspasó la línea de los valientes el piloto Bartolomé Ruiz, pero Pizarro le pidió que regresase a Panamá, pues allí sería más útil

para la posterior expedición que debería armar Almagro. Algunas crónicas hablan de que junto a los trece permanecieron en la isla un mulato fiel a Pizarro y los tres indios tallanes traídos por Ruiz.

Alejado el barco de Juan Tafur, el silencio, la soledad y la incertidumbre se instaló en los espíritus de los abandonados en la isla del Gallo. Pero la experiencia le decía a Pizarro que la inacción no traía nada bueno. Con algunos árboles y ramas construyeron unas pequeñas balsas con el fin de buscar otra isla con mejores aguas y caza más abundante. La encontraron al norte, mar adentro, en un lugar que no era precisamente el paraíso, pero desde donde era más fácil avistar las esperadas naves de Almagro. Era final de septiembre de 1527 y por delante, aunque ellos no lo sabían, les esperaban siete meses más.

Mientras, en Panamá, Luque y Almagro acosaban al gobernador Ruiz de los Ríos pidiendo permiso para poder ir a recoger a sus compañeros de la isla. La insistencia y los recursos de Luque y Espinosa obtuvieron del gobernador la licencia y seis meses de plazo para armar un barco y rescatar a los trece locos.

Almagro y Bartolomé Ruiz partieron en un navío escaso de hombres y pertrechos en busca del socio abandonado. La situación de Pizarro habíase tornado tan desesperada que, en su locura, habían construido una balsa con intención de alcanzar el continente y desde allí remontar por la costa hasta Panamá. Pero de nuevo la testarudez y paciencia de Pizarro se aliaron con la fortuna, amiga fiel que, a pesar de las penalidades, no se resistía a abandonar al trujillano. Por fin, embarcados en la nave de Almagro, en la despedida de aquella isla, el griego Pedro de Candía la bautizó Gorgona, o antesala del infierno, resumen de las calamidades allí pasadas.

Si siete meses antes, en la isla del Gallo, Pizarro dio pruebas de su inquebrantable voluntad de llegar hasta el final de su sueño, fuesen cual fuese las dificultades, otra vez más, en el barco que debía llevarlos a un merecido y necesario descanso, el trujillano tomó otra decisión imposible o “contra natura”: desoyendo las órdenes del gobernador, las súplicas de sus compañeros y las razones de Almagro mandó proar el barco hacia el sur y continuar la expedición.

Pizarro intuía que estaba en uno de los momentos decisivos de su vida y, como siempre que se le presentó la ocasión, actuó con la energía y el impulso irracional de quien no está dispuesto a renunciar a lo que busca, aunque desconozca qué es. ¿Estamos ante un Pizarro terco y enloquecido, un conquistador,

como tantos otros en América, destruido por una ambición desmesurada o una naturaleza salvaje y perversa? Más bien estamos ante uno de esos personajes históricos que solo pueden ser entendidos como un enigma por tener siempre y en los momentos más cruciales un comportamiento excepcional e insondable. Este afán, esta resolución determinante, caracteriza a los individuos capaces por sí solos de transformar o escribir la historia. Pizarro es un ejemplo de personaje capaz de acelerar o retrasar los acontecimientos con sus acciones, muchas de ellas tan incomprensibles, misteriosas y complejas que cuesta atribuírselas aun solo ser humano.

Días después de abandonar la isla de Gorgona, los españoles alcanzaron la costa de Ecuador, y tras desembarcar y explorar en lo que luego llamarían Guayaquil, llegaron hasta el puerto de Tumbes. El griego Pedro de Candia encabezó uno de los grupos exploratorios y regresó fascinado por lo hallado en la ciudad y por las noticias obtenidas gracias a los indios tallanes. Tumbes se asemejaba a una ciudad escapada de un libro de caballerías: rodeada de fuertes murallas almenadas, con torreones cuadrados y rematada por una imponente fortaleza. Punto por punto Tumbes confirmaba todas las informaciones previas: las llamas dibujadas por el indio Turmaco; la mayor parte de los edificios estaban contruidos con piedra; y sus habitantes tenían oro y señalaban hacia el interior cuando se les reclamaba más.

Los españoles fueron amablemente recibidos por curaca o jefe de Tumbes, quien ricamente ataviado y junto a su corte, ofreció varios regalos –frutas, llamas y chicha, bebida fermentada del maíz-, en señal de respeto y admiración. Tras varias semanas en Tumbes, navegaron más hacia el sur hasta alcanzar Paita, Chan-Chan y la desembocadura del río Santa. Con eso le bastaba a Pizarro, ya había visto lo suficiente para confirmar la existencia de un gran reino: poblaciones ricas y monumentales como Tumbes y Chan-Chan, agricultura bien organizada en regadíos o terrazas ganadas a la montaña, una extensa red de caminos, poblaciones con estructura social bien definida, esplendorosos curacas y comerciantes de todo tipo, continuas referencias a un poder supremo y a una capital de oro... No necesita más, se ratificaba todo lo que él siempre había intuido. Ya no era solo la fe ciega de un loco obstinado, a partir de este momento, Candia, Almagro, Bartolomé Ruiz, todos los hombres de la expedición serán los propagadores de la noticia: el gran imperio del sur existe. Era el momento de regresar y armar la expedición definitiva.

La llegada de los expedicionarios a Panamá, a quienes se daba por muertos, alborotó la ciudad. Un grito recorrió el istmo de océano a océano: ¡Un nuevo México ha sido descubierto! Los rumores se convertían en realidad: oro, llamas, indios ricos, grandes ciudades comunicadas por caminos... todo había sido visto por aquellos supervivientes de la isla del Gallo y sus compañeros. Aquel lugar, nombrado popularmente Perú (deformación del nombre del río Birú), se convirtió en la nueva tierra de promisión de la que todo el mundo hablaba en las calles y tabernas de Panamá. Y, por supuesto, la figura escuálida y elegante de Pizarro se agrandó, aumentando si cabe ese halo de rendida admiración e indisimulado temor que desde hacía años le precedía entre los soldados y marineros españoles.

Solo al gobernador Pedro Ruiz de los Ríos, pareció no afectarle la fiebre *perulera*. Convencido de que Pizarro y los suyos exageraban, negó nueva licencia de expedición. Pero a estas alturas ni Pizarro, ni Almagro, ni Luque se iban a rendir por la miopía de un político estulto. En un principio, los arruinados socios de *La Compañía de Levante* pensaron en acudir al viejo Pedrarias, quien seguía en Nicaragua rodeado de curtidos conquistadores – De Soto, Hernán Ponce, Benálcazar- y adinerados colonos. Mas Pedrarias nunca podría solventar los requisitos legales de un nuevo viaje. Un imperio necesitaba el permiso de un emperador. Habría que gestionar la autorización directamente con Carlos I.

La Capitulación de Toledo

El viaje a España conllevaba dos problemas importantes: cómo costearlo y quién sería el encargado de entrevistarse con el emperador. Hernando de Luque tuvo que hacer de nuevo de banquero y aportó 1.500 pesos de oro, cantidad nada desdeñable para una sociedad en quiebra. También propuso que fuese el licenciado Corral – hombre docto en leyes y amigo suyo- quien se presentase ante Carlos I. Por su parte, Almagro propuso a Pizarro como embajador: nadie mejor que él conocía lo entrevisto del nuevo gran imperio, y si había sido capaz de vencer al hambre, a la naturaleza y a los indios, por qué no iba a convencer al rey. Además, tras veinticinco años en América con muchos y duros padecimientos, volver a la Península era un regalo bien merecido.

El extremeño, sin embargo, dudó durante varios días. A sus deseos de regresar a la patria y de encontrar un poco de sosiego, se anteponían sus escasas

dotes diplomáticas y sus temores de iletrado ante el hombre más poderoso del mundo. Aunque, -pensó el bastardo de Trujillo que había desafiado tantas inmensidades-, un hombre, aunque fuese el César de Europa, seguía siendo un hombre.

A finales de septiembre de 1528 partió Pizarro desde Panamá rumbo a Sevilla. Le acompañaban el cretense Pedro Candía, el vasco Domingo de Soraluce, los tres indios tallanes, y en las bodegas del barco varios “camellos del Perú”, oro, plata, ponchos policromados y diversos objetos de cerámica para atestiguar la existencia del importante reino. Mas el extremeño iba a ser recibido en Sevilla con una desagradable sorpresa. Al taimado y rencoroso bachiller Fernández de Enciso, antiguo socio de Alonso de Ojeda, enterado de la llegada del trujillano, le había faltado tiempo para redactar el reclamo judicial de una vieja deuda contraída en la época de la fundación de Santa María de Darién. Notificada la deuda, Pizarro se declaró insolvente, y fue a parar con sus huesos a la cárcel de Corte de Sevilla, situada en la famosa calle Sierpes. Enterado el Consejo de Indias de la importancia de la misión de Pizarro, se le comunicó al emperador su situación, y éste ordenó cargar dicha deuda a la Corona y poner a disposición del conquistador los medios necesarios para trasladarlo lo antes posible a Toledo, sede de la Corte. (Algunos historiadores señalan a su primo Hernán Cortés como valedor del trujillano ante el Consejo o ante el mismo emperador, ya que como veremos más tarde se hallaba en Toledo y podía tener acceso al entorno del monarca).

En Toledo, y según cuenta el cronista Montesinos, Carlos I dio audiencia varias veces a Pizarro, contento de escuchar las costumbres de los indios y las proezas y sufrimientos de la conquista. Al rey le encantaba sobre todo escuchar los sucesos de la isla del Gallo. Pudiera ser cierto el relato del cronista, ya que al emperador le gustaba saber de primera mano como se desarrollaban los acontecimientos en el Nuevo Mundo, en aquellos territorios tan alejados y extraños a los que nunca iría y que siempre ocuparon un lugar secundario en su gobierno. Aunque, por ésta misma razón, hemos de dudar de Montesinos, pues en esos momentos el rey estaba más preocupado por las Cortes de Monzón, la guerra en Italia, los avances del turco Solimán II en Hungría y la amenaza del pirata Barbarroja en el Mediterráneo que por los relatos de un conquistador cincuentón y no muy dicharachero.

De cualquier forma, es sabido que Pizarro pasó varias semanas en Toledo esperando ser recibido por el Consejo de Indias y que, finalmente, a instancias del propio emperador, la entrevista se produjo. En la espera, probablemente coincidió con su primo lejano y antiguo camarada en Santo Domingo, Hernán Cortés. El conquistador del imperio azteca estaba en la Corte defendiéndose de algunas acusaciones que le habían apartado del gobierno de México y que él consideraba falsas. Si realmente se encontraron, Pizarro recibiría consejos de su primo sobre cómo moverse en los procelosos corredores de la corte toledana, sobre la conveniencia de fijar detalladamente todo lo relacionado con los nuevos territorios en un documento real, y sobre cómo enfrentar todo un gran imperio con un puñado de hombres. Se produjese el encuentro o no, la realidad es que Pizarro recibió de Hernán Cortés cierta ayuda económica y el respaldo ante el Consejo, y que en Perú repetiría algunas de las acciones hechas por su primo en México.

Finalmente, el trujillano fue recibido por el Consejo de Indias, y tanto sus relatos como las pinturas de Tumbes hechas por Pedro de Candia, los indios tallanes y las llamas, interesaron sinceramente a los consejeros. El propio Conde de Osorno, presidente del Consejo, quedó deslumbrado e informó muy positivamente a los reyes.

Algunas demandas y consultas, además de los señalados graves asuntos de Estado retrasaron la redacción de la *Capitulación de Toledo*, extendida el 26 de julio de 1529 y firmada por la emperatriz doña Isabel de Portugal, pues el emperador estaba en Italia.

A continuación, y dada la importancia y las consecuencias futuras que se derivan del documento, reproducimos el contenido completo dicha capitulación:

Capitulación de Toledo

Por cuanto vos, el capitán Francisco Pizarro, vecino de Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, por nos y en nombre del venerable padre don Fernando de Luque, maestro escuela y provisor de la iglesia del Darién de Devacaur (sic), que es en la dicha Castilla del Oro y del capitán Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicistes relación que vos y los dichos vuestros compañeros con deseo de nos servir y del bien y acrecentamiento de nuestra Corona Real, puede haber cinco años poco más o menos, que con

licencia y parecer de Pedrarias de Avila, nuestro Gobernador y Capitán General que fue de la dicha Tierra Firme, tomaste a cargo de ir a conquistar, descubrir y pacificar y poblar por aquella parte del Mar del Sur de a dicha tierra a la parte de levante a vuestra costa y de los dichos vuestros compañeros, todo lo que por aquella parte pudiesedes, e hicisteis para ello dos navíos y un bergantín en la dicha costa en que así, en esto por se haber de pasar la jarcia y aparejos necesarios al dicho viaje y armada desde el Nombre de Dios que es en la costa del norte a la otra costa del sur como con la gente y otras cosas necesarias al dicho viaje, y en tornar a rehacer la dicha armada gastasteis mucha suma de pesos de oro y fuisteis a hacer e hicisteis el dicho descubrimiento donde pasasteis muchos peligros y trabajo a causa de lo cual vos dejó toda la gente que con vos iba en una isla despoblada con solo trece hombres que a vos no quisieron dejar, y que con ellos y con el socorro que de navíos y gente vos hizo el dicho capitán Diego de Almagro, partisteis de la dicha isla y descubristeis las tierras y provincias del Pirú y ciudad de Túmbez, en que habéis gastado vos y los dichos vuestros compañeros más de treinta mil pesos de oro y que con el deseo que tenéis de Nos servir, querriades continuar la dicha conquista y población a vuestra costa y misión sin que en ningún tiempo seamos obligados a vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello hicierdes, más de lo que en esta capitulación vos fuere otorgado y me suplicasteis y pedisteis por merced vos mandase encomendar la conquista de las dichas tierras, y vos concediese y otorgase las mercedes y con las condiciones que de suso serán contenidas, sobre lo cual, yo mandé tomar con vos el asiento y capitulación siguiente:

1. *Primeramente, doy licencia y facultad a vos, el dicho capitán Francisco Pizarro, para que por Nos, y en nuestro nombre y el de la Corona real de Castilla, podáis continuar el dicho descubrimiento, conquista y población de la dicha tierra y provincia del Pirú, hasta doscientas leguas de tierra por la misma costa, las cuales dichas doscientas leguas comienzan desde el pueblo que en lengua de indios se dice Temunpulla y después le llamaste Santiago, hasta llegar al pueblo de Chuncha que puede haber las dichas doscientas leguas de costa poco más o menos.*
2. *Yten, entendido ser cumplidero al servicio de Dios y nuestro, y por honrar vuestra persona y por vos hacer merced, prometemos de vos hacer nuestro Gobernador y Capitán General de toda la dicha provincia del Pirú y tierras y pueblos, que al presente hay y adelante hubiere en todas las dichas*

doscientas leguas, por todos los días de vuestra vida con salario de setecientos y veinte y cinco mil maravedies en cada un año, contado desde el día que os hicieris a la vela de estos nuestros reinos para continuar la dicha población y conquista, los cuales os han de ser pagados de las rentas y derechos a Nos pertenecientes en la dicha tierra que así habéis de poblar, del cual salario habéis de pagar en cada un año un Alcalde Mayor y diez escuderos y treinta peones y un médico y un boticario, el cual salario os ha de ser pagado por los nuestros oficiales de la dicha tierra.

3. *Otrosí, os hacemos merced de título de nuestro Adelantado de la dicha provincia del Pirú, y asimismo del oficio de Alguacil Mayor de ella, todo ello por los días de vuestra vida.*
4. *Otrosí, os doy licencia para que con parecer y acuerdo de los dichos nuestros oficiales podáis hacer en las dichas tierras y provincias del Pirú hasta cuatro fortalezas en las partes y lugares que más convenga, pareciendo a vos y a los dichos nuestros oficiales ser necesarios para guarda y pacificación de la dicha tierra, y vos haré merced de la tenencia de ellas, para vos y para dos herederos o sucesores vuestros, uno en pos de otro, con salario de setenta y cinco mil maravedies en cada un año por cada una de las dichas fortalezas que así estuvieren hechas, las cuales habéis de hacer a vuestra costa, sin que Nos ni los Reyes que después de Nos vinieren seamos obligados a vos lo pagar al tiempo que así lo gastares, salvo dende en cinco años después de acabada la tal fortaleza, pagandoos en cada un año de los dichos cinco años la quinta parte de lo que montare el dicho gasto de los frutos de la dicha tierra.*
5. *Otrosí, vos hacemos merced para ayuda a vuestra costa, de mil ducados en cada año por todos los días de vuestra vida de las rentas de la dicha tierra.*
6. *Otrosí, es nuestra merced acatando la buena vida y doctrina de la persona del dicho don Fernando de Luque, de le presentar a nuestro muy Santo Padre, por Obispo de la ciudad de Túmbez, que es en la dicha provincia y Gobernación del Pirú, con los límites y diócesis que por Nos, con nuestra autoridad apostólica, le serán señalados. Y entretanto que vienen las Bulas del dicho obispado, le hacemos protector universal de todos los indios de la dicha provincia, con salario de mil ducados en cada un año pagados de nuestras rentas de la dicha tierra entre tanto que hay diezmos eclesiásticos de que se pueda pagar.*

7. *Otrosí, por cuanto nos habéis suplicado por vos y en el dicho nombre hiciere merced de algunos vasallos en las dichas tierras, y al presente dejamos de hacer por no tener entera relación de ellas, es nuestra merced que entretanto que informados proveamos en ello lo que a nuestro servicio y a la enmienda y satisfacción de vuestros trabajos y servicio conviene, tengáis la veintena parte de todos los pechos que Nos tuviéramos en cada un año en la dicha tierra, con tanto que no exceda de mil quinientos ducados; los mil para vos el dicho capitán Pizarro y los quinientos para el dicho Diego de Almagro.*
8. *Otrosí, hacemos merced al dicho capitán Diego de Almagro, de la tenencia de la fortaleza que hay o hubiere en la dicha ciudad de Tanbez (sic) que es en la dicha provincia del Pirú, con salario de cinco mil maravedíes cada un año, con más doscientos mil maravedíes en cada un año de ayuda de costa, todos pagados de las rentas de la dicha tierra, de las cuales ha de gozar desde el día que vos el dicho Francisco Pizarro llegares a la dicha tierra aunque el dicho capitán Almagro se quede en Panamá o en otra parte que le convenga. Y le haremos hombre hijodalgo para que goce de las honras y preeminencias que los hombres hijodalgo pueden y deben gozar en todas las Indias, islas y tierra firme del mar Océano.*
9. *Otrosí, mandamos que las haciendas y tierras y solares que tengáis y gocéis y hagáis de ello lo que quisierdes y por bien tuviereis, conforme a lo que tenemos concedido y otorgado a los vecinos de la dicha Tierra Firme. Y en lo que toca a los indios y naborias que tenéis y vos están encomendados, es nuestra merced y voluntad y mandamos que los tengáis y gocéis y sirváis de ellos y que no vos sean quitados ni removidos por el tiempo que nuestra voluntad fuere.*
10. *Otrosí concedemos a los que fueren a poblar a la dicha tierra, que en los seis años primeros siguientes desde el día de la fecha de esta en adelante, que del oro que se cogiere en las minas nos paguen el diezmo y cumplidos los dichos seis años paguen el noveno, y así descendiendo en cada un año hasta llegar al quinto; pero del oro y otras cosas que se hubieren de rescatar y cabalgadas, o en otra cualquier manera, desde luego nos han de pagar el quinto de todo ello.*
11. *Otrosí, franqueamos a los vecinos de la dicha tierra por los dichos seis años, y más cuanto fuere nuestra voluntad, del almojarifazgo de todo lo*

que llevaren para proveimiento y provisión de sus casas, con tanto que no sea para lo vender, y de lo que vendieren ellos y otras cualesquier personas, mercaderes y tratantes, asimismo, los franqueamos por dos años tan solamente.

12. *Yten, prometemos que por término de diez años y más adelante hasta que otra cosa mandemos en contrario, no imponeros a los vecinos de las dichas tierras alcabala ni otro tributo alguno.*
13. *Yten, concedemos a los dichos vecinos y pobladores que les sean dados por vos los solares y tierras convenientes a sus personas, conforme a lo que se ha hecho y hace en la isla Española. Y asimismo, vos daremos poder para que en nuestro nombre, durante el tiempo de vuestra gobernación, hagáis la encomienda de los indios de la dicha tierra guardando en ellas las instrucciones y ordenanzas que vos serán dadas.*
14. *Yten, a la suplicación vuestra, hacemos nuestro Piloto Mayor de la Mar del Sur a Bartolomé Ruiz, con setenta y cinco mil maravedíes de salario en cada un año, pagados de la renta de la dicha tierra, de los cuales ha de gozar desde el día que le fuere entregado el título que de ello le mandaremos dar. Y en las espaldas de él se asentará el juramento y solemnidad que han de hacer ambos y otorgado ante escribano, y asimismo daremos título de escribano del número y del concejo de la dicha ciudad de Tanbez (sic) a un hijo del dicho Bartolomé Ruiz, siendo hábil y suficiente para ello.*
15. *Otrosí, somos contentos y nos place que vos el dicho capitán Pizarro cuanto nuestra merced y voluntad fuere, tengáis la gobernación y administración de los indios de nuestra isla de Flores, que es cerca de Panamá, y gocéis para vos y para quien de vos quisieredes de todos los aprovechamientos que hubiere en la dicha isla, así de tierras como de solares y montes y árboles y mineros y pesquerías de perlas, con oficiales de Castilla y del Oro, en cada un año de los que así fuere nuestra voluntad que vos la tengáis, doscientos mil maravedíes y más el quinto de todo el oro y perlas que en cualquier manera y por cualesquier personas se sacare de la dicha isla de las Flores no los podáis ocupar en la pesquería de las perlas ni en las minas del oro ni en otros metales sino en las otras granjerías y aprovechamientos de la dicha tierra para provisión y mantenimiento de la dicha tierra. Y permitimos que si vos el dicho Francisco Pizarro, llegado a Castilla del Oro, dentro de*

dos meses luego siguientes, declaradeis ante el dicho Nuestro Gobernador o Juez de residencia que allí estuviere que no vos queréis encargar de la dicha isla de Flores, que en tal caso no seáis tenido y obligado a Nos pagar por razón de ello las dichas doscientas mil maravedíes y que se quede para Nos la dicha isla como ahora la tenemos.

16. *Yten, acatando lo mucho que ha servido en el dicho viaje y descubrimiento Bartolomé Ruiz Expoval de Peralta y Pedro de Candia, y Domingo de Soraluze, y Nicolás de Ribera, y Francisco de Cuéllar, y Alonso de Molina, y Pedro Halcón y García de Geren y Antón Carrión, Alonso Briceño y Martín de Paz y Juan de la Torre y porque vos me lo suplicasteis y pedisteis por mercedes, nuestra merced y voluntad de hacerles merced, como por la presente se la hacemos a los que de ellos no son hidalgos que sean Hidalgos Notorios de Solar conocido en aquellas partes y que en ellas y en todas las nuestras Indias, islas y tierra firme del mar Océano gocen de las preeminencias y libertades y otras cosas de que gozan y deben ser guardadas a los Hijodalgos Notorios de Solar conocido de estos nuestros reinos y los que de los susos dichos sin hidalgos que sean Caballeros de Espuelas Doradas, dando primero la información que en tal caso se requiere.*
17. *Yten, os hacemos merced de veinte y cinco yeguas y otros tantos caballos de los que Nos tenemos en la isla de Jamaica y no las habiendo cuando las pidieres, no seamos tenidos al precio de ellas ni otra cosa por razón de ellas.*
18. *Otrosí, os hacemos merced de trescientos mil maravedíes pagados de Castilla del Oro, para la artillería y munición que habéis de llevar a la dicha provincia del Pirú, llevando Fe de los Nuestros oficiales de la Casa de Sevilla de las cosas que así compraste y de lo que vos costó contando el interés y cambio de ello y más vos haré merced de otros doscientos ducados pagados en Castilla del Oro para ayuda al acarreo de la dicha artillería y munición y otra cosas vuestras, desde el Nombre de Dios a la dicha ciudad del Sur.*
19. *Otrosí, que vos daremos licencia como por la presente vos la damos, para que de estos vuestros reinos y del reino de Portugal o islas de Cabo Verde, o de donde vos o vuestro poder hubiere, quisieres y por bien tuvieres, podáis pasar y paséis a la dicha tierra de vuestra gobernación cincuenta esclavos negros en que haya a lo menos el tercio hembras, libres de todos*

- derechos a Nos pertenecientes, con tanto que si los dejares todos o parte de ellos en las islas Española, San Juan y Cuba y Santiago o en Castilla del Oro o en otra parte alguna, los que de ellos así dejares sean perdidos y aplicados, y por la presente aplicamos para la nuestra Cámara y Fisco.*
20. *Otrosí, que haremos merced y limosna al hospital que se hiciere en la dicha tierra para ayuda al remedio de los pobres que allá fueren de cien mil maravedíes, librados en las penas de Cámara de la dicha tierra.*
 21. *Asimismo, de vuestro pedimento y consentimiento de los primeros pobladores de la dicha tierra decimos que haremos merced como por la presente la hacemos, a los hospitales de la dicha tierra de los derechos de la escobilla, rebeliones que hubiere en las fundaciones que en ella se hicieren y de ello mandaremos dar nuestra Provisión en forma.*
 22. *Otrosí, decimos que mandaremos y por la presente mandamos que haya y resida en la ciudad de Panamá, o donde por vos fuere mandado, un carpintero y un calafatero y cada uno de ellos tenga de salario treinta mil maravedíes en cada un año, desde que comenzaren a residir en la dicha ciudad, o donde como dicho es, vos les mandares, los cuales les mandaremos pagar por los nuestros oficiales de la dicha tierra de vuestra gobernación, cuando nuestra merced y voluntad fuere.*
 23. *Yten que vos mandaremos dar nuestra Provisión en forma para que en la dicha costa de la Mar del Sur podáis tomar cualesquier navíos que hubieredes menester, de consentimiento de sus dueños, para los viajes que hubieredes de hacer a la dicha tierra, pagando a los dueños de los tales navíos el flete que justo que sea, no enbargante (sic) que otras personas los tengan fletados para otras partes.*
 24. *Asimismo que mandaremos, y por la presente mandamos y defendemos, que destos nuestros reinos no vayan ni pasen a las dichas tierras ningunas personas de las prohibidas que no pueden pasar a aquellas partes, so las penas contenidas en las leyes y ordenanzas y cartas nuestras que acerca de esto por Nos y por los Reyes Católicos están dadas, ni letrados ni procuradores para usar de sus oficios.*
 25. *Lo cual todo que dicho es, y cada cosa y parte de ello, vos concedemos con tanto que vos el dicho capitán Pizarro seais tenido y obligado a salir de estos nuestros reinos con los navíos y aparejos y mantenimientos y otras cosas que fueren menester para el dicho viaje y población con doscientos cincuenta*

hombres, los ciento y cincuenta de estos nuestros reinos y otras partes no preveidas y los ciento restantes podáis llevar de las islas y tierra firme del Mar Océano con tanto que la dicha tierra firme llamada Castilla del Oro, no saquéis más de veinte hombres y no fuere de los que en el primero o segundo viaje que vos hicisteis a la dicha tierra del Pirú se hallaron con vos, porque a estos damos licencia que puedan ir con vos libremente. Lo cual hayáis de cumplir desde el día de la fecha de esta hasta seis meses primeros siguientes y llegado a la dicha Castilla del Oro y pasado a Panamá seais tenido de proseguir el dicho viaje y hacer el dicho descubrimiento y población dentro de otros seis meses luego siguientes.

26. *Yten, con condición que cuando salieres de estos nuestros reinos y llegares a la dicha provincia del Pirú, hayáis de llevar y tener con vos a los oficiales de nuestra hacienda que por Nos están y fueren nombrados, y asimismo, las personas religiosos y eclesiásticos que por Nos serán señaladas para instrucción de los indios y naturales de aquella provincia a nuestra Santa Fe Católica con cuyo parecer y no sin ellos habéis de hacer la conquista, descubrimiento y población de la dicha tierra, a los cuales religiosos habéis de dar y pagar el flete y matatolaje y los otros mantenimientos necesarios, conforme a sus personas, todo a vuestra costa, sin por ellos les llevar cosa alguna durante toda la dicha navegación. Lo cual mucho vos encargamos que así hagáis y cumpláis como cosa de servicio de Dios y nuestro porque de lo contrario nos tendremos de vos por deservidos.*
27. *Otrosí, con condición que en la dicha pacificación, conquista y población y tratamiento de los dichos indios, sus personas y bienes seais tenidos y obligados de guardar en todo y por todo lo contenido en las ordenanzas e instrucciones que para esto tenemos hechas y se hicieron y vos serán dadas en la nuestra carta y provisión que vos mandaremos dar para la encomienda de los dichos indios.*
28. *Y cumpliendo vos, el dicho capitán Francisco Pizarro lo contenido en este asiento y todo lo que a vos toca e incumbe de guardar y cumplir, prometemos y vos aseguramos por nuestra palabra real, que ahora y de aquí adelante vos mandaremos guardar, y vos será guardado todo lo que así vos concedemos y hacemos merced a vos y a los pobladores y tratantes en la dicha tierra; para ejecución y cumplimiento de ello, vos mandaremos dar nuestras cartas y provisiones particulares que convengan y menester*

sean obligando vos el dicho capitán Pizarro primeramente ante escribano público, de guardar y cumplir lo contenido en este asiento que a vos toca, como dicho es. Fecha en Toledo, a veinte y seis días de Julio de mil y quinientos veinte y nueve años. Yo la Reina. Refrendada por Juan Vásquez, señalada del Conde, y del Doctor Beltrán.

Escudo de Armas de Pizarro



Escudo de Armas concedido a Pizarro por el emperador Carlos I, que se halla inserto en la copia del Privilegio de armas concedido por sus servicios, en Madrid a 13 de noviembre de 1529.

El escudo, por orden del emperador, tenía por armas un águila negra con corona de rey de oro en la cabeza, y la ciudad de Tumbes que fue la primera hallada en Perú, con un león y un tigre guardando la puerta principal de dicha ciudad, y en las aguas del mar dos navíos con las velas amainadas, y por orla ciertas ovejas con un rótulo donde aparece la siguiente leyenda “Caroli Caesaris auspicio et labore, ingenio ac impensa Ducis Piçarro inbenta et pacata”. (Archivo General de Indias)

Mucho se ha hablado de la generosidad de las capitulaciones con el trujillano, germen envenenado de las futuras envidias y disputas con su socio Almagro. No hay duda de la preeminencia de Pizarro en la distribución de honores y cargos. Otra cosa es pensar que ello obedeciese a la deslealtad y ambición de quien negoció el contrato. La *Capitulación de Toledo* reconoce la existencia de la sociedad con Luque y Almagro, y a ambos les otorga cargos y rentas importantes. Es dudoso que fuese el mismo Pizarro quien sugiriese las diferencias de trato, si bien es muy posible que tampoco mostrase disgusto alguno ante la propuesta de la reina. El cronista y primo del trujillano, Pedro Pizarro, al que se le puede acusar de cierta parcialidad, cuenta que Francisco pidió al rey que la gobernación de Perú recayese a partes iguales entre él y Almagro, negándose el rey ya que la experiencia en las Indias había enseñando que siempre en las gobernaciones confiadas a dos habían surgido disputas irreconciliables.

Al margen de la subjetividad del cronista, lo cierto es que, tras las sangrientas luchas por envidias entre los capitanes conquistadores de México, tanto el rey como el Consejo de Indias buscaron siempre una dirección homogénea y única en las gobernaciones indianas. Ya se encargarían luego, una vez finalizada la fase de conquista, de crear sus contrapoderes y enviar a los funcionarios reales. Incidiendo en lo mismo, la posterior guerra civil en Perú puede ser interpretada como la justificación póstuma de la previsión de la *Capitulación de Toledo*. Para otros es la consecuencia fatal de las diferencias sancionadas por dicho documento.

Sea como fuere, la capitulación no debió gustar mucho a Almagro. Puede dudarse de la ambición de Pizarro, pero lo cierto es que siempre se mantuvo leal a sus socios. Además, cómo han sugerido algunos de los mejores biógrafos del extremeño ¿alguien podía dudar de quién había jugado el papel decisivo y a quién se debían las más novelescas hazañas del descubrimiento de Perú?, ¿quién de los tres socios había soportado las más tremendas calamidades y había estado más y continuamente cerca de la muerte?

La visita a Trujillo

Antes de regresar a Panamá, Pizarro viajó a Trujillo, su tierra natal abandonada cuando era apenas un adolescente. No fue la ternura o la nostalgia lo que motivó el viaje. Su madre hacía ya años que había muerto y casi nada ni nadie de la ciudad que él conociera de niño permanecía. Seguramente sintió una débil y pasajera nostalgia al volver a recorrer sus calles, pero más movió su espíritu el orgullo y la necesidad que los afectos. Habiendo salido pobre y bastardo, con la ropa ajada de un campesino y el zurrón y el estomago vacíos, regresaba como noble capitán enaltecido por su porte de hidalgo vestido en Sevilla, armado en Toledo y cubierto con la capa de caballero de Santiago. Su cutis moreno, curtido por el mar y el calor ecuatorial, su barba señorial, la figura larga y la mirada de soldado vencedor mostraban el orgullo de quien sólo con el regreso vengaba su pasado.

También en el viaje a Trujillo había un cálculo. En Sevilla escaseaban los hombres dispuestos a ir a las Indias tras el desastre de las expediciones de Ojeda y Nicuesa, y las campañas militares del emperador que ocupaban a marineros y soldados desde las costas de Africa hasta las llanuras húngaras. Haciendo de la necesidad virtud, y aprovechando la gloria del hijo pródigo, Pizarro se dedicó a reclutar la hueste perulera entre sus paisanos. Los primeros entusiastas fueron sus hermanos y allegados: Hernando, el orgulloso primogénito y legítimo representante de los Pizarro, quien probablemente ya se hubiese unido a Francisco en Toledo; Juan y Gonzalo, hermanos menores habidos de otras tantas mujeres; Francisco Martín de Alcántara, hermano de madre, y aunque sencillo campesino llegaría a ser nombrado lugarteniente del conquistador; los primos Juan Pizarro Orellana, Martín Pizarro y el imberbe Pedro Pizarro, paje y futuro cronista. Además de numerosos personajes cuya huella quedó indeleble en la historia de Perú: Francisco de Orellana, descubridor del Amazonas; Garcí Manuel de Carbajal, fundador de Arequipa; Nuño Chavez, explorador del Alto Perú, hoy Bolivia; fray Vicente de Valverde, protagonista del encuentro con Atahualpa y primer obispo de Cuzco; fray Jerónimo de Loayza, primer arzobispo de Lima...

Cuentan las crónicas que todos ellos se juntaron en Trujillo y tras una misa partieron hacia Sevilla. Allí se les unieron los oficiales reales designados para Nueva Castilla: el tesorero Alonso de Riquelme, el veedor García de Salcedo y el contador Antonio Navarro. La función principal de estos

funcionarios era velar por el cumplimiento de todas las leyes, recaudar los tributos, el quinto de las ganancias de la conquista y dar fe de lo realizado ante emperador.

Perspectiva de Trujillo.



Vista actual de Trujillo desde poniente. Un escenario parecido debió ser el último que vio Pizarro de su tierra. La perspectiva oeste de la ciudad apenas ha cambiado en estos cinco siglos. (Fotografía de José M^a González Ochoa).

En Sevilla la expedición no despertó el mismo entusiasmo que en Extremadura, y Pizarro, como ya sospechaba, tuvo problemas para reclutar los 250 hombres estipulados en la capitulación. Cierta desaliento y un mayor retraso vinieron a complicar más la partida. Para colmo de males, la burocracia real seguía su curso y los visitadores de la Casa de Contratación –los fiscalizadores de todo viaje con destino a América– llegaron desde Toledo para revisar, los navíos y comprobar que todo se hacía de acuerdo con lo estipulado. Habían pasado seis meses y todavía no se había logrado reunir los 250 hombres ni el bastimento necesario para hacerse a la mar; la expedición perulera corría el riesgo de ser suspendida. Para evitar el celo de los visitadores, Pizarro partió el 19 de enero de 1530 con su nave y escasos marineros rumbo a La Gomera. Mientras tanto, su hermano Hernando engañó a los

funcionarios de la Casa de Contratación diciendo que el resto de los expedicionarios que faltaban habían salido ya con la nave capitana. Sin entrar en más averiguaciones, los visitadores dieron la licencia de partida. Entre los tres barcos sumaban 250 hombres, la mitad de los exigidos.

Imaginamos a Pizarro saliendo a mar abierto. Posiblemente al alejarse de Sanlúcar se acercaría a popa y echaría un vistazo a la línea de tierra peninsular. Sabía que era la última vez que la veía, era demasiado viejo y tenía demasiadas cosas que hacer en América. Nunca volvería. Pero nada de nostalgia, aquella tierra ya no era la suya. Lo había hecho nacer pobre y bastardo, lo había recibido con la cárcel y lo despedía con aguaciles. Tampoco le quedaba rencor. Sentía el orgullo de ser español, pero español del otro lado del océano. Además, sus escasos afectos viajaban con él.

4.- CONQUISTA

La expedición definitiva

Obtenida la licencia, los hombres y los navíos, la empresa del Perú seguía teniendo muchas otras dificultades. Nada más arribar a las Indias, en Santa Marta, pensó Pizarro dar unos días de reposo a la tripulación antes de alcanzar el Istmo. El cansancio del viaje y la maledicencia del gobernador del Nuevo Reino, quien esparció bulos sobre la quimera peruana “tierra tan mala que no había que comer sino sierpes, lagartos y perros”, provocaron diversas deserciones. Resolvió entonces Pizarro levar anclas y navegar a todo trapo hasta la costa de Nombre de Dios. Allí se encontraron por fin los tres socios. Pasado los abrazos y las alegrías del reencuentro llegaron las discusiones y los enfados al conocer el texto de la *Capitulación de Toledo*. La amargura de Almagro era previsible, él esperaba iguales honores y privilegios que Pizarro, al menos una gobernación compartida o una distinta para cada uno. A Luque tampoco le gustó que el emperador ordenase, antes de darle el obispado de Tumbes, una información sobre su persona. Mas el clérigo olvidó pronto, soñándose ya obispo, y centró sus esfuerzos en la intermediación entre los otros dos socios.

Las heridas se agudizaron también por la actitud altanera y soberbia de los hermanos Pizarro, en especial Hernando, quien despreciaba ostentosa-mente al manchego, tanto por su mísero linaje como por su aspecto desme- drado y grotesco. No gustaba a los Pizarro obedecer órdenes que no viniesen de Francisco, y veían al socio de este como un intruso exigente, siempre a punto de arruinar la empresa y futuro competidor en el reparto de ganancias. La animadversión entre el primogénito y Almagro se enquistó de forma tan venenosa que, como veremos, terminaría en tragedia.

La situación llegó a ser tan tensa que Almagro se negó a entregar sus ahorros para preparar la expedición. El manchego era terco y explosivo, pero con el tiempo su indignación remitió, no sólo por los buenos oficios de Luque y Espinosa, o por el ofrecimiento de Pizarro de pedir al emperador una gobernación para él al ampliar los territorios, sino porque comprendió, dado lo adelantado de los preparativos, que la expedición se realizaría con o sin él. Efectivamente, al morir el viejo Pedrarias en Nicaragua, capitanes como Hernando de Soto y Ponce de León quedaron inactivos y se unieron a la propuesta de Pizarro. Ambos eran experimentados aventureros, tenían dinero, soldados y dos navíos, todo lo cual ofrecieron a cambio de que Soto fuese nombrado capitán-subgobernador y saliese en el primer barco, y a Ponce se le entregase un buen repartimiento de tierras, es decir una gran extensión de terreno fértil con numerosos indios a su cargo. Diego de Almagro temió que Perú se conquistase sin él, y había invertido ya mucho dinero, sufrimiento y años como para quedarse ahora a las puertas. Aceptó la reconciliación a regañadientes. Entre los viejos socios las cosas nunca volverían a ser como antes: la desconfianza, la envidia y ciertos ánimos de venganza habían inoculado en sus espíritus.

Mientras se solventaban las diferencias entre los socios, los hombres llegados de la Península, fueron acuartelados en la isla de Taboga, por orden de Pizarro. Allí estaban acampados para evitar deserciones e ir acostumbrándose a la vida ruda y militar que les esperaba.

Finalmente, cuando todo estuvo preparado, el día 27 de diciembre de 1530, san Juan Evangelista, Francisco Pizarro hizo bendecir el estandarte real en Panamá. Un día después los soldados y marineros comulgaron en solemne eucaristía y, con el nuevo año, partieron las tres naves, los 180 hombres y los 37 caballos que iban a protagonizar la conquista del mayor imperio de América.

Hasta la bahía de San Mateo la navegación no presentó problemas. Bartolomé Ruiz pilotó los barcos siguiendo sus propias cartas. Lo que la primera vez costase dos años, ahora se realizó en apenas trece días. Alcanzaron Atacames tras varias jornadas terribles a pie, entre manglares e inmensos esteros de ríos. Un tiempo de descanso permitió afrontar nuevas jornadas de lento caminar por pantanales y ciénagas. En el norte de la región de Coaque hallaron un pueblo habitado, cuya conquista se convirtió en un ensayo de futuras y más determinantes batallas. Se entró en el poblado por sorpresa,

bajo el infernal estruendo de trompetas y arcabuces y con la caballería como arma aterrorizadora. Pizarro se dirigió de frente contra el cacique principal y lo tomó prisionero, obligando a rendirse a todo el pueblo. El botín ascendió a 15.000 pesos de oro, 1.500 pesos de plata y numerosas esmeraldas. Para los soldados fue el primer deslumbramiento de riquezas. Desde aquí Pizarro envió los barcos de regreso a Panamá y Nicaragua en busca de más hombres y caballos. Diego de Almagro, por entonces en el istmo curándose del mal de bubas, debía tener ya preparado un contingente de soldados y pertrechos.

En Coaque esperaron casi ocho meses hasta la llegada de los refuerzos. La bonanza inicial pronto se transformó en la habitual pesadilla de lluvias huracanadas, enjambres de mosquitos y fangosas tierras llenas de serpientes, caimanes y enfermedades. Una virulenta epidemia de verrugas, protuberancias carnosas y sanguinolentas del tamaño de avellanas, se apoderó de aquellos rudos españoles que en su vida habían visto cosa tan horripilante y dolorosa. Bastantes murieron durante aquellos meses terribles, acabando sus vidas como leprosos abandonados.

Por fortuna apareció el barco de Sebastián de Belalcázar, otro extremeño que llegó a ser capitán de Pedrarias y compañero de Pizarro y Almagro en la fundación de Panamá. Belalcázar había oído noticias de la expedición de Perú y tras armar un navío decidió unirse a su viejo compadre. Superada la inicial alegría, Pizarro también comprendió que la acción de su antiguo compañero tenía implícita una exigencia: Belalcázar pedía para sí una capitania de jinetes y diversos privilegios y tierras para sus hombres. Pero ¿qué otra cosa podía hacer el trujillano sino aceptar?. Los refuerzos de Almagro no llegaban y su situación de enfermos desahuciados era insostenible.

Recuperados, aunque con las huellas de las postulentas verrugas, los expedicionarios continuaron la marcha por el áspero litoral hasta llegar a la isla de Puná. Los indios de la isla, a pesar del inicial recibimiento amable, prepararon una celada nocturna rodeando el campamento hispano. La lucha fue cruenta, cuatro españoles murieron y Hernando Pizarro fue herido. Francisco ordenó una acción de castigo y la represalia acabó en *guazavera*. A partir de entonces todos los pueblos de la costa, y aún en la serranía, ya sabían de la llegada de unos extraños personajes, barbudos, con largas cañas que escupían fuego, y acompañados de unos extraños seres mitad hombres mitad bestias de aspecto fiero e invencibles.

Puná, como todo el territorio inca, se veía afectada por la guerra entre los dos hermanos pretendientes al trono del Imperio Inca, Huáscar y Atahualpa. Los indios de la isla, partidarios de Huáscar, habían arrasado hacía un año la costera ciudad de Tumbes, asesinando a su gobernador y capturando a más de 600 rehenes. Pizarro liberó a los cautivos y los dejó partir. Esperaba con ello congraciarse con los tumbecinos y de esta forma, en un futuro cercano, tomar la ciudad sin lucha. Sin embargo, los rehenes retornados sólo contaron historias terroríficas del extraño poder de los españoles, predisponiendo contra ellos a toda la ciudad.

Mientras tanto llegaron los refuerzos al mando de Hernando de Soto y su gente de Nicaragua. De Soto tenía un carácter taimado y estaba poseído por una violencia tan intensa como su pasión por el dinero. Experimentado en mil batallas junto a Pedrarias en Panamá y Nicaragua, pasaría a la historia por el reguero de sangre india que dejó tras de sí. Si hay un desgraciado paradigma de conquistador español sanguinario y brutal con los indios este es Hernando de Soto. Fiel a sí mismo, antes de desembarcar pidió a Pizarro 3.000 pesos de oro y algún cargo. Recibió el dinero y el título de teniente, si bien no quedó satisfecho del todo, prefirió esperar mejor coyuntura para mayores exigencias.

Con Soto llegaron al Perú las primeras mujeres españolas. El historiador Luis Martín, en su libro *Las hijas de los conquistadores* las nombra como Isabel Rodríguez, alias “La Conquistadora” y, Beatriz “La Morisca”. Mujeres ambas de gran coraje, acompañaron a los hombres de Pizarro hasta Cuzco.

Reforzada la hueste española y tras cinco meses de reposo en la isla de Puná, en abril de 1532 Pizarro decidió pasar al continente y tomar Tumbes. Ya sólo el nombre de la ciudad a los españoles les evocaba aromas de riquezas y tiempo de sosiego. Todos estaban encandilados con las descripciones y dibujos hechos por Pedro de Candia, y confiaban en la amistad de los tumbecinos gracias al acto conciliador de Pizarro al liberar a los cautivos de Puná. Pero la realidad era muy otra. Tumbes había sido arrasada por causa de la guerra civil inca y sus habitantes seguían aterrorizados. Por ello no fue extraño que varias tribus de los alrededores atacasen las primeras balsas de los españoles apenas estas se acercaron a la costa.

Cuando finalmente entraron en la ciudad destruida, la desilusión de los expedicionarios se volvió contra Candia, que a punto estuvo de morir lapidado. La desolación de la ciudad fantasma nada tenía que ver con las maravillas descritas.

En Tumbes, y gracias a un noble indígena, obtuvo Pizarro noticias más detalladas del enfrentamiento civil y, sobre todo, de la ciudad capital del imperio, Cuzco, donde vivían los grandes señores y el propio Inca. El *curaca* tumbecino describió riquezas y edificios como el templo dedicado al Sol, Cori-cancha, todo de oro, y se ofreció como guía y mensajero a cambio del respeto a su casa y linaje. Todas estas informaciones, obtenidas por medio de las traducciones de los indios tallanes, despertaron más la ambición de la hueste conquistadora, y a Pizarro le dieron idea muy exacta de la situación y características del Incanato.

Durante los meses pasados en Tumbes tuvo lugar un incidente con Hernando de Soto que sirve para definir mejor los rasgos del ambicioso y desleal teniente y permite, a su vez, conocer el gran predicamento de Pizarro entre sus hombres. Habiendo salido Hernando con parte de la caballería y la hueste española para castigar al cacique Chilimasa, pensó Soto rebelarse y emprender por su cuenta la conquista del reino de Quito, sublevado contra el Inca por mor de la guerra civil. Pero los jinetes y soldados de Pizarro se negaron, ellos sólo obedecían a su jefe, el Gobernador. Al trujillano le dolió la deslealtad de su teniente, aunque disimuló el enojo por evitar divisiones internas. Del incidente también sacó la parte positiva, la fidelidad de sus hombres y el desenmascaramiento total de la ambición de Soto.

La fundación de San Miguel

Decepcionados de Tumbes y sus alrededores, los españoles partieron hacia el sur, dejando tan sólo una pequeña guarnición en un viejo fortín. Pizarro buscaba un lugar seguro para instalar una base que permitiera la comunicación entre Panamá y la exploración interior del país. El extremeño sabía que después del desengaño de Tumbes, sus hombres –muchos de ellos enfermos y desesperanzados- necesitan moral y fuerzas de las que sólo se obtienen del oro y las esmeraldas. Tres días después de salir de Tumbes ascendieron a los cerros de La Brea, y tras un breve descanso continuaron hasta las dulces riberas del río Chira, junto al cual hallaron uno de los ramales de

los caminos del Inca, la tupida red de comunicaciones que recorrían todo el territorio incaico. El paisaje del suave Valle del Chira se convirtió en una nueva tierra de promisión. La agradable marcha y la benignidad del clima y la naturaleza permitieron recuperar a los enfermos y a los más débiles. Pero la aparente excursión se tornó en batalla cuando un incidente provocado por la traición –supuesta o real- de los caciques de Chira y Amopate obligó a romper la tregua entre nativos y extranjeros. A Pizarro, su experiencia con Balboa le sugería que ante la traición se debía imponer un escarmiento ejemplarizante: después de rendir a las tribus guerreras, trece de sus jefes fueron agarrotados y quemados.

Pocos días más tarde, en uno de los mejores predios, ya habitado por los indios, los españoles decidieron fundar la primera ciudad española en Perú: San Miguel. En nombre de su Majestad el emperador Carlos I, tras una misa solemne, el Gobernador de Perú, don Francisco Pizarro tomó juramento a los oficiales *por Dios y Santa María*, hizo la señal de la cruz con la espada en la siniestra y la diestra apoyada en los Santos Evangelios y leyó el acta de fundación de la ciudad de San Miguel de Tongarará, en honor de la vieja parroquia del arrabal de Tintoreros de Trujillo, donde fuera bautizado (Más tarde se llamaría San Miguel de Piura, y hoy conocida sólo como Piura). Situada a seis leguas del mar, a la orilla del río Chira y en un paisaje de próspero vergel (véase mapa nº 2). La ciudad tenía un clima cálido, sin excesos de lluvias torrenciales, rodeada de esteros amables y lagunas llenas de patos, caza y feraces maizales. Como la mayoría de las ciudades del Nuevo Mundo, Pizarro la mandó construir trazando la Plaza Mayor en el centro, desde la cual, en cuadrícula reticular, salían el resto de calles. En la plaza se instaló el Cabildo, la Audiencia y la iglesia. Luego irían las casas de los oficiales principales, después el resto de los soldados y, en los arrabales exteriores, los indios y la servidumbre. En un promontorio cercano, con estacas de madera se construyó un fortín. Este esquema básico se siguió por toda la América hispana.

En San Miguel los españoles permanecieron cuatro meses, el tiempo necesario para recuperar los ánimos, organizar la ciudad, pacificar el entorno y recoger nuevas informaciones sobre la situación social y militar de los incas. Pasado este tiempo, Pizarro decidió no retrasar más de lo necesario el encuentro decisivo con el Inca y, sin esperar a los refuerzos de Almagro, partió

hacia el interior con el grueso de sus hombres. En San Miguel dejó una guarnición de 80 soldados al mando del capitán Roldán Dávila. Quería que la ciudad se convirtiese en refugio y hospital si fracasaba su intento de conquista. Al trujillano siempre le gustó tener protegida la retaguardia, táctica que empleó siempre que las circunstancias se lo permitieron.

Camino de Cajamarca

Los primeros días el camino fue un sosegado paseo por el valle del Piura, donde encontraron diversas poblaciones bien organizadas, al mando de *curacas* ricos, mas en todas ellas era palpable la huella siniestra de la guerra civil. Algunos de los propios caciques pidieron protección a los extranjeros, pues temían nuevas represalias. En muchos casos el Inca vencedor, Atahualpa, había sido inmisericorde y las ciudades estaban arrasadas y sus habitantes cautivos.

Pero cuando alcanzaron la sombra amenazante de los Andes se acabaron los días tranquilos. A os pies de las colosales montañas Pizarro lanzó a sus hombres una nueva arenga que, sin el dramatismo de la de la isla del Gallo, volvía a trazar una nueva línea de la fama: sólo quería que le acompañasen los audaces y arriesgados, los dispuestos a morir en el intento. Los que desearan regresar a San Miguel a ser colonos tenían su permiso. Solo nueve de ellos decidieron cambiar la fortuna incierta por una tranquila encomienda en San Miguel. Adelante siguieron sesenta y dos hombres a caballo, 106 infantes, de los cuales veinte eran ballesteros y tres arcabuceros y una docena de artilleros que manejaban los pequeños cañones con balas de piedra. La suerte de los Hijos del Sol estaba echada.

Fiel a su acostumbrada táctica, Pizarro dividió al grupo. Hernando de Soto y sesenta soldados irían de avanzadilla, observando el territorio y logrando de los indios precisas informaciones y facilidades para su avance. Detrás, en la seguridad de lo ya explorado, el grueso de los hombres. Soto se adentró en la sierra andina llegando hasta Huancabamba, ciudad atravesada por el gran camino inca que unía Quito y Cuzco. Era este una vía principal, ancha y de piedra bien labrada con fuentes y tambos o posadas para los caminantes. Estando en Huancabamba se presentó a Soto un emisario de Atahualpa, con regalos y un mensaje de buena voluntad. Comenzaba así un juego de engaños y despistes entre indios y extranjeros que no terminaría hasta

el decisivo encuentro en Cajamarca. En realidad la función de las embajadas incas, como las respuestas de los españoles, era la de averiguar el máximo de información de los otros, a la vez que se enviaban mensajes de amistad.

Por su parte, Pizarro se reunía con un embajador de Huáscar -el hermano derrotado y apresado por Atahualpa-, quien pedía protección para su señor a cambio de ayuda militar para derrotar al Inca. El español prometió esa ayuda. Poco después, el trujillano se encontraba con Soto y el emisario oficial de Atahualpa. Éste traía un regalo de amistad profundamente simbólico: dos pequeñas fortalezas de piedra y unos patos desollados. Era la indisimulada amenaza de lo que los indios preparaban a los españoles. Pizarro respondió al Inca con un mensaje de paz y varios presentes –una camisa de Castilla con bordados y copas de cristal de Venecia-, pero sin mostrar temor ni deseos de retroceder. Hasta el final, los españoles seguirían el doble juego de apoyo a cada uno de los contendientes.

Continuando su camino en paralelo al mar y a los Andes, los extranjeros se anunciaban en cada nueva población en nombre de un rey poderosísimo y lejano que defendería a quien le sirviese, pero castigaría con dureza a quien se le resistiera. Así varias poblaciones se ofrecieron a colaborar a cambio de protección, al tiempo que se extendía el rumor de que los españoles eran dioses invencibles.

Poco a poco las condiciones geográficas complicaron el avance. Primero fueron los helados páramos azotados por vientos desabridos, un paisaje muy familiar para la hueste extremeña, pero que la falta de agua convirtió en un infierno. Más tarde, en el valle del río Lambayaque hubieron de sortear violentos y caudalosos torrentes que arrastraban las aguas primaverales de los hielos andinos. El vadeo de estos ríos lo hacían primero a nado los hombres y caballos más audaces, con la sola ayuda de unas sogas sujetas por sus compañeros, y luego, desde ambas orillas se levantaban varios puentes de madera. Superados los furiosos torrentes faltaba encarar el paso de la gigantesca Cordillera, pues todas las informaciones de Pizarro confirmaban que el Inca estaba concentrado el grueso de su ejército en Cajamarca, una ciudad en el altiplano entre dos estribaciones andinas.

No han quedado muchas referencias escritas sobre el itinerario exacto seguido por la sierra. Una vez más el genio militar, la osadía y la intuición

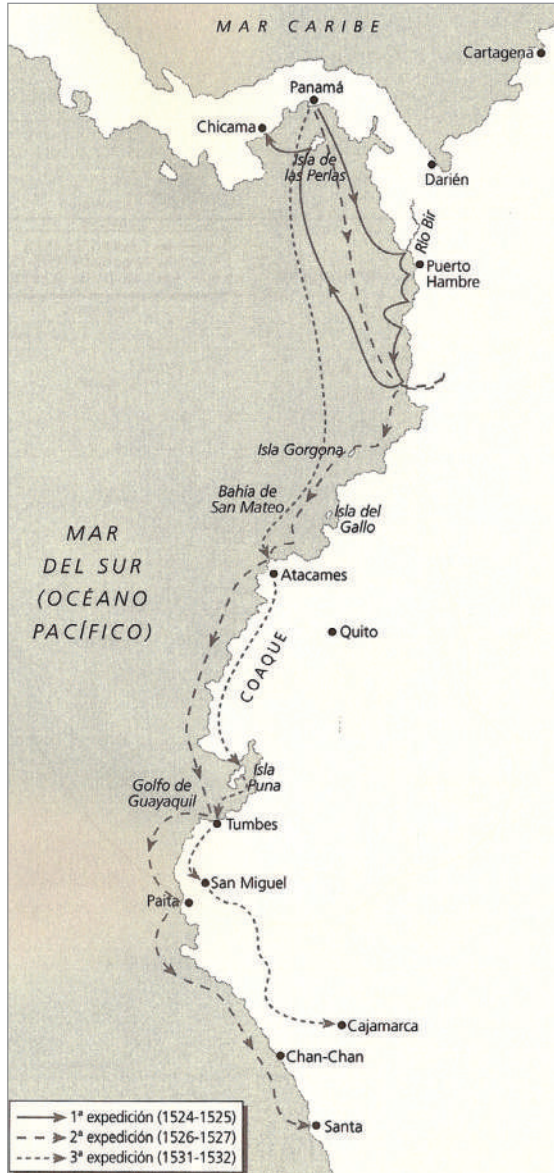
de Pizarro se aliaron con su proverbial buena estrella para desafiar a la razón. La lógica y la prudencia dictaban esperar a nuevos refuerzos para cruzar los gigantescos paredones andinos. La expedición no estaba bien pertrechada para el frío, la nieve ni los hielos, además eran pocos frente a un ejército victorioso, preparado y muy superior en hombres, que podía sorprenderlos fácilmente en cualquier desfiladero. Pero Francisco Pizarro confiaba en su pálpito interior y buena suerte. Ahora o nunca, se dijo: o sorprendía al Inca en el corazón de su imperio o jamás ganaría tan desigual batalla. No había tiempo que perder. Organizó la ascensión dividiendo a sus hombres: los más dotados y resueltos adelante bajo su mando; detrás a las órdenes del capitán Salcedo, la retaguardia con la impedimenta más pesada y los hombres más lentos. En cinco días de fría y dura subida los Andes fueron vencidos

Los españoles se sabían observados durante la ascensión. En cualquier momento una emboscada desde los cerros o el bloqueo de las estrechas abras hubiera acabado con ellos. Pero Atahualpa, confiado y arrogante, les dejó pasar. Los informes de sus emisarios decían que los extranjeros eran pocos, estaban cansados y sólo traían dos de esas extrañas cañas escupidoras de fuego. El Inca había decidido esperarlos en su atalaya rodeado de 30.000 soldados, (algunas fuentes hablan de hasta 80.000) ofreciéndose como queso dentro de la ratonera que suponía la ciudad de Cajamarca.

Una vez atravesadas las montañas, las ciudades que vieron los españoles estaban en su mayoría deshabitadas y en varias de ellas había restos de campamentos militares. Ahora al trujillano ya no le quedaban dudas sobre las intenciones bélicas de los incas. Su principal preocupación era encontrar la forma de derrotar a un ejército que les superaba en 300 por cada uno de sus hombres. Mas Pizarro tenía la estrategia clara desde hacía mucho tiempo: dirigiría su fuerza hacia el punto más fuerte del enemigo y confiaría en el efecto sorpresa que su acción causase en los indios. Era el momento de aplicar la experiencia adquirida en los campos de batalla de Italia, en las selvas de Darién y Panamá, en Coaque, junto al Gran Capitán, a Nuñez de Balboa, Ojeda y Cortés. Toda la sabiduría de sus cincuenta años anteriores se iba a concentrar en apenas unas horas, las que cambiarán definitivamente su vida y le permitirán pasar a la Historia, pues hasta entonces parecía destinado a quedar como un excelente y pertinaz explorador, alguien de segundo orden a quien la historia de América le reservaría un pequeño hueco sin gloria, uno

más como tantos otros a los que sólo se le permitiría entreve las tierras y riquezas que jamás disfrutaría. Tras ocho años de tediosas esperas y costosos preliminares, Pizarro y sus hombres se hallaban por fin ante el umbral del premio a su colosal aventura, que constituía también las vísperas del encuentro más desigual y determinante de dos civilizaciones. Después de las grandes penalidades soportadas durante más de 30 años, había llegado para Francisco Pizarro el gran día, al gran momento con el que siempre soñó.

Junto a la valentía innata y a la perenne paciencia, la fortuna fue siempre compañera inseparable de Pizarro. Ocasiones para morir las tuvo desde que en 1495 participase en la guerra de Italia: los terribles días de Urabá, las duras jornadas hasta llegar al mar del Sur, el ataque de Puerto Quemado, los siete meses en la isla del Gallo,



Mapa 2

Las expediciones de Pizarro a Perú

las dolorosas verrugas de Coaque, las infinitas jornadas de hambre y fiebre en cualquiera de las caliginosas selvas atravesadas... Casi no pasó un día sin que se expusiera directamente a la muerte. Pero a todo ello sobrevivió, y todas las demoras fueron al cabo beneficiosas para el español, que llegó a Cajamarca al encuentro con Atahualpa en el mejor momento posible: el imperio incaico se hallaba dividido por una destructora guerra civil, y todo su potente entramado social, político y militar estaba muy debilitado. Pizarro estaba en Perú en el momento exacto, en el lugar adecuado.

La sociedad que encontraron y ayudaron a destruir los españoles

Hemos considerado importante hacer un punto y aparte, y dejar en espera a Pizarro y su encuentro con el Inca para ver con un poco más de detalle la cultura y el imperio que los españoles se disponían a conquistar.

El gran núcleo de civilización americana, junto con Mesoamérica, es el área andina que, en un sentido amplio, comprende el territorio dominado por la extensa cordillera de los Andes, además de la costa del Pacífico y la ceja de selva amazónica que discurren en paralelo al plegamiento montañoso. En un sentido más reducido, la región andina comprendería los territorios de influencia del Imperio inca, es decir, desde el sur de Colombia a la región central de Chile.

En esta enorme extensión de tierras habitaron una multiplicidad étnica y cultural con largos periodos de relativa unificación política. En las últimas décadas, los arqueólogos han distinguido diversos “horizontes”, o periodos, en los que existió una autoridad central capaz de otorgar unidad política a las tierras altas y a las costeras.

El más antiguo de estos momentos u “horizontes” es denominado Horizonte Antiguo u **Horizonte Chavín**. El centro cultural y religioso estaba en el gran templo erigido en **Chavín de Huantar**, a 3.135 metros de altura, en los Andes orientales. Desde Chavín se expandió un estilo religioso y cultural considerado como “la matriz de la civilización andina”, en palabras del arqueólogo Julio C. Tello. La influencia de Chavín, que alcanzó su apogeo entre los años 1.000 al 300 a.C., llegó a los asentamientos costeros y, según algunos arqueólogos, sus raíces son amazónicas. Se cree que el “cemento” de la unificación fueron el comercio y la religión, aunque persisten muchas dudas sobre su origen, desarrollo y desintegración.

Hay indicios para creer que poco después del año 0 el mundo andino era un rosario de culturas de carácter regional o local, entre las que destacaba la **cultura mochica**. Los mochicas constituyeron un estado de gran extensión en la costa norte de Perú, cuyo legado más importante fueron sus grandes obras hidráulicas, de capital influencia en los incas. Otras culturas que dejaron interesantes muestras de sus logros fueron: la **nazca** en el sur de Perú, famosa por sus extraños y gigantescos dibujos lineales, sólo visibles desde el aire; la **recuay**; la **huarpa**; y las culturas formadas en las actuales ciudades de Lima y Cajamarca.

Entre los años 500 y 1.000 d.C. se data el **Horizonte Medio**, al producirse una nueva unificación en torno a dos centros de poder: **el Imperio wari**, cerca de la actual ciudad de Ayacucho; y **el Imperio tiwanaku**, en la orilla boliviana del lago Titicaca. Existen evidencias claras de su contemporaneidad e incluso de contactos, si bien los dominios estaban claramente separados. El Imperio wari se definió por el urbanismo y el militarismo, características heredadas siglos después por los incas.

Como se aprecia, el impulso integrador siempre partió de las tierras altas, y así sería, de nuevo, con los incas. Los pueblos costeros vivieron siempre desarrollando su potencial oceánico y la técnica del regadío gracias a los torrentes que traían el agua de los glaciares y las nieves andinas, sin preocuparse demasiado de los pueblos asentados por encima de los 2.000 metros.

El final del Horizonte Medio es una descomposición en reinos o señoríos que en ocasiones reproducen tradiciones y culturas más antiguas. Es el caso de la **cultura chimú**, vicaria de la tradición mochica, o la **cultura ica**, heredera de la Nazca.

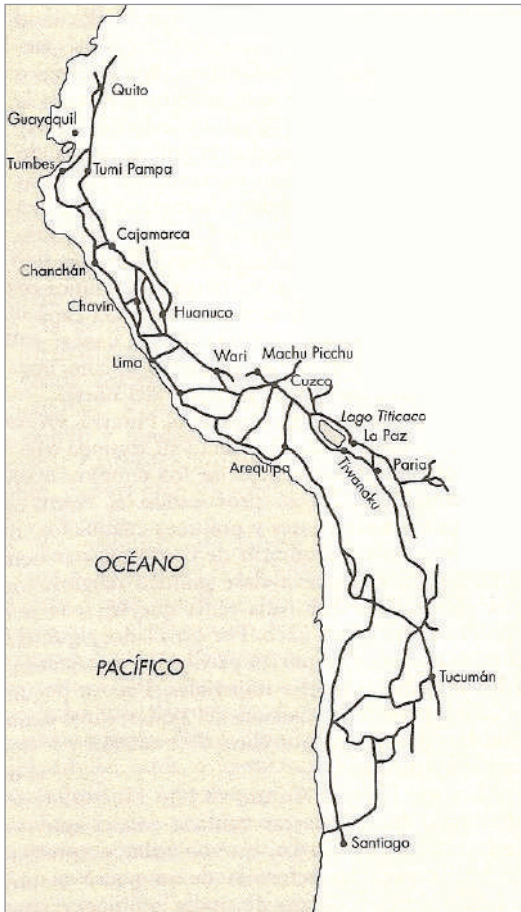
Tanto la tradición oral como la arqueología andina coinciden en definir el **Periodo Intermedio Reciente** –datado unos pocos siglos antes de la expansión inca– como una época convulsa de guerras y enfrentamientos entre los pueblos y las etnias del altiplano y los alrededores del lago Titicaca.

Los **lupaqas** son los más conocidos de los muchos pueblos aymaras de la época preincaica. Se constatan siete “capitales” lupaqas, gobernadas por señores o reyes, desde donde controlaban su zona de influencia. La división dual era un rasgo universal en la organización andina; así, cada una de las siete capitales tenía subdividido su territorio en dos, y en cada mitad habitaban 10 ó 15 familias o linajes, siempre en sentido amplio, denominado en

quechua *ayllu*. Cada *ayllu* tenía tierras, sus propias autoridades, sus familias procedentes del mismo linaje y sus familias vasallas o esclavas, según dictase la suerte de la guerra.

Último horizonte: el *Tabuantinsuyu*

Tras este periodo confuso y guerrero, el último “horizonte” pan-andino corresponde a los incas y la constitución del *Tabuantinsuyu*, un reino inmenso sometido al gobierno de un príncipe poderoso, apenas un siglo antes de la llegada de Pizarro.

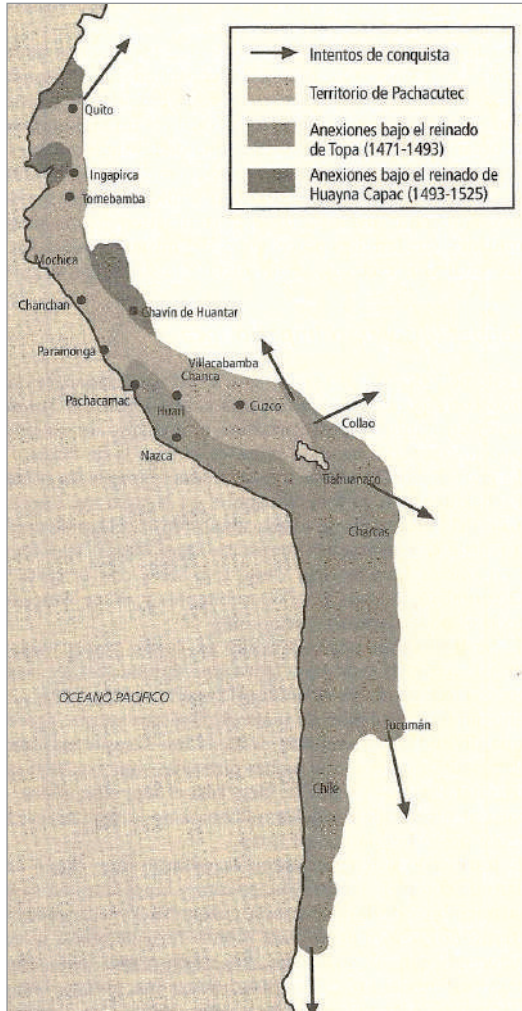


La gran expansión militar inca se produce durante los reinados de Pachakúteq y Topa Inca Yupanqui, en el siglo XV. Cuzco, ciudad Corte y Santuario, corazón del *Tabuantinsuyu*, estaba situada en el centro de una tupida red de caminos reales -entre 25.000 y 40.000 kilómetros- que enlazaban Ecuador con Chile y la selva con la costa. En 1532 contaba con unos 200.000 habitantes, allí se concentraba todo el poder político y religioso y era la ciudad crisol del Imperio. Cuzco, según la tradición quiere decir “ombligo del mundo” lo que da idea de la significación y simbolismo de la capital para el Incanato.

Mapa 3

Los caminos incas

Mapa 4. Campañas de expansión de los incas



El territorio inca estaba dividido en cuatro partes llamadas *suyus*. Al frente de cada *suyu* había una familia real ejerciendo el poder efectivo. En la cúspide del imperio estaba el Inca, soberano supremo imbuido de poderes religiosos ya que procedía de una divinidad. La sucesión del Inca fue siempre un problema generador de frecuentes luchas intestinas –que tan bien supo aprovechar Pizarro– ya que no heredaba el hijo sino que se designaba al sucesor de entre los miembros de la familia real (hijos, sobrinos o hermanos del Inca).

La homogeneidad religiosa del área andina también se consolidó durante la expansión del Imperio inca. Sobre la base de dicha uniformidad pudo el poder político de los incas fundamentar su ideología justificadora del Estado.

El dios del imperio era el *Inti*, el Sol protector y dador de vida. El *Inti* era el padre o antecesor místico de la dinastía inca, por lo que el soberano era considerado Hijo del Sol y poseía carácter divino. La otra deidad fundamental de los Andes era *Viracocha*, el dios creador, el héroe civilizador llegado del oeste y desaparecido en las aguas del mar una vez concluida su misión, pero

cuyo regreso se esperaba en algún momento de la historia. Por ello la llegada de Pizarro, en un principio, se interpretó como el regreso de Viracocha: lo divinizaba su aspecto barbudo y venerable, el ir a lomos de un caballo, su llegada por mar...

El Inti y Viracocha son dioses complementarios y opuestos. El Inti se vincula con todo lo de Arriba: el Sol, el cielo, la cima de las montañas, el fuego... Viracocha es el dios de lo de Abajo: la tierra, el agua, los hombres. También dentro del Olimpo andino tenían un lugar destacado las divinidades relacionadas con la luna, las estrellas, el rayo y, sobre todo, la tierra, identificada con la diosa *Pachamama*, asociada a la fertilidad y a la producción agrícola.

A pesar de la uniformidad impuesta por el culto a *Inti*, los incas supieron mantener a las deidades locales de los territorios que conquistaban, aunque siempre en un rango inferior al dios Sol.

El centro de la vida religiosa estaba en Cuzco, la capital del imperio, especialmente en el templo de Coricancha donde se guardaba un enorme disco de oro, representación de *Inti*, así como diversos santuarios a otras divinidades. También en Coricancha se conservaban las momias de los antepasados incas, a las que se veneraban como deidades.

El intrincado sistema económico-administrativo exigió desarrollar una compleja red de funcionarios y burócratas, en su mayoría miembros de la aristocracia cuzqueña. Pero la extensión del territorio y su multiplicidad pronto hizo necesaria la colaboración de las noblezas locales. Así, muchos jefes regionales, o *curacas*, pertenecían a la comunidad étnica que gobernaban, especialmente en las tierras altas. A pesar de todo, la burocracia imperial se concentraba en los grandes centros urbanos como Paria, Pisac, Huánuco, Willka Waman, Ollantaytambo o Tumi Pampa, todos construidos a lo largo del camino real.

Los numerosos grupos étnicos que comprendía el Imperio inca, siguiendo una tradición definitoria del mundo andino, desarrollaron un modelo de asentamiento disperso, en el cual cada grupo de familias, o *ayllu*, poseía una serie de tierras cultivables situadas a tres o cuatro días de camino del asentamiento principal. A distancias similares, otros colonos cuidaban rebaños de camélidos, extraían sal, cultivaban coca o cortaban madera. Parte de las tierras de cada *ayllu* era de explotación colectiva, y una porción de las

mismas pertenecían al Inca y al Sol. Las tierras cultivables repartidas entre las familias, los *tupus*, se redistribuían cada cierto tiempo para adaptarlas a las variaciones demográficas. Este sistema permitía compartir recursos de muy diversa naturaleza y abarcar nichos ecológicos complementarios. Así, una misma población podía surtir de diferentes productos, aun cuando las tierras sobre las que se asentaba no permitiesen esa variedad agropecuaria. Por consiguiente, el mayor tamaño del poblado significaba nuevas colonias y el dominio de más variedad de tierras.

Si la distancia al núcleo era corta, el colono -o *mitmaq*, en quechua- podía mantener el vínculo con la comunidad de origen. Pero si la distancia superaba los 8 ó 10 días de camino, los vínculos debían ser reforzados por mecanismos institucionales o “burocráticos”, como bien hicieron los incas. Con el tiempo, los incas perfeccionaron este sistema de asentamientos complementarios y asignaron nuevas funciones a los *mitmaq*, o colonos, especialmente la militar. Algunos terminaron especializándose en gremios que, como en el caso de las poblaciones de tejedores aymaras a orillas del Titicaca, no estaban ligadas a ninguna especificidad de la tierra o variedad ecológica.

La aristocracia cuzqueña dejó en manos de los jefes locales la ejecución de cualquier política, como la organización de los turnos de mita (trabajo comunal obligatorio). Aunque no existía la obligatoriedad de pagar tributos, excepto los solteros, las prestaciones al estado se realizaban en forma de trabajos en las tareas comunes: ceremonias religiosas, construcciones, cultivos de coca y maíz, servicio militar, extracción de minerales y sal. Con el paso del tiempo, las tareas que el imperio asignó a los *mitmaq* hicieron que la inicial complementariedad productiva pensada para acceder a los distintos pisos ecológicos terminase siendo un método impositivo de control político.

La extensión del imperio y las cargas excesivas de la mita, especialmente la militar, crearon tensiones en las diferentes comunidades étnicas y rompieron, en algunas zonas, la complementariedad ecológica y la unidad familiar o étnica. Las enormes distancias, las necesidades militares, las expulsiones y repoblaciones forzosas y la burocracia imperial hacían difícil que los colonos mantuviesen contacto con sus núcleos familiares. Poco antes de la llegada de los españoles, muchas poblaciones habían roto su afiliación respecto al grupo original y dedicaban su jornada completa a los asuntos del estado, del

Inca o del curaca de turno. A estos vasallos directos del Inca o jefe local se les denominaba *yanas*, o *yanaconas*, y, si eran mujeres, *aqlla*. (Los españoles rápidamente se adjudicaron a los *yanas* como criados o sirvientes y a las *aqllas* como esposas o amantes.)

Toda esta paulatina descomposición y fractura de lo que había sido la tradicional organización social andina es una de las razones que explicarían la crisis y la rápida caída del complejo y vasto *Tabuantinsuyu*.

De las diversas realizaciones intelectuales de los incas, una de las más brillantes fue el desarrollo de un exacto calendario solar, en algunos casos muy cercano al occidental. Carecían de escritura, pero poseían un sistema contable, basado en *quipus* o cuerdas con nudos de colores y posiciones variables, que les permitía realizar operaciones matemáticas con sencillez y premura. También lograron un sorprendente desarrollo en la arquitectura, adaptando su colosalismo a un terreno abrupto y frecuentemente sacudido por terremotos. Sus ciclópeas construcciones, a base de grandes sillares irregulares encajados sin argamasa, permitían soportar fuertes temblores. En Cuzco, los edificios coloniales más resistentes al paso del tiempo han sido los levantados sobre una base inca.

La tupida red de caminos se complementaba con un admirable sistema de comunicaciones a partir de *chasquis* o correos situados cada tres kilómetros en pequeñas bases o *chiclas*. Así, las noticias podían transmitirse a unos 10 kilómetros por hora.

La crisis del *Tabuantinsuyu*

Autores como el inca Garcilaso de la Vega, con su monumental obra *Comentarios Reales*, o Bartolomé de las Casas, con sus excesos bienintencionados, han transmitido una imagen de los incas y su imperio muy idealizada. La admirable prosa de Garcilaso describe un reino idílico, de égloga virgiliana, de incas paternales y protectores cuya expansión territorial se realizó de forma pacífica. De las Casas enfrenta a la perfidia de los españoles la bondad e inocencia de los indígenas. Afortunadamente, existen otros grandes cronistas, menos estudiados y valorados por una historiografía siempre al lado de los más débiles y, a veces, excesivamente nostálgica de los paraísos precolombinos. Entre estos últimos se halla la *Historia Indica* de Sarmiento

Gamboa, donde encontramos la visión de un *Tahuantinsuyu* mucho más vital, heterogéneo, heroico y pleno de fuerza y barbarie, como correspondería a un imperio en su máximo esplendor, aunque gangrenado por crisis internas que devienen en guerra civil.

Efectivamente, el crecimiento acelerado del Incanato durante todo el siglo XV generó diversas crisis, la más grave de las cuales se desarrollará entre los años 1529 y 1532; es decir, desde que Pizarro inicia sus intentos de alcanzar la costa peruana hasta que se encuentra cara a cara con el Inca en Cajamarca.

Esta crisis estalla con los enfrentamientos entre Huáscar y Atahualpa, hijos ambos del último gran Inca Huayna Capac. Fue éste soberano quien, gracias a la compleja estructural estatal y a los mecanismos e instituciones sociales, que entre otras cosas, como hemos visto, permitían las levas continuas y los excedentes agrarios, amplió a sus límites máximos el Imperio de los Hijos del Sol.

Huyana Capac desarrolló una política de transformaciones de las normas tradicionales que regían la economía y la administración incaica. Su abuelo, el gran Pachakúteq había respetado siempre las tradiciones de los pueblos conquistados y permitido la autoridad de los *curacas* o señores locales, manteniéndose así, aún dentro de la férrea disciplina imperial, la diversidad de tierras y hombres del *Tahuantinsuyu*. Sin embargo, Huayna fue recortando el poder de los *curacas* para concentrarlo en la nobleza de Cuzco. Esta nobleza, gente emparentada con el Inca y encuadrada en complejos grupos de parentesco asumían tradicionalmente las más altas responsabilidades civiles, religiosas y militares del estado.

Como hemos señalado, Cuzco era el todopoderoso centro político y religioso, pero al ir creciendo los territorios dominados la capital se fue distanciando geográficamente de las fronteras imperiales y eso se tradujo en una mayor dificultad para mantener bajo control a los *curacas* más alejados. En regiones como Charcas (hoy Bolivia) o Quito hubo rebeliones que hicieron necesaria la creación de cuerpos especiales y ejércitos profesionales permanentes en dichas zonas. Al mando de estos ejércitos estaban comandantes que empezaron a disputar el poder a la exclusiva nobleza cuzqueña. El propio Huayna Capac tuvo que admitir cambios en su ideario político: permitió

a los *curacas* leales más alejados cierta autonomía o participación política en el gobierno; y creó una segunda capital en Tomebamba (actual ciudad de Cuenca, en Ecuador), desde donde le resultaba mucho más fácil controlar las inseguras tierras del norte.

La mayor parte de los últimos años de su reinado, Huayna vivió en Tomebamba, donde asentó su segunda corte y edificó réplicas de los templos más importantes de Cuzco; esto, a parte de revelar cierta frivolidad y megalomanía, provocó el resentimiento de los sacerdotes y políticos cuzqueños. Con ello generó un desequilibrio de consecuencias fatales. Surgió una nueva nobleza político religiosa y una elite militar que nada tenía que ver con la nobleza secular de Cuzco. Por otro lado, algunos *curacas* norteños adquirían privilegios semejantes a los *orejones* o nobles imperiales. Poco a poco quedaba patente la división del poder entre dos ciudades dominadas por elites de tradición y formas muy distintas. A todo ello debía sumarse un gasto excesivo al mantenerse una doble aristocracia militar, política y religiosa, una doble corte y una doble capitalidad, lo que supuso una carga impositiva muy difícil de llevar, y que como ya hemos señalado asfixió a muchos pueblos y rompió su tradicional base comunal.

Al morir Huayna Capac, su hijo Huáscar fue nombrado Inca. Huáscar contaba con el apoyo de la nobleza de Cuzco, quien no habían aceptado de buena gana las reformas de su padre ni la creación de otro centro de poder político y religioso, y esperaban que Huáscar acabase con aquella situación. Por su parte, los *curacas* norteños sintieron amenazada su autonomía, los nobles advenedizos de Tomebamba temieron por sus privilegios imperiales y los jefes de los ejércitos profesionales vieron peligrar su mando. Así las cosas, sólo faltaba que Atahualpa, hermano de Huáscar fuertemente vinculado a los territorios del norte y decepcionado por la decisión de su padre, liderase el descontento e iniciara la rebelión.

La guerra civil fue cruenta y sacó a la luz todas las debilidades de un imperio demasiado extenso y sustentado en lealtades indecisas. El arrojo y la astucia militar de Atahualpa y sus dos generales Quisquis y Calcuchímac le dieron la victoria justo en las vísperas de la llegada de Pizarro y su hueste. Según cuenta la leyenda de algunas crónicas, cuando los generales de Atahualpa habían tomado Cuzco llegó un mensajero con una noticia increíble: en la costa había aparecido una legión de dioses y el jefe de ellos decían que

era el dios Viracocha, aparecido de nuevo en el mismo lugar donde desapareció. La vieja profecía andina se cumplía, Viracocha el gran dios creador del mundo y fundador de la dinastía incaica regresaba. Atahualpa lo tomó como venturoso presagio, pues el gran Viracocha bendecía con su visita su reinado.

La realidad sería menos bella y más funesta para los Hijos del Sol. Quien llegaba era Pizarro y sus hombres con ganas de oro y conquista. Y el venturoso futuro imaginado por el nuevo Inca era el presente de una sociedad exhausta y desangrada por la guerra, y un estado apoyado en alianzas internas debilitadas cuando no enfrentadas, sin mecanismos administrativos eficaces y más disgregado territorialmente de lo que sugiere la palabra imperio.

Tarde o temprano el Incanato hubiese estallado en revueltas, y Atahualpa y sus generales, al igual que hicieron con Cuzco con la derrota y apresamiento de Huáscar, hubiesen tenido que imponer un férreo despotismo. El norte y el sur del *Tabuantinsuyu* estaban enfrentados y ya no formaban una sola nación. El propio Atahualpa, bastardo y criado en Quito lejos de las instituciones y costumbres de la capital, era un extraño y carecía de confianza entre la nobleza cuzqueña.

A esta división política entre quiteños y cuzqueños se une la disolución de los principios fundamentales de la cultura andina, base de su cohesión social: la solidaridad comunal, el trabajo colectivo, la comunidad de la tierra y el reparto equitativo de las cosechas. Con Huayna Capac muchos de los factores que definían el mundo andino se destruyeron por mor de las guerras y los privilegios excesivos de las nuevas castas políticas y militares. Las continuas sublevaciones obligaron a glebas permanentes y a enormes cambios de población, destierros colectivos que destruyeron el equilibrio de las poblaciones y provocaron nuevos descontentos. La propiedad comunal de la tierra se vio afectada por la aparición de la propiedad individual de los nobles favorecidos por el Inca, y por el surgimiento de la herencia como vía para perpetuar las prebendas. Todo ello era tan extraño al mundo cultural y económico de los incas como lo fue la imposición por parte de los españoles del dinero en los intercambios comerciales. Rota la propiedad comunal, se rompía también el trabajo comunitario y todos los equilibrios socioeconómicos que reportaban. Ahora había que trabajar para los nuevos señores y, por tanto, ya no quedaba tiempo para la comunidad.

Como ocurrió con los bárbaros durante la caída del Imperio Romano, la pequeña hueste conquistadora fue el catalizador de un derrumbe anunciado por la propia descomposición interna.

Semejante situación ayuda a comprender, cómo y por qué Pizarro, extraño y poderoso dios, en algunos casos aprovechará las ansiadas perspectivas de cambio de pueblos y *curacas* y en otras se beneficiará de la parálisis de una sociedad desorientada y en descomposición.

Todo lo anteriormente explicado, sin desmerecer lo excepcional y deslumbrante de la propia acción de los españoles, viene a incidir en el sentido de la oportunidad y la capacidad de decisión del propio Pizarro, en el carácter político de la conquista frente a las tópicas explicaciones simplistas basadas en el arrojo y valentía de un puñado de hombres. La acción política y las condiciones internas del *Tabuantinsuyu* ayudarán a entender mejor la rápida caída y descomposición del Incanato, y la profunda crisis que vivirá la sociedad andina a partir de 1532. Crisis que estalla con la conquista española, pero larvada ya en las décadas anteriores.

En suma, tras la aparente simplicidad del desarrollo de algunos hechos históricos se esconde siempre un complejo entramado de procesos, causas y acciones sin el cual es imposible explicar la Historia.

Colisión en Cajamarca

Al mediodía del 15 de noviembre de 1532, Pizarro y sus hombres divisaron Cajamarca. Desde lo alto de la cordillera la ciudad se mostraba triste bajo una insistente lluvia, espectacular en los reflejos de sus imponentes edificios de piedra, pero abandonada. Sus enormes templos y palacios, los numerosos almacenes, las amplias calles enlosadas, la fortaleza del cerro cercano... todo estaba deshabitado, sin vida bajo la melancólica letanía de la lluvia.

A Pizarro le inquietaba aquel silencio y abandono de muerte. En el pequeño ejército crecía la ansiedad y la sospecha de una celada, sobre todo al descubrir que en los cerros circundantes había un sin fin de tiendas y un enjambre de guerreros incas.

Empapados y con el ánimo afligido, a la hora de vísperas, entraron los españoles en la vacía ciudad. Alcanzada la gran plaza central, Pizarro prohibió

desmontar a los jinetes y ordenó a dos de los capitanes que reconociesen el pueblo casa por casa. La espera fue larga, el grueso de los españoles permaneció en la plaza, delimitada por bellos edificios entre los que se reconocía un templo u oratorio, el palacete de un curaca y varios grandes aposentos o almacenes de lanas y tejidos, dado que Cajamarca era un importante centro de manufacturas y mercado de textiles.

En la espera, Pizarro observaba su entorno con precisión militar. Cuando le confirmaron que sus 2.000 habitantes habían abandonado la ciudad, dispuso a sus hombres según la estrategia ya ideada para enfrentarse al Inca: la caballería en los galpones de la plaza para una actuación rápida e imprevista; Pedro de Candía y varios arcabuceros en el fortín con el falconete –el cañón de más calibre de los traídos-, desde donde podía alcanzar cualquier punto de la ciudad; los infantes fueron dispuestos en las calles adyacentes a la plaza con órdenes muy estrictas sobre rondas de guardias y centinelas.

A medida que fue oscureciendo la tarde, la luz de las hogueras de los campamentos indios mostraban cuán abandonados y en minoría estaban los españoles. Se sentían como en una ratonera, encerrados bajo aquellos cerros y rodeados por un ejército que a cada fuego crecía hasta el infinito. El miedo y la incertidumbre se adueñaron de la hueste conquistadora.

Pizarro estaba intranquilo y deseoso de encontrarse con su oponente, por ello mandó a Soto y a su hermano Hernando con varios jinetes al campamento de Atahualpa, con el encargo de invitarle a cenar. El campamento incaico era una extensísima ciudad de tiendas donde destacaba un palacete custodiado por cuatrocientos guerreros emplumados. Soto llevó su caballo hasta la misma tela de entrada del palacete y, gracias al intérprete Felipillo –uno de aquellos indios tallanes encontrados por Ruíz- solicitó hablar con Atahualpa. Tras varias reclamaciones respondidas con el silencio, apareció el Inca al trasluz de una cortina, y sin decir nada se sentó en un banquillo de madera rodeado por una gran muchedumbre de indios y mujeres en actitud reverente. El Inca permaneció mudo y con la mirada en tierra. Soto se acercó aún más, casi hasta tocar la cortina y le dijo que era el capitán del gobernador de aquellas tierras y que éste tenía deseos de conocerle y de cenar con él. Soto esperó en vano una respuesta. Desesperado y nervioso, Hernando Pizarro, hasta ese momento guardando la retirada, se acercó desairado y gritando inquirió de nuevo al Inca.

Fue entonces cuando dos indios quitaron la cortinilla y se dejó ver a Atahualpa con toda su majestad frente a la insolencia de aquellos barbudos sucios y malencarados. El soberano era un indio de unos treinta años, musculoso y fuerte, cuya mirada y rostro inmóvil irradiaban autoridad. Vestido con los atuendos policromados de los monarcas: sobre la frente destacaba la *mascapaicha* o corona incaica, una flecadura muy fina, a manera de una gran ceja rematada con un objeto rojo trapezoidal, y en el pecho una rutilante esmeralda, símbolo de la realeza quiteña.

La excelsa visión del Inca engalanado como un dios, rodeado de su victorioso ejército y envuelto en el profundo silencio de los seres superiores, impresionó hondamente a los españoles. Cuando se decidió a hablar lo hizo con determinación, recriminando a Hernando Pizarro por sus gritos y por algunas acciones cometidas durante la expedición, según el relato de sus espías. Al altanero Hernando hubo de frenarlo Soto para evitar un incidente trágico. Reducida la tensión, Atahualpa ofreció chicha a sus huéspedes y aceptó cenar con Pizarro al día siguiente. Cuentan las crónicas que Soto, animado por la chicha y la curiosidad de los indios por los caballos, galopó con su cabalgadura por el prado real y se lanzó contra un grupo de 30 soldados de la guardia personal del Inca, quienes, aterrorizados, salieron en espantada. Envalentonado, repitió lo mismo, precipitando su corcel contra Atahualpa, frenándolo cuando ya la espuma del equino casi salpicaba el rostro impenetrable e inmóvil del soberano. El impulsivo Soto recibía así una lección de dignidad señorial. Las crónicas también dicen que el Inca mandó degollar a los 30 indios miedosos, ya que ante los extranjeros estaba prohibido mostrar debilidad alguna.

El regreso de Hernando y Soto aumentó el temor de los españoles. A su alrededor todo eran hogueras tan numerosas y juntas que parecían un cielo cuajado de estrellas. La noticia de la próxima venida del Inca se extendió por la ciudad, y la intranquilidad aumentó cuando Pizarro reunió en su posada a los principales capitanes para determinar la estrategia. En esos momentos recordó el trujillano todos los consejos de su primo Cortés, los detalles de la conquista de Tenochtitlán y la captura del soberano azteca Moctezuma. Estaba dispuesto a repetir el plan.

Aquella noche ningún español durmió. Hacía mucho frío y la humedad de los ropajes helaba las entrañas. El miedo, la soledad y el silencio impedían el descanso de cuerpos y almas. Muchos pasaron la noche en oración, otros

devorados por la angustia y las diarreas. En los rincones de las casas los frailes confesaban sin cesar. En la quietud nocturna resonaban infernales los pasos de las rondas, las voces de los centinelas, el rumor de las oraciones y las arcadas de los estómagos descompuestos. Los innumerables fuegos de los cerros y el frío glacial aumentaban la desesperación y el abandono de los españoles. La noche resultó eterna.

A la tenue luz del alba Pizarro puso a sus hombres en pie. El dominico trujillano Vicente Valverde celebró misa en la plaza, aunque pareció más un oficio de difuntos. Al concluir la eucaristía, Pedro de Candia, desde su atalaya comunicó movimiento entre las tropas indias. Varios batallones habían levantado sus tiendas y descendían diseminándose por las faldas de las montañas. Poco después entró en la ciudad un emisario de Atahualpa, enviado a preguntar si su señor debía venir con gente armada tal y como hicieron los españoles la noche anterior. Pizarro, entendiendo la doble intención del mensaje, respondió con engañosa indiferencia, que viniese como quisiera, de la manera que llegase lo recibiría como amigo y hermano.

Estrategias y cálculos políticos

En realidad, ambos jefes se preparaban para combatir, a pesar de las palabras y los emisarios eran conscientes de que el encuentro solo podría terminar con la derrota de uno u otro.

El Inca hacía sus cálculos políticos convencido de la victoria. Al derrotar a los barbudos extranjeros pensaba conseguir la sumisión absoluta del imperio. Él estaba convencido de que Pizarro no era Viracocha, pero la leyenda se había extendido por el *Tabuantinsuyu* y convenía a sus intereses. Tenía noticias de que los curacas y nobles fieles a Huáscar habían hecho un solemne sacrificio al dios implorando su regreso y la liberación de su jefe. Muchos creían que esta era la misión de los españoles. También sabía Atahualpa que algunos de los jefes fieles a su hermano habían llegado a entrevistarse con Pizarro y que este les había ofrecido su protección. Pues bien, si él, el gran Atahualpa derrotaba a los barbudos ¿quién osaría oponerse al Inca vencedor del dios Hacedor del Mundo? De tal suerte que, cuando la noticia de su victoria se extendiera por los *Cuatro Suyus* nadie se opondría a su omnipotencia capaz de derrotar a su hermano y a los dioses. Con estos sueños se ataviaba el Inca para la batalla.

Atahualpa pensaba presentarse con todo su poder y magnificencia ante los españoles y derrotarlos sin apenas lucha, confiado en rendirlos con la sola presencia de su numeroso ejército de más de 30.000 hombres. Además, el sacerdote de Pachacámac, quien ya le había presagiado su triunfo sobre Huáscar, le había confirmado una nueva victoria. Por si los extranjeros huían dispuso que su general quiteño Rumiñahui con 6.000 guerreros se situases en la parte sur de Cajamarca cortando la retirada. Mientras, él y el grueso de sus batallones descenderían por el norte. Los soldados incas estaban ataviados con sus mejores galas, lucían oro y plata por todo el cuerpo, ricos tocados de esmeraldas y vistosos ropajes de fiesta, debajo de los cuales portaban hondas, talegas de piedras y cuchillos.

Desde primera hora de la mañana una lenta procesión de escuadrones indios fue acercándose hasta las inmediaciones de la ciudad. Ceremonioso y despreocupado, el Inca se demoró toda la mañana en comer, vestirse, preparar su palanquín y organizar el séquito. Creía que la espera y el boato de su compañía asustaría aún más a los insolentes extranjeros. A las cuatro de la tarde inició por fin su moroso descenso, vestido con elegante librea azul, multicolores plumas de papagayo, y reluciente todo él de oro y piedras preciosas. Le precedían varios escuadrones de indios con librea roja y blanca. Tras ellos, en alegre zarabanda, un cortejo de músicos y pajes encargados de limpiar y barrer el camino. Luego, más escuadrones de vistosos colores armados con arcos y flechas, cantando una quejumbrosa tonada. Finalmente, rodeado por una guardia de un centenar de nobles, destacaba sobre una litera el Inca. Cerraban el cortejo otro centenar de indios coronados de oro y plata. Era tal la confianza indígena que más que un ejército dispuesto a luchar parecía ya el desfile de la victoria.

Por su parte, Pizarro nada más conocer los primeros movimientos indígenas desplegó a sus hombres conforme al plan decidido la noche anterior. La caballería dividida en tres grupos de quince o veinte hombres al mando de sus tres capitanes principales, Hernando de Soto, Sebastián de Belalcázar y su hermano Hernando. Escondidos en los galpones de la plaza debían esperar a que el Inca y su séquito entrasen en ella y actuar después de la primera acción de la infantería, mandada por el propio Pizarro. Un grupo de infantes debía defender las tres calles que salían de la plaza para impedir la huida del soberano. Otro grupo defendería el fortín de la artillería. El

resto de los hombres, al mando de Juan Pizarro acompañarían a los jinetes en su ataque. Pero la misión más difícil se la reservaba para sí el trujillano. Con veinticuatro hombres escondidos en el oratorio debían apresar por sorpresa al Inca nada más iniciarse la refriega. Por último, y desde la fortaleza Pedro de Candía con los cañones y los arcabuceros debían sembrar el terror e impedir la entrada en la ciudad de nuevos refuerzos. Todos tenían que permanecer escondidos, a excepción del cura Valverde y el interprete Felinillo, encargados de recibir en la plaza a Atahualpa. A la señal convenida –un tiro de arcabuz y el grito de “Santiago y cierra España”– se iniciaría el combate según lo dispuesto.

Escondidos en los galpones y edificios pasaron el día los españoles, ante la desesperante lentitud del enemigo. La tensa espera estuvo a punto de agotar su paciencia y sus cuerpos. Pasaban las horas y los indios seguían marchando en morosa procesión hacia la ciudad. De nuevo la templanza de Francisco Pizarro logró mantener en sus puestos a los impulsivos Soto y Hernando, partidarios de atacar lo antes posible.

Por fin, al caer la tarde, lenta y majestuosa, la comitiva de Atahualpa ocupó la plaza. Contrariado porque nadie salía a recibirlo preguntó dónde estaban los españoles. Algunos de sus generales le dijeron que habían huido o estaban escondidos por miedo. El Inca, desde su litera, llamó a los españoles. Fue entonces cuando, muerto de miedo en su pobre habito talar, surgió la figura del dominico Valverde. Grotesca visión del cura tembloroso, barbudo y desarrapado en mitad de aquel festín de colores y esplendorosos reflejos dorados. Acompañado de Felipillo, con una cruz en una mano y en la otra los Evangelios, se acercó el fraile a la litera real y le pidió que le acompañara para cenar con Pizarro. Atahualpa, molesto en su dignidad imperial, contestó que no se movería y que allí se hacía su voluntad. Entonces Valverde le leyó el Requerimiento (Véase Anexo 1. El Requerimiento era un texto de obligada lectura a los indios, por el cual se les daba a conocer que debían someterse al poder del rey de España y convertirse a la fe de Cristo, de lo contrario los españoles estaban autorizados a hacerles la guerra y conquistar sus tierras). Con el lenguaje engolado del texto legal que resumía la Historia Sagrada, explicaba la Santísima Trinidad y hablaba del emperador como el Vicario de Cristo y su autoridad confiada a Pizarro para traer el conocimiento de Dios a los infieles..., la traducción no podía resultar sino una estupidez incomprensible. El Inca, harto

de palabrerías sin sentido, preguntó quién decía esas cosas. El fraile le mostró los Evangelios. Atahualpa los cogió y al no encontrar nada en ellos se los arrojó furioso. Valverde asustado huyó pidiendo ayuda. Y en ese preciso momento Pizarro, armado con espada y adarga, se lanzó a la plaza al grito de “Santiago...” No pudo oírse más, un estruendo terrible retumbó en los cerros de Cajamarca. Las puertas del infierno acababan de abrirse sobre los incas.

Apresamiento y masacre

Desde el fortín, Pedro de Candia disparó el falconete; en la plaza irrumpió la caballería en una algarada espantosa de gritos, relinchos, cascabeles, trompetas, arcabuzazos, entrechocar de espadas y alaridos de muerte. La confusión y parálisis aterradora de los indios fue total. Los jinetes arrollaron a las primeras escuadras de la guardia imperial. Presas del pánico, los indios corrían en aquel caos de ratonera en que se había convertido la plaza. Desde las tres calles, únicas salidas cegadas con talanqueras de palo, los españoles disparaban sus arcabuces, clavaban las lanzas y acuchillaban sin cesar. Las avalanchas de indios provocaron que uno de los muros de un galpón se derrumbase, y por allí se salvaron tantos como perecieron arrollados o asfixiados por la estampida. En el descomunal apocalipsis de bestias, pólvora y acero los soldados incas sólo pensaban en huir, creyendo llegado el fin del mundo en aquel atronador desconcierto de ruido y furia.

Atahualpa, en pie sobre la litera real, presenciaba la destrucción y huida de su ejército sin comprender nada. Su guardia pretendía sacarlo de la plaza pero se topó con el grupo de Pizarro. En el forcejeo, el Inca cayó y se vio sujeto por el barbudo al que todos obedecían. En la batahola de sangre y estruendo, y a pesar de los gritos de Pizarro para que nadie hiriese a Atahualpa, una cuchillada fue sobre el Inca aunque quien se llevó la herida fuese el español. Desbaratada la guardia personal y preso el soberano, éste fue conducido al palacete del curaca de la ciudad, llamado casa de la serpiente, a la sazón posada del trujillano. Mientras, los españoles seguían hiriendo y destrozando cuerpos en medio del funesto caos indio desparramado ya por toda la ciudad.

El empuje de los jinetes de Soto, Hernando y Benalcázar era incontenible. Los espoleados caballos fueron los que mayor terror y muerte causaron entre los indios. Aún después de apresado el soberano y desbaratado

su ejército, los caballeros, emborrachados por la orgía de sangre, siguieron persiguiendo a los desbandados escuadrones que huían sin sentido ni orientación. Aquello se convirtió en masacre. Por su parte, el general Rumiñahui, quien debía atacar a los españoles si salían de la ciudad, huyó aterrado con sus hombres rumbo a Quito sin presentar pelea.

La batalla de Cajamarca apenas duró media hora –treinta minutos para desplomar el Imperio más vasto de América-, pero la sangrienta persecución de la caballería alcanzó hasta que se cerró la noche y empezó a llover. Entonces, Pizarro, a toque de trompeta y disparo de arcabuz, ordenó reunir a toda la tropa en la plaza.

Algunas crónicas hablan de más de 2.000 ó 3.000 indios muertos, probablemente fueron el doble. Entre los españoles la única herida de gravedad la recibió un caballo. Poseídos por el júbilo de la victoria, los frailes de la expedición reunieron en torno suyo a aquellos hombres felices, exhaustos y todavía empapados en sangre y juntos rezaron un conmovido “Te Deum Laudamus”. Tras la oración, y establecida una fuerte guardia, el ya Gobernador de Perú, mandó descansar a toda la tropa, mientras él y el indio Felipillo se iban a cenar con el Inca preso.

Noche triste y melancólica para Atahualpa. Su dignidad de Hijo del Sol le impedía derramar una sola lágrima por el reino perdido, mas la lluvia pertinaz recreaba en su prisión la atmósfera afligida y ruinoso de la derrota. El solitario emperador caído rumiaba su indignación y descargaba la cólera y las culpas en los de su alrededor: en el ejército de inútiles asustadizos; en el cacique Maizabelica cuyos informes inexactos olían a traición; en el sacerdote de Pachacámac un embustero sin tino en los augurios; en el tuerto, ambicioso y cobarde Rumiñahui, huido a Quito sin pelear, quizá a robarle sus tierras... Se sentía humillado, engañado y abandonado por todos. Le desazonaba la idea de que su hermano Huáscar fuera liberado y tomase de nuevo el poder, aunque sobre todo temía por su propia vida. Si la historia hubiese sido al revés, Atahualpa tenía ya dispuesto hacer tambores con sus enemigos y a los jefes castrarlos y dedicarlos a cuidar de sus mujeres. Pero con estos extraños barbudos no sabía a qué atenerse.

En estas disquisiciones se hallaba cuando lo interrumpió Pizarro con la cena. Atahualpa recompuso el ánimo y mostró toda su fingida majestad. La

cena debió ser un tanteo psicológico entre dos inteligencias muy distintas. La astucia y fina habilidad de un cerebro lleno de dobleces, como el del indio, frente a la sabiduría simple, intuitiva, analfabeta, pero con el peso milenario de una avanzada civilización, del militar extremeño. Ambos se trataron con cordialidad y respeto. Pizarro permitió al Inca tener varios servidores en su aposento, e incluso al final de la velada ordenó que durmiesen con él algunas de sus mujeres. También prohibió que se le pusieran grillos o cadenas. Por su parte, el Inca mostró la aceptación de la derrota con aquella bella frase recogida por el cronista Herrera “Usos son de la guerra el vencer o el ser vencido”. Cena fría y embustera al fin, en donde lo principal era lo que se callaba. Gestos y palabras corteses para una conversación sencilla e histórica, aún cuando ambas mentes urdían la venganza o la destrucción definitiva.

A la mañana siguiente, domingo 17 de noviembre, mientras los indios prisioneros limpiaban la ciudad de cadáveres, Soto y 30 jinetes salieron a recorrer los alrededores y comprobar la situación de los campamentos indios en los cerros ante el temor de un contraataque. Pero la salida fue más un saqueo que una incursión explorativa. En los campamentos sólo quedaban indios esclavos o soldados sin jefes ni curacas, pues todos habían huido dejando tras de sí más de 80.000 pesos en oro y 7.000 marcos de plata, abundantes perlas y esmeraldas y soberbias piezas de tela, según el recuento del botín (Algunas fuentes rebajan a la mitad el número de pesos de oro obtenido del saqueo del campamento y del ejército del Inca). También sorprendió a los españoles la docilidad de la mayoría de los indios, quienes de forma voluntaria se ofrecían como sirvientes o esclavos. Más de 10.000 hombres y mujeres sumisos acompañaron a los jinetes en su regreso a Cajamarca. Tan llamativa fue la procesión indígena que los españoles se creyeron atacados de nuevo, tanto que un emisario de Soto hubo de adelantarse para tranquilizar a Pizarro.

Reunidos en la plaza, el Gobernador autorizó a los soldados a escoger entre los indios a aquellos que fuesen útiles para cargar y al resto se les dejó en libertad, con la condición de que regresasen a sus tierras y llevasen la noticia de la generosidad y el poder de los nuevos señores del Perú. En su mayoría aquellos indios eran prisioneros de guerra de Atahualpa, partidarios de Huáscar que habían escuchado que los extranjeros venían a proteger al legítimo Inca.

Hubo varios españoles que reprocharon a Pizarro la orden de libertad. Temerosos de una futura guerra aconsejaban cortarles las manos o asesinarlos. Pero el Gobernador bien sabía por experiencia que no había que exagerar el castigo en la victoria. La masacre de la tarde anterior lo tenía aún atribulado y prefería compaginar la fuerza con el perdón. Además, recordó a los soldados sus deberes de humanidad y respeto con los nuevos súbditos del emperador Carlos I.

Otro botín que desató la lujuriosa ambición de los españoles fueron las mujeres nobles, las sirvientas y las familiares del Inca. El derecho de pernada fue restituido y los capitanes y oficiales se repartieron las hembras. En principio, las mujeres y hermanas del soberano fueron respetadas, si bien la joven y bella noble doña Inés Huaylas, ñusta o princesa inca, hermana de Atahualpa, despertó los más profundos instintos de ternura –también los deseos carnales– del cincuentón Gobernador, que la instaló en sus aposentos. Quizá el maduro Pizarro creyó llegado el momento de perpetuarse. Incluso su mente tosca pero intuitiva, en un relámpago de previsión soñadora atisbó la posibilidad de una unión dinástica española-incaica continuadora de la obra peruana de los Pizarro.

Sin embargo, lo más importante de aquella jornada dominical lo aprendió Atahualpa desde su prisión al ver la desmedida pasión de los españoles por el oro. Tal y como señaló el historiador peruano Porras Barrenechea, el Inca descubrió ese día la esencia de la economía europea: el valor del oro. Un hallazgo que podía significarle la libertad.

Promesas incumplidas

Atahualpa desarrolló su estrategia para mantener la vida e intentar devolver el golpe a los extranjeros. En un relato exagerado y barroco, el Inca habló a Pizarro de su enorme Imperio, de las ciudades deslumbrantes de oro y riquezas como Chíncha o Quito y los templos de Pachacámac y, sobre todo, le habló de la capital, Cuzco, en donde las paredes del Templo del Sol eran de oro, y le aseguró que si le concedía la libertad y le permitía volver a Quito, él le daría todo el oro que quisiera. Levantó el brazo, y ofreció llenar la habitación donde estaba preso hasta la altura de su mano de oro, y el resto de plata.

El extremeño sabía que sin oro no había gloria ni poder. Oro significaba más tropas, el contento de su rey y el dominio definitivo del Perú. Por tanto, aceptó la oferta del Inca con la condición de que el oro y la plata estuviesen en Cajamarca antes de cuarenta días. La palabra de un príncipe y la de un Gobernador español bastaban como fiadoras.

La verdad es que cada uno tenía otras intenciones ocultas. Pizarro jamás podría dejar marchar a Atahualpa, y menos a Quito, donde estaba la mayor parte de su ejército y de sus partidarios. El Gobernador necesitaba tiempo para esperar a los refuerzos de Almagro, y mantener con vida al prisionero le permitía manejar varias opciones políticas: el Inca aún tenía poder sobre numerosos curacas, su ejército y sus generales eran todavía temibles, pero no le atacarían mientras lo mantuviese vivo; la prisión le otorgaba también afectos sobre sus enemigos y partidarios de Huáscar.

Por su parte, Atahualpa se aseguraba con aquel trato cierto tiempo de tranquilidad, y la posibilidad de enviar órdenes a sus generales para organizar un contraataque y su liberación.

Una serie de mensajeros indios con salvoconductos reales –los *kipus* imperiales- partieron hacia los *Cuatro Suyus* llevando las órdenes del Inca (tanto las de traer el rescate a Cajamarca como las de reorganizar su ejército). A los ocho días comenzaron a llegar las primeras caravanas de llamas repletas de vajillas y adornos de oro y plata.

Durante este tiempo, gracias a las conversaciones con el propio Atahualpa y otros indios, Pizarro se hizo una idea muy exacta de la realidad del *Tabuantsuyu*, marcado por la división fratricida y la inestabilidad. Sabiendo que Huáscar, prisionero en Jauja, podía serle útil, y temiendo que el Inca ordenase su eliminación, le hizo prometer que respetaría la vida de su hermano. Atahualpa así lo hizo. Pero pocos días después, Huáscar era despeñado desde un acantilado del río Andamarca. Dadas las mañas y habilidades para el engaño y el disimulo del Inca, es difícil determinar si la promesa la hizo antes o después de haber ordenado la muerte de su hermano. Con lágrimas en los ojos aseguró a Pizarro que nunca lo mandó asesinar, que había sido obra de sus capitanes sin su aprobación. El Gobernador le prometió que si esa era la verdad le respetaría la vida.

Y mientras, nuevas caravanas llegaban a la ciudad rebosantes de oro y plata. También venían muchos curacas a rendir pleitesía a Pizarro, así como a presentar sus respetos al Inca. El emperador seguía siendo temido y aprovechaba estos contactos para urdir su venganza.

La sospecha del engaño y la burla del Inca y los crecientes rumores sobre la concentración de un ejército de 30.000 indios, al mando del general Calcuchímac, en Huamachuco decidieron a Pizarro a enviar misiones de exploración a regiones lejanas como Quito o Cuzco, y a la guarnición de San Miguel para acelerar la llegada de refuerzos. Lo cierto es que ninguna expedición española detectó tal ejército, aunque, según confesó posteriormente Calcuchímac, él había recibido varias órdenes de concentrar tropas y atacar, tantas como veces mandó el Inca detener dicho avance, temiendo siempre en el último momento por su vida.

Durante cuatro meses se prolongó el cautiverio de Atahualpa. En ese tiempo, ni los españoles fueron molestados por ataques o incidentes con los indios ni el Inca tuvo restringidas sus visitas o entrevistas. También fueron frecuentes las conversaciones de Atahualpa con Pizarro, así como con Soto, Hernando y con el fraile Valverde, quien trató de instruirle en la religión católica. Los dos señores del Perú se respetaban, aunque el Inca trataba siempre de mostrar su superior astucia e inteligencia, y comprometía al trujillano resaltando su analfabetismo e ignorancia delante de otros capitanes. Pizarro con el paso de los días fue perdiendo el asombro inicial y la positiva impresión causado por la dignidad y señorío del indio. Sabía que le engañaba y que conspiraba con sus generales, pero aceptaba todos los compromisos que este le proponía –por ejemplo, repartirse el Imperio, Quito para Atahualpa y el resto para Pizarro- en la espera de reunir un cuantioso rescate y decidir qué hacer con él.

El 14 de abril de 1533, guiado por el tintineo del oro acumulado en Cajamarca, llegó Diego de Almagro con una tropa de 200 infantes y 50 jinetes envalentonados y ávidos de fortuna por los fabulosos relatos escuchados desde San Miguel. El manchego llegaba cuando lo más difícil estaba hecho, y ocultando tras de sí unos meses de oscuras felonías y conspiraciones de traidor inútil.

Durante los dos años que pasó en Panamá, mientras Pizarro enfrentaba todas las dificultades conocidas hasta llegar a Cajamarca, Diego de Almagro

se dedicó a confeccionar un memorándum contra su socio. La ruina, desleal e incierta relación de hechos consignados para enaltecer sus acciones de re-
taguardia, menospreciar las acciones de Pizarro y aparecer siempre como
cerebro y director de la empresa, se propaló por todo Panamá más como la
triste e impotente historia de un subalterno envidioso que como relato ve-
raz. Incluso llegó a anunciar que iría a conquistar regiones nuevas al margen
de Pizarro. Nadie creyó a Almagro, y Gaspar de Espinosa hizo intervenir al
Cabildo de Panamá, máxima jurisdicción de la zona para recriminar al man-
chego y obligarle a ceñirse a lo estipulado en las capitulaciones. Por orden del
cabildo, Almagro tuvo que bajarse los humos, reconocer la superioridad del
gobernador Pizarro y atenerse estrictamente a sus órdenes, de lo contrario
sería declarado traidor.

De todo esto estaba enterado Pizarro gracias a varias cartas enviadas por
Rodrigo Pérez, secretario de Almagro, pero fiel servidor del Gobernador.
El extremeño, sin embargo, prefirió ignorar la traición y evitar el castigo al
adelantado. Por bien de la conquista, no podía permitir disensiones internas.
Pero en el corazón dolorido del extremeño dejó más profunda huella que la
traición el asesinato de su fiel Rodrigo Pérez, pues Almagro nada más des-
embarcar en San Miguel, enterado durante la travesía de la delación de su
secretario y su correspondencia con Pizarro, lo mandó ahorcar.

La tristeza del Inca

Con Almagro llegaron también los tres Oficiales Reales, cuya figura más
destacada era Riquelme, el tesorero encargado de velar por los intereses eco-
nómicos de Carlos I. Eran los auténticos buitres de la conquista, al menos
como tales se comportaron estos funcionarios, vagos y ambiciosos, siempre
alejados del peligro y cercanos al oro. Apenas llegados a Cajamarca presio-
naron para acelerar el recuento del botín. Según ellos no se podía esperar
más, el emperador necesitaba el quinto real con urgencia, pues las guerras en
Europa contra el turco Solimán II y los príncipes protestantes demandaban
dinero. Para contabilizar el oro y la plata era necesario fundirlos, con lo que
se perdieron para siempre obras maestras del arte andino.

Días antes de iniciarse la fundición del metal había regresado Hernando
Pizarro, después de más de un mes de arriesgada expedición buscando al
reorganizado ejército inca del que hablaban los rumores. Su intrépido y ex-

tenso recorrido lo convirtieron en el español que más había penetrado en el Imperio incaico. Hernando llegó hasta Pachacámac, en la costa, la segunda ciudad en importancia religiosa del *Tabuaintinsuyu*. Allí, en pocos minutos arrasó el santuario y destruyó la figura del ídolo más venerado por los indios. Su acción fue tan aniquiladora para los indígenas como la captura de Atahualpa. Los incas vieron desaparecer su mundo de ideas y creencias, toda su cosmogonía se derrumbó de un plumazo. A partir de ese momento la desorientación vital de los indios marcará su deambular histórico en busca de identidad. Pachacámac también era un centro de recogida de oro para el rescate de Atahualpa, con lo que Hernando salió del santuario con un fabuloso botín. De allí se dirigió a Jauja, ciudad en la que, al mando de Calcuchímac, se acantonaba una parte considerable del ejército inca. En Jauja, el mayor de los Pizarro obtuvo otro éxito espectacular: asegurándole que Atahualpa le había mandado llamar, y con alguna velada amenaza, consiguió que el lugarteniente del Inca le acompañase hasta Cajamarca.

Todos estos hechos convirtieron a Hernando en un prestigiado capitán, respetado por la hueste española tanto por la valentía de sus acciones como por la magnitud del botín capturado.

Por esos mismos días regresaron a Cajamarca algunos miembros de la embajada enviada a Cuzco. Las noticias que trajeron eran asombrosas. Contaron que la ciudad era la más rica y deslumbrante de todas las conocidas en Indias, con una fortaleza ciclópea – Sacsayhuaman-, un templo dedicado al Sol con muros de oro, y otros muchos edificios tan suntuosos que resultaba imposible trasladar todas sus riquezas.

Estos anuncios, tan alegres para los españoles, no hicieron sino profundizar la tristeza y amargura de Atahualpa. Intuye que su destino se oscurece. Los españoles se han reforzado con la llegada de 250 nuevos soldados bien equipados. El dios y el templo de Pachacámac han sido destruidos, y eso significa que los dioses han abandonado definitivamente al pueblo inca. Calcuchímac, uno de sus dos leales generales está preso junto a él. Quisquis, su otro general está en Cuzco, demasiado lejos y también amenazado. Pizarro ya tiene casi todo el oro prometido, y conseguido el rescate, su vida tiene poco valor. Para colmo, el fraile Valverde lo amenaza con el fuego eterno de su Dios por dormir con sus hermanas. El Inca presiente lo peor, sabe que su situación cada día es más débil y le quedan menos recursos.

Pero no sólo sufría Atahualpa. Almagro también se sabía debilitado. Sobre el terreno la gloria, el respeto y el oro lo habían ganado Pizarro y los capitanes que participaron en la toma de Cajamarca. La ley no escrita del derecho de conquista decía que el botín pertenecía sólo a aquellos que directamente lo habían ganado. Las nueve forjas que fundían el oro que traían los indios le recordaban la ganancia nunca obtenida y exacerbaban su ambición insatisfecha. Además, la figura emergente de Hernando Pizarro, con quien la animadversión era cada vez mayor, le restan protagonismo e influencia ante el Gobernador. Todo ello reflejaba una evidente división entre los españoles: por un lado estaban los protagonistas activos de la conquista, quienes se consideraban los únicos con derecho al rescate del Inca; y, por otra parte, estaban los llegados con Almagro, hombres llenos de promesas y sueños, pero excluidos de aquel enorme tesoro.

Todo lo anterior se enmarañaba aún más con las enemistades, algunas viscerales, entre los capitanes y jefes de cada bando: el antagonismo personal entre Almagro y Hernando Pizarro; las deslealtades silenciadas pero no olvidadas entre el manchego y el trujillano; las envidias bravuconas entre Soto, Belalcázar y Hernando; el rechazo personal entre Atahualpa y Almagro, agravado por la simpatía mutua entre el Inca y el hermano mayor de Pizarro...Y para complicar más la situación, Felipillo, el intérprete tallán, se había atrevido a desear para sí a una de las princesas hermana del Inca. Esto indignó a Atahualpa, quien consideraba al indio un miserable inferior, y pidió a Pizarro que acabase con esa relación indigna. El Gobernador así lo hizo, provocando la ira y la venganza de Felipillo: en adelante se dedicaría a esparcir rumores acusando al Inca de organizar una inminente sublevación indígena.

Así estaban las cosas en una ciudad repleta de oro, plata, piedras preciosas y ambiciones desmesuradas. Pizarro sabía que era necesario mantener controlados los sentimientos e intentó suavizar los ánimos desbaratados por la envidia y los agravios. La experiencia le había enseñado que el momento más peligroso es siempre el posterior a la victoria.

El reparto del botín

El ocio, los rumores y el mucho oro de Cajamarca incitaban a las disputas. La mejor solución, pues, para acabar con las querellas era repartir el botín cuanto antes. Aunque el oro acumulado no llenaba la estancia del

prisionero, su distribución solucionaba varios problemas: se acababa con la presión de los oficiales reales deseosos de cobrar el quinto real y marcharse de la ciudad; se contentaba a la tropa que había participado en la toma de Cajamarca; y se relajaban las tensiones con los recién llegados, ya que a partir del reparto tendrían derechos sobre cualquier nuevo botín.

El 18 de junio de 1533 una junta, presidida por Pizarro y elegida con aprobación unánime, inició el reparto del fabuloso tesoro acumulado. Según el acta oficial levantada por el cronista y secretario de Pizarro, el calagurritano Pedro Sancho de Hoz, la cantidad recogida alcanzaba los 1.326.539 pesos de oro, cada peso equivalía a unos 450 maravedíes. Posiblemente la suma de oro reunida fuese mayor de la que ha quedado en los documentos oficiales. Según estimaba el cronista León Pinelo la plata y el oro acumulado en Cajamarca llegaba a los 3.130.485 pesos. Porras Barrenechea sugiere que dada la abundancia de riqueza, los veedores encargados del reparto hicieron vista gorda y no se registraron todas las riquezas extraídas a los incas. Y el propio Pinelo asegura que los veedores cambiaban el peso “de oro de catorce quilates lo ponían a siete y lo de veinte a catorce”. Sea como fuere, lo que sí es cierto es que el minucioso inventario que realizaron los funcionarios sevillanos del Consejo de Indias de todo el oro y la plata llevados a España desde Perú por la nao Santa María del Campo, corresponden exactamente a la relación de lo inventariado por los cronistas y secretarios de Pizarro.

Volviendo al reparto efectivo del rescate de Atahualpa entre los conquistadores, primero se apartó el quinto real, unos 264.859 pesos de oro y 51.600 marcos de plata, más 2,245 pesos por los derechos de fundición. A continuación se otorgaron 2.200 pesos de oro y 90 marcos de plata para la incipiente Iglesia del Perú. Después al Gobernador, como máxima autoridad, se le asignaron 57.220 pesos de oro y 2.350 marcos de plata. A Hernando Pizarro le tocaron 31.080 pesos y 1.267 marcos; a Hernando de Soto 17.740 pesos y 724 marcos; a Juan Pizarro 11.100 pesos y 407 marcos; a Gonzalo Pizarro 9.909 pesos y 384 marcos; a Sebastián Belalcázar 9.909 pesos y 407 marcos, lo mismo que al griego Pedro de Candia. A los capitanes les correspondió unos 9.000 pesos de oro. A los cronistas Cristóbal de Mena, Miguel de Estete, Francisco de Xerez, y presumiblemente también a Pedro Sancho de Hoz, se les otorgaron 8.800 pesos. Luego de éstos principales, se repartieron 8.880 pesos de oro y 362 marcos de plata a cada uno de los 48

jinetes, y 4.440 pesos y 181 marcos a los infantes. También se acordaron de los compañeros de San Miguel para quienes se separó 15.000 pesos. Y por último, en un gesto generoso y apaciguador, se repartieron 20.000 pesos de oro entre los hombres de Almagro.

No conocemos exactamente lo recibido por el Almagro, pero debió ser una cantidad importante y muy superior a la esperada, ya que no hay noticias sobre disputa o reacción malhumorada del adelantado. Tal y como sostiene el historiador peruano Porrás Barrenechea, el manchego, además de llevarse una cantidad similar a la del Gobernador, aceptó encantado el reparto entre ambos de la parte correspondiente al clérigo Luque, viejo moribundo en Panamá y sin herederos. Aunque no hay pruebas del despojo del tercio de Luque, es más grave que no existan documentos que prueben lo contrario.

Otro hecho que ayudó a restituir la armonía entre los dos socios fue el viaje de Hernando Pizarro a España. El gobernador persuadió a su hermano para que fuese a la Península a llevarle al emperador su parte y procurar algunos beneficios a la familia. En un principio Hernando se opuso, pues suponía con acierto que la idea del viaje había nacido de Almagro y lo alejaba de los beneficios de la conquista; pero las razones de su hermano y su propia vanidad terminaron por convencerle. Francisco sabía que la capital inca estaba llena de tesoros y era pieza clave para mantener la hegemonía en los territorios del *Tabuantinsuyu*, pero Cuzco quedaba fuera de las 200 leguas establecidas para su gobernación en la Capitulación de Toledo. Por tanto, la principal misión de Hernando debía ser conseguir de Carlos I la posesión de Cuzco, ampliando para ello los límites de la gobernación. Además, ¿podía haber algo más apetecible para un carácter vanidoso que presentarse ante el César del mundo con el más fabuloso botín de las Indias y referirle las increíbles hazañas de la conquista del Perú? Hernando, pues, partió con numerosos regalos para repartir entre los secretarios y oficiales más influyentes en la Corte y en el Consejo de Indias.

Alejado el mayor de los Pizarro y repartido el botín quedó restablecido un clima de mayor confianza entre los españoles. Sin embargo, para Atahualpa la situación iba tornándose más oscura. Hernando, su principal valedor junto a Francisco, navegaba ahora rumbo a España. Calcuchímac, su general más valioso estaba preso y sometido a tormento. Quisquis, su otro lugarteniente se hallaba atrapado en Cuzco, sin poder abandonar la ciudad por

miedo a una rebelión de la nobleza cuzqueña. De Rumiñahui, el quiteño, no tenía noticias y lo daba por rebelde. Almagro y sus hombres querían eliminarlo pues creían en los rumores expandidos por Felipillo y otros enemigos de un ataque indio inminente. Finalmente, el oro, su argumento infalible, había sido ya repartido. Al soberano indio se le acababa el crédito y a sus defensores –Soto y el Gobernador- cada vez les quedaban menos argumentos para mantenerlo vivo.

El dilema de Cajamarca

El Inca, siempre astuto, viendo como Pizarro se daba por satisfecho con lo recaudado, aunque no alcanzase la raya marcada en su aposento, pidió la libertad. El Gobernador, respetuoso con la legalidad y el compromiso de su palabra, pidió consejo a sus bachilleres leguleyos quienes encontraron una fórmula legal que se ceñía al acuerdo alcanzado con Pizarro: se otorgaba a Atahualpa la libertad, pero atendiendo a la seguridad que la situación requería, se le mantendría bajo vigilancia hasta que llegasen más refuerzos.

Esta libertad controlada confirmó al Inca la sospecha de que los españoles jamás le dejarían libre. Decidió entonces huir hacia delante y jugarse el todo por el todo. A través de sus emisarios y contactos secretos, mandó atacar todos los destacamentos de indios y españoles que transportaban los quintos reales hacia la costa y ordenó con urgencia su liberación y el aniquilamiento de los extranjeros. Pero nadie atacó las caravanas con el quinto real, y las tropas del indeciso Rumiñahui, apenas dos mil hombres, llegarían a Cajamarca demasiado tarde, cuando los españoles atacaban Cuzco y el cadáver del Inca se pudría ya en la iglesia del San Francisco.

Durante los meses de junio y julio los rumores de ataques, concentraciones de tropas o cercos incas crearon un ambiente obsesivo y temeroso. Los hombres de Almagro fueron los principales propagadores de oscuras noticias sin fundamento, cuya consecuencia trágica fue la creciente animadversión entre la hueste española hacia el Inca. El Adelantado y los Oficiales Reales presionaron a Pizarro para que ejecutase a Atahualpa, acusándole continuamente de estar organizando secretamente la sublevación indígena.

El gobernador atribulado vacilaba forjando argumentos a favor y en contra de acabar con el monarca andino. Había varias razones para la duda –la

palabra dada de respetarle la vida y cierta consideración hacia ,la figura del Inca- pero sobre todas las cosas estaba el atávico temor de Pizarro a las responsabilidades legales que la ejecución pudiera acarrear. Los años en América le habían enseñado que, por muy lejos que se estuviese de España, bastaba un funcionario, una pluma y un libro de leyes para arruinar la empresa de toda una vida. Recordaba los tristes casos del Almirante Colón y de Hernán Cortés, apartados de sus territorios por largos e incomprensibles procesos judiciales, o la trágica memoria más inmediata y lacerante de Balboa. Tampoco había olvidado las noches en la cárcel sevillana, por culpa de bachiller Enciso, o el ardid necesario para evitar en Sanlúcar a los inspectores del Consejo de Indias. La maraña legal era un mundo insondable para un soldado iletrado como él. Y si hubo algo en la vida que provocase pavor al trujillano fueron las leyes y sus consecuencias.

Pizarro era también consciente de que sus vacilaciones podían ser interpretadas de varias maneras, pero siempre de forma negativa para él: incapacidad, torpeza, miedo, dejación de funciones, desobediencia, etc. De los 400 españoles de Cajamarca, unos 350, temerosos de un ataque indio, exigían casi en grado de rebelión la muerte de Atahualpa. A ellos se unían los oficiales reales, quienes en nombre de Su Majestad le hacían culpable de los perjuicios que su indecisión podía causarle a los españoles y a las provincias del rey. Para liberarse de sus dudas y evitar futuras pesadillas judiciales, pidió pruebas claras y contundentes contra el prisionero, ateniéndose a un proceso legal. Su instinto le anunciaba la necesidad de acabar con el Inca, pero con todos los resortes legales cubiertos. Por tanto, se constituyó un tribunal militar, presidido por Pizarro, con todo el aparato legal –fiscal, abogado defensor, procuradores, juez instructor, dos letrados asesores del tribunal y un escribano- para un juicio cuya sentencia se sabía ya de antemano. Se sospecha que el principal personaje instigador de todo el tinglado judicial fue el Bachiller Balboa, un turbio letrado cuyas interpretaciones de los hechos y las leyes siempre fueron en contra del Inca.

Desdiciendo a algunos historiadores como Prescott o cronistas como Garcilaso, podemos afirmar que el proceso fue largo y se atuvo a la legalidad establecida. Durante días y noches se tomaron declaraciones a numerosos testigos y se redactaron varios informes en un proceso formalmente legal. El reo estaba acusado de delitos que en España conducían a la muerte: usurpación, tiranía,

adulterio, fratricidio, incesto, herejía y conspiración. Para el tribunal durante el juicio quedaron probadas todas las acusaciones: había mandado asesinar a su hermano Huáscar (fratricidio), a quien usurpó el trono del *Tabuantsuyu* (usurpación); aniquiló tribus y enemigos (tiranía); practicaba la poligamia y se acostaba con sus hermanas (adulterio e incesto); renunció a la fe católica y era adorador del Sol (herejía); y había engañado repetidamente a los españoles con falsas paces buscando la venganza (conspiración). La condena no podía ser otra que la hoguera.

Con el ánimo acongojado, pero sin más alternativas, Pizarro hizo una última consulta al fraile Valverde. Eran las vacilaciones de un militar de honor a quien la edad le reblandecía el corazón y le aumentaba el temor a las leyes. Pero el fraile dominico, el hombre que mayor respeto espiritual le infundaba, firmó y aprobó la sentencia de muerte. Cuenta la crónica de Pedro Pizarro, aquel paje fiel testigo de la conquista peruana, que “el buen viejo Gobernador lloró en sus aposentos”. No sabemos a ciencia cierta si lloró o no, pero varios documentos confirman que Pizarro era contrario a la muerte de Atahualpa y que tuvo que ser convencido de ello. En una carta del Licenciado Espinosa al rey Carlos I, fechada en Panamá, el 10 de octubre de 1533, dándole cuenta de los sucesos del Perú, como amigo, protector y socio que era de Pizarro y Almagro dice que sabe por cartas de Pizarro y Almagro que “Antes que partiesen de Caxamalca, mataron al cacique Tabalica (Atahualpa), porque dizen que tenía hecha gran junta de gente para venir sobre nuestros españoles e gente e que para ello el governador fue persuadido, casi forzado, a lo hacer”. En otra carta del propio emperador español a Pizarro, con fecha de 21 de mayo de 1534, contestando a dos cartas enviadas desde Perú, el 8 y 29 de julio, Carlos I escribe: “Vi lo que decis de las justicia que hizistes del cacique Atabaliba (Atahualpa) que prendistes, por que os avisaron que abía mandado hazer fentes de guerra para venir contra vos...”. Ambas cartas, además de varias versiones de los primeros cronistas vienen a corroborar las dudas y recelos que el ajusticiamiento del Inca levantaba en Pizarro, y lo rápido que habría sido informado el monarca de la muerte de Atahualpa.

Aunque no hay seguridad plena en el día exacto de la muerte de Inca, está claro por la carta enviada a Carlos I, que fue antes del 29 de julio. La mayor parte de los indicios apuntan a que ocurrió el sábado 27 de julio de

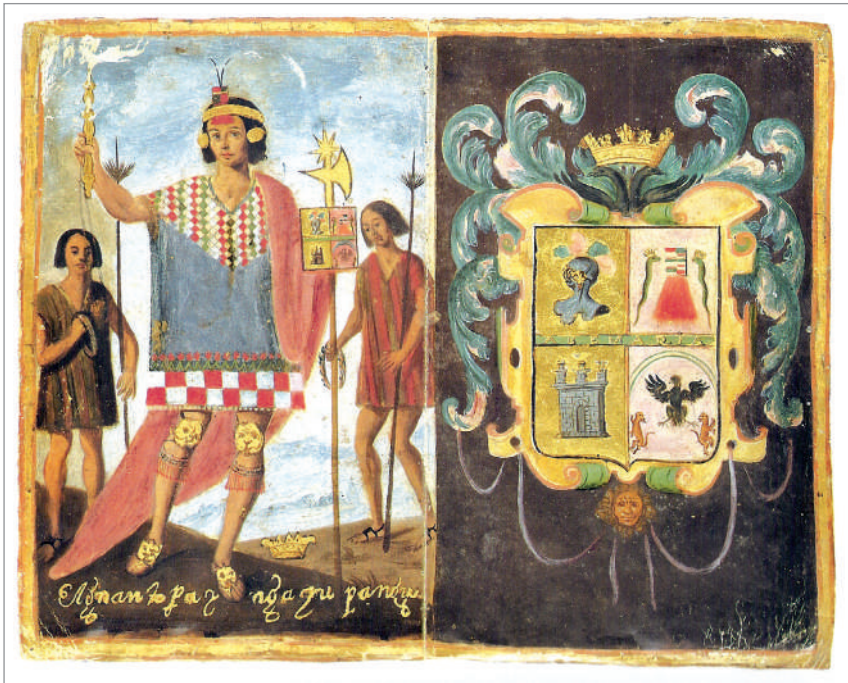
1533, y que los acontecimientos discurrieron como a continuación se relatan: Al atardecer de ese día, entre las siete y las ocho de la tarde, el cortejo de aguaciles y custodios acompañó a Atahualpa a la plaza de Cajamarca, en cuyo centro se levantaba un grueso madero sobre una pira. Una vez atado al palo el Inca llamó al cura Valverde y le pidió el bautismo a cambio de no morir abrasado; ¿treta dilatoria, o duda postrera?. El Gobernador accedió y se dispuso el baño católico del Hijo del Sol. Ironías de la historia, el padrino de religión fue el propio Pizarro. Bautizado con el nombre de Juan, quiso como última voluntad que el padrino velara por sus hijos pequeños y que sus restos se trasladasen a Quito. Minutos después moría ahogado por un improvisado garrote. Y para evitar que la sentencia de hoguera fuese incumplida, se quemó del cuerpo inerte sus cabellos y parte del ropaje -tal era el temor de Pizarro a la ley-, quedando expuesto toda la noche en la picota de la plaza. Al día siguiente, en la iglesita de San Francisco se celebró un oficio de difuntos, en ceremonia de tal pompa que hasta el mismo gobernador se vistió de luto. El cadáver fue enterrado en la propia iglesia.

La experiencia de los españoles en América aconsejaba a Pizarro mantener las estructuras y autoridades indígenas. Quizá fuera éste otro de los buenos consejos que le diera su primo Hernán Cortés en Toledo. El trujillano sabía que tanto la práctica colonizadora como la tradición incaica establecían la necesidad de conservar al frente de los pueblos dominados a sus curacas, caciques o monarcas. Por tanto, desaparecido Atahualpa había que nombrar a un nuevo Inca, más dócil y ajustado a los deseos hispanos. Los propios curacas de Cajamarca y sus alrededores sugirieron la nueva elección, pues el país se había sumido en un caos de desordenes y revueltas ante el vacío de poder. Incluso los intereses españoles peligraban, al no haber rescate que pagar muchos jefes indios escondían sus riquezas y las alejaban de los extranjeros.

Para mantener la tradición y el linaje, entre los muchos hijos de Huayna Capac, había uno a quien varios cronistas nombran como Tubalipa, Toparca o Toparpa (historiadores como Del Busto o Cúneo Vidal lo llaman Túpac Huallpa o Túpac Cusi Huallpa). Parece ser que este hermano de Huáscar contaba con bastantes simpatías entre los españoles y los curacas concentrados en Cajamarca. Para la ocasión Pizarro simuló una consulta entre los dignatarios y nobles indígenas y, para mantener la simulación, les pidió que

eligieran ellos a su soberano. Todos aceptaron a Tubalipa, quien con los honores y fiestas de las antiguas ceremonias, se ciñó la *mascapaicha* inca y fue coronado como *Señor de los Cuatro Suyus*... en nombre de Su Majestad Carlos I. Entre los que le prestaron fidelidad estaba un estragado Calcuchímac, ascendido de nuevo a general del ejército inca, aunque nunca simpatizó con Tubalipa por no ser quiteño.

Escudo de los Incas



Escudo concedido por el emperador Carlos I a los descendientes de Atahualpa, en mayo de 1545, en Valladolid.

A la conquista de Cuzco

Tras casi nueve meses en Cajamarca, había llegado el momento decisivo de marchar hacia la capital del *Tabuantinsuyu* y dominar efectivamente los territorios incas. Había ya, en Cajamarca y sus alrededores, un importante contingente de españoles en su mayoría aventureros atraídos de Nicaragua y

Panamá, suficientes para iniciar nuevas conquistas y mantener las guarniciones y tierras de retaguardia.

Antes de partir hacia Cuzco, el gobernador ordenó partir a un destacamento hacia San Miguel, bajo mando del capitán Benalcázar, con el fin de reforzar y defender el único puerto español, clave para las comunicaciones entre los expedicionarios y Panamá.

El 11 de agosto de 1533, con las primeras luces del alba salió Pizarro de Cajamarca, acompañado por el nuevo soberano inca, transportado en palanquín y rodeado de toda su corte de familiares, orejones y militares nobles. Como siempre, un destacamento de jinetes precedía al grueso de la tropa, reconociendo el camino y buscando los pasos más fáciles y seguros en ríos y montañas.

Poco se ha ponderado la gran hazaña que supuso vencer la orografía del camino hasta Cuzco. Quizá olvidado por la gesta y consecuencias de la batalla y del botín de Cajamarca, y por lo simbólico de la toma de la capital, el propio trayecto aparece siempre como un paréntesis entre dos hechos trascendentales. Sin embargo, es de rigor resaltar el enorme mérito que supuso vencer los impresionantes Andes y recorrer cientos de kilómetros por caminos escarpados, repletos de vertiginosos precipicios, torrentes furiosos, temperaturas glaciales, tormentas de nieve y lluvia, páramos desérticos azotados por vientos helados, atacados siempre por el soroche o mal de altura. A veces los caminos incas facilitaban la marcha, pero en muchas ocasiones podían ser una dificultad más ya que eran un sin fin de escalones empinados imposibles para los caballos. Por ello el avance se hizo con cautela. Se desconfiaba de Calcuchímac, ya que todos los días llegaban diversas informaciones sobre concentración de tropas incas y planes para matar a Tubalipa y nombrar soberano a Aticoc, hijo de Atahualpa representante de los intereses de la nobleza quiteña. A partir de Cajatambo los rumores de un ataque inminente, la aspereza del altiplano, el intenso frío y los pantanos retardaron la marcha. Poco después se confirmaba que en Jauja había un importante ejército nativo. El enfrentamiento parecía seguro.

Jauja era una ciudad enclavada en el hermoso y fértil valle del mismo nombre, cuya leyenda exagerada de esplendor todavía permanece en nuestra lengua. Aquí unas desordenadas tropas incas atacaron sin mucha convicción,

ya que tras la primera escaramuza con la caballería huyeron dispersas, pensando resistir mejor en Cuzco. Si bien no hubo batalla digna de mención, los españoles quedaron retenidos en Jauja un par de semanas por culpa de una intensa nevada y por la misteriosa enfermedad de Tubalipa. El Inca había enfermado al poco de salir de Cajamarca, según los rumores recogidos por todos los cronistas, a causa de unos bebedizos de hierbas venenosas dados por Calcuchímac. Aunque Pizarro no estaba muy seguro del papel jugado por el general quiteño, lo mandó encadenar. Tras la muerte de Tubalipa, el Gobernador decidió continuar y aplazar la elección del nuevo Inca hasta la toma de Cuzco.

Al abandonar Jauja se extremaron las precauciones en el avance. El ejército en retirada había quemado aldeas y sembradíos y destruido los puentes para dificultar el avance hispano. Soto y una partida de jinetes salieron en vanguardia para ir asegurando el camino y evitar celadas. Sin embargo, el grupo avanzado se cegó por la ambición y el deseo en la aldea de Vilcas, y a punto estuvieron de pagarlo con la vida. Al llegar a la villa la encontraron llena de riquezas y solo poblada por mujeres e indios de servicio; los hombres se hallaban lejos cazando. Soto y sus hombres, poseídos por el ansia de oro y mujeres, arrasaron el poblado. Al anochecer, al regresar los cazadores encontraron a los intrusos en mitad de su borrachera de violaciones y saqueos. Tras varias horas de lucha los españoles tuvieron que huir sin oro ni mujeres. Al día siguiente, preso Soto de su desmesurado amor al dinero y su deseo de protagonismo, tras el incidente de Vilcas partió hacia Cuzco sin esperar noticias de Pizarro. Soñaba con tomar la ciudad en una acción genial, como hiciera su jefe en Cajamarca, y apoderarse de los mejores tesoros. Pizarro, sospechando la traición de su impulsivo capitán, ordenó acelerar el avance al tiempo que envió por delante un destacamento de 30 jinetes al mando de Almagro.

En su loca carrera por llegar a la capital, Soto fue dejando un reguero de enfrentamientos con los indios, incluso en aquellas tribus que se le ofrecieron amistosamente. A las puertas de Cuzco, en la sierra vecina de Vilcavilca, la avanzadilla hispana se vio cercada por un batallón del ejército que custodiaba la ciudad. Durante todo un día estuvieron luchando y huyendo de los incas, quienes al caer la noche lograron cercarlos. La arrogancia traicionera de Soto estaba a punto de terminar en tragedia, sólo un milagro de

esos que acaban en leyenda salvó *in extremis* a los españoles. Los jinetes de Almagro, en su afán por alcanzar al grupo de vanguardia galopaba con toda la algarabía de trompetas y fanfarrias, estruendoso sonido multiplicado por la quietud de la noche y el eco de las montañas. Tal escándalo desconocido en la oscuridad de la sierra provocó el miedo y la confusión entre los indios sitiadores quienes aterrados por las trompetas abandonaron sus campamentos y volvieron a Cuzco.

La muerte de Calcuchímac

Pocos días después, el 12 de noviembre, Pizarro se encontró con el grupo de Almagro y Soto. El gobernador reprendió a su altanero capitán, pero prefirió no quitarle mando para evitar divisiones internas en vísperas de una batalla crucial. Reunidos, pues, los 125 españoles en el llano de Jaquijahuana, a cuatro leguas de Cuzco, esperaron el momento propicio para el asalto a la capital. Fue entonces cuando, Almagro, Soto y varios capitanes pidieron el ajusticiamiento de Calcuchímac. Lo culpaban de la muerte de Tubalipa, de la emboscada de Vilcaconga, y de estar conspirando continuamente contra los españoles. Pizarro no quería retrasar el ataque por un nuevo juicio, estaba en campaña militar y no era momento de procesos judiciales ni de vacilaciones, cuando además todas las evidencias estaban en contra del general quiteño. Fue quemado por traidor y por negarse a ser bautizado.

Humeante aún el cadáver de Calcuchímac, el sábado 15 de noviembre de 1533, Francisco Pizarro, con su banda roja de gobernador, ordenó dividir la tropa en tres cuerpos y tomar la capital del mayor imperio de América. Apenas hubo resistencia, tan solo la vanguardia de Almagro y Juan Pizarro fue atacada por una división del ejército de Quisquis. Según las crónicas 300 indios fueron muertos y sólo un español resultó herido. Las tropas incas, en su mayoría quiteños, abandonaron la ciudad apresuradamente, cansados de la larga guerra civil, desorientados por las noticias de la muerte de Atahualpa y Calcuchímac, amedrentados por los caballos y arcabuces españoles y, en fin, hartos de estar en una ciudad extraña y hostil.

Una vez tomada la capital, los españoles enloquecieron con las riquezas y tesoros de sus fabulosos edificios y templos. El saqueo interminable destruyó algunos de los lugares sagrados de los incas, como el Templo al Sol, Coricancha, o la casa de las Vírgenes Solares y los exquisitos palacios reales. El botín

5. - COLONIZACIÓN

La fundación española de Cuzco

Al día siguiente de la toma de Cuzco, Pizarro reunió a los caciques y nobles principales de diversas provincias, y en un simulacro de consulta eligieron a Manco Inca Yupanqui, hermano de Huáscar y legítimo heredero del *Tabuantinsuyu* como nuevo Inca. Desde la llegada de los españoles al Perú, Manco se había ofrecido a colaborar con ellos, ya que en él latían ánimos de venganza contra la dominación quiteña de su hermanastro Atahualpa.

Tras serle impuesta la *mascapaicha* imperial en una larga ceremonia, Manco, se puso al frente de un ejército de más de 10.000 indios dispuestos a partir, a las órdenes del Adelantado Diego de Almagro, para defender Jauja, desde donde llegaban rumores de un asedio sometido por los restos del ejército de Quisquis. La rápida llegada de los jinetes de Almagro y las tropas del nuevo Inca, evitaron que la ciudad fuese destruida. Diezmados y desmoralizados, los batallones supervivientes huyeron a refugiarse a sus tierras quiteñas, donde volverían a encontrárselos los españoles.

Solventado el cerco de Jauja, nuevos peligros se cernieron sobre los hombres de Pizarro. Pedro de Alvarado, Gobernador de Guatemala, atraído por las noticias alucinantes de Perú, había fletado una escuadra de más de 500 hombres con intención de desembarcar en las costas ecuatorianas y apoderarse de Quito y las tierras norteñas no dominados aún por Pizarro. Para evitarlo, Almagro y sus jinetes partieron hacia el norte a reforzar las tropas de Belalcázar. El Gobernador de Guatemala era un arrogante y valiente caballero extremeño, buen militar curtido en el Caribe y en la conquista de México, protagonista de algunas de las más trágicas masacres de indios. En su negativo haber está la gran matanza origen de la famosa Noche Triste y

posterior destrucción de Tenochtitlán y del imperio azteca. Alvarado consideraba a Pizarro un palurdo aventurero, a quien sin apenas esfuerzos podría arrebatárle la codiciada presa de Cuzco. Pero exageró sus pretensiones y subestimó al trujillano y al Consejo de Indias.

Como se comprueba en cualquier relato histórico de la época, las traiciones motivadas por el exceso de protagonismo y la malsana ambición fueron el pan de cada día durante las primeras décadas de la conquista. Lo mismo que pensaba Pedro de Alvarado, ya se le había ocurrido a Belalcázar, con el agravante de ser una traición más rastrera por la confianza otorgada por Pizarro. Desoyendo las órdenes del Gobernador, Belalcázar había abandonado San Miguel con la secreta ambición de adueñarse de los territorios quiteños. Pero en Ríobamba, cerca de Quito, se topó con las tropas del general inca Rumiñahui. Acampado, pues, en Ríobamba lo encontró Almagro. La amenaza común del Gobernador de Guatemala lo devolvió a la realidad y se puso a las órdenes del Adelantado.

Hemos señalado en varias ocasiones que la conquista también tenía lugar en los despachos de la Corte o del Consejo de Indias. Francisco Pizarro, enterado de la expedición guatemalteca, movió todos sus resortes legales en el Consejo, y como tenía la ley de su parte, obtuvo una real cédula otorgada en Zaragoza el 8 de marzo de 1533, que declaraba proscrita la expedición de Pedro Alvarado por ambicionar territorios bajo jurisdicción del Gobernador Francisco Pizarro. Cuando la noticia de la real cédula llegó a Perú, las tropas de Alvarado estaban ya frente a los jinetes de Almagro y Belalcázar. Sabiéndose un proscrito y haciendo de la necesidad virtud, el Gobernador de Guatemala se avino a negociar, transformado su ilegalidad en ocasión excelente para el mercadeo: vendió a su enemigo hombres, caballos y navíos por 100.000 castellanos de oro, una cantidad exorbitante. A su vez, Almagro hacía un excelente negocio: la mayor parte de los expedicionarios guatemaltecos pasaron a sus filas, convirtiéndolo en el caudillo de una numerosa tropa que le otorgaba más poder y mayor autonomía para sus futuros planes de obtener una gobernación propia.

Conjurado el peligro de la expedición ilegal, Pizarro nombró a Belalcázar vicegobernador de Quito. Puede resultar extraño que a un traidor se le ascienda de cargo, pero durante la conquista era casi la única manera de asegurarse la fidelidad de un capitán y de su tropa. En muchos casos, como

el de Belalcázar, Soto, Alvarado o Almagro, por citar a los más próximos, su poder radicaba en su ejército particular. Si Pizarro lo hubiese destituido y expulsado de Perú se hubiese llevado consigo a su hueste, y eso significaba desproteger los territorios del norte, o en el peor del los casos provocar un enfrentamiento armado. Nombrándolo vicegobernador lo mantenía bajo su jurisdicción, y mientras Belalcázar y su tropa estuviesen allí ningún otro enemigo ocuparía esa región.

Belalcázar permaneció en Quito con plenos poderes, quedando el terreno despejado para acabar definitivamente con la resistencia inca de Rumiñahui y proseguir sus exploraciones hacia el norte. También debió terminar con la fragmentaria oposición de numerosas tribus ecuatorianas que nunca habían pertenecido al Imperio incaico. Si al principio actuó con cierta moderación, después fue cruel con los resistentes, y dejó hacer a su sanguinario lugarteniente, **Juan de Ampudia**, quien, obsesionado por la búsqueda de un tesoro escondido de Atahualpa, destruyó poblados enteros, profanó sepulturas y torturó a numerosos caciques.

Mas los deseos de gloria de Belalcázar no se colmaron al terminar con la resistencia inca y asegurar la frontera septentrional del antiguo imperio: soñaba proseguir hacia el norte atraído por rumores y leyendas de otros reinos. Antes de iniciar el camino hacia Colombia, aseguró una salida al mar fundando la ciudad de Guayaquil en un abrigo natural excelente para el fondeo de naves, aunque los nativos de la zona se rebelaron en numerosas ocasiones y, hasta la llegada de **Francisco de Orellana** en 1537, no pudo iniciarse el poblamiento estable de la villa. En su marcha hacia Colombia, Belalcázar fundó las ciudades de Popayán, Cali y Neiva, y, en 1539, alcanzó las inmediaciones de Bogotá al mismo tiempo que las tropas de **Jiménez de Quesada** y **Nicolás Federmann**.

Mientras todo esto ocurría, Francisco Pizarro iniciaba su actividad como auténtico gobernador, preocupado ya por la acción colonizadora. El 23 de marzo de 1534 se hizo la solemne fundación de Cuzco como ciudad española (ya explicamos el significado político y simbólico que tenía el hecho mismo de la fundación). Se nombró el Cabildo con los dos alcaldes ordinarios, Beltrán de Castro y Pedro de Candia, y los ocho regidores a la manera de España. El antiguo palacio de Viracocha fue entregado al cura Valverde con la orden de erigir allí el templo dedicado a Nuestra Señora de la Concepción, vieja devoción

Mapa 6. Conquista de Quito y Norte de Perú.



del trujillano. Y tras la fundación española de Cuzco, tuvo lugar el reconocimiento efectivo de Francisco Pizarro como Gobernador, Adelantado, Aguacil Mayor y Capitán General de Nueva Castilla. El acto se celebró ante el cabildo, presentándose copia de la Capitulación de Toledo y jurando Pizarro trabajar en servicio del rey de los nuevos territorios. Ochenta y ocho españoles se inscribieron al mismo tiempo como “fundadores” o ciudadanos de Cuzco. Se iniciaban de este modo, inmediatamente después de los hechos de conquista, la colonización española de Perú.

Finalmente, y antes de que partiese el gobernador hacia Jauja, se procedió a otro acto definitivo de la colonización española: el reparto de tierras entre los conquistadores y la promulgación de las ordenanzas sobre el buen trato debido a los indios. Ambos hechos eran fundamentales. Por un lado había que contentar a los participantes de la conquista y ya colonos, y, por otro, preservar a los indios de los abusos y maltratos tan habituales por parte de los españoles. A cada español se le entregaba una *encomienda*, un territorio con sus propios indios, con la condición de garantizar la vida y la catequesis de los mismos a cambio de su trabajo. Para evitar los abusos y la condición esclava de los nativos se promulgaron leyes proteccionistas. Las referencias que

por diversos textos tenemos de dichas ordenanzas nos revelan a un Pizarro humanista y protector, en la línea de lo predicado por Vitoria o De las Casas. Por desgraciada la realidad fue otra y en la mayoría de los casos las leyes se incumplieron. Seguramente, como apuntan modernos historiadores, si las Ordenanzas de Cuzco se hubiesen cumplido no se habría producido la gran rebelión indígena y el cerco de la ciudad dos años después.

Después de Cuzco le tocó el turno a Jauja, ciudad fundada el 25 de abril de 1534 como “cabeza e principal”, es decir, como capital de Nueva Castilla. Aquí también se repartieron tierras e indios y se dictaron leyes para preservar el buen trato a los nativos, aunque, como en casos anteriores, el espíritu que las alimentaba no tuvo transcendencia práctica.

Estando el gobernador en Jauja, mientras se desarrollaban los acontecimientos relatados contra la expedición de Pedro Alvarado, aconteció un hecho excepcional en la vida del trujillano. Según asegura el historiador Porras Barrenechea, en estos días nació su hija Francisca Pizarro Yupanqui. Parece que la princesa inca Inés Huayla, hermana de Atahualpa, había despertado la dormida y escasa ternura del maduro conquistador. El trujillano la llamaba “Pizpita”, por recordarle sus movimientos diligentes a las nerviosas avencillas extremeñas. A sus cincuenta y seis años, Pizarro experimentaba por primera vez la paternidad, extraño sentimiento jamás ejercido sobre él y que sin duda le provocaría confusos recuerdos de su infancia extremeña. Para Porras el nacimiento contiene un gran simbolismo, pues demuestra la voluntad de mestizaje de Pizarro y el deseo de enraizarse, de permanecer y de perdurar su linaje en las tierras peruanas. También es posible que Francisca sea la primera mestiza peruana, en cuyas venas corría sangre hispana y sangre real inca.

Organizada la capital y celebrados los acontecimientos familiares, el Gobernador había convenido con Almagro verse en la antigua ciudad sagrada de Pachacámac, donde se haría entrega de los 100.000 castellanos de oro a Alvarado. Así, en los últimos días del año de 1534, Pizarro, Almagro y Alvarado se encontraron en los arenales costeros de Pachacámac. El Gobernador ratificó el acuerdo de compraventa y dio el oro a Pedro de Alvarado a sabiendas de que aparentemente hacía un penoso negocio: entregaba dinero por irse de Perú a quien no tenía ningún derecho, y quien más tajada sacaba era quien más problemas podía crearle en el futuro. Sin embargo, Pizarro

confiaba en que Almagro, con los hombres y pertrechos que le daban más poder, se alejaría del Perú en busca de nuevos territorios donde situar su propia gobernación.

Lima, la Ciudad de los Reyes

Solventado el problema de Alvarado, Pizarro continuó con su labor colonizadora. Pachacámac, el templo descubierto por su hermano Hernando, se convirtió en el primer poblado español en la costa central de Perú. Al estar en línea recta entre el mar y Jauja, facilitaba las comunicaciones entre Panamá y el interior del país. Mas al Gobernador no terminaba de gustarle aquel árido puerto ni la situación de la capital. Inició, pues, la búsqueda de un lugar con las características necesarias para convertirse en la capital efectiva de Nueva Castilla. Quería un sitio que permitiese las comunicaciones fluidas entre Panamá y los nuevos territorios, rodeado a su vez de tierra fértil y con agua. Entre diversas posibilidades, a Pizarro le gustó un hermoso valle, a unos 35 kilómetros al norte de Pachacámac, por su tranquilidad campesina y floreciente vergel a las orillas de un río llamado Rimac. El lugar era un oasis cercano a un gran ancón en mitad del desierto costero peruano, descubierto por unos soldados de confianza, a quienes el Gobernador enviase el 6 de enero de 1535 a buscar un lugar junto al mar para fundar la nueva capital. En honor de esa fecha, día de los Reyes Magos, la ciudad de Lima se fundó —el 18 de enero— con el nombre de la Ciudad de los Reyes.

El sustrato nativo de Lima estaba en el caserío de Limatambo y Maranga, regido por el anciano Curaca Taulichusco, señor principal de la zona, vasallo del Inca Huayna Capac, Aunque Taulichusco llegó a recibir a Pizarro, no ejercía el gobierno efectivo y el curacazgo estaba en manos de su hijo Guachinamo.

La extensión del cacicazgo de Lima era pequeña. No alcanzaba a Carabayllo ni a Surco, que tenían jefes propios, ni al santuario de Pachacamac. Controlaba el pequeño valle del tramo final del río Rimac hasta el puerto de mar de Maranga, llamado por los nativos Piti-piti, antecesor del Callao. Por el norte, llegaba hasta donde el camino del Inca entra en el valle de Chillón; y por el sur hasta Armendáriz. Por el interior, abarcaría, no más de los míseros caseríos de Late, Puruchuco, Pariache y Guamchiguaylas, que ascienden a la sierra. Pero como bien señaló Porras Barrenechea, su pequeña

alma quechua de Limatambo fue inarrancable y pervivió en el nombre frente a la barroca y navideña denominación española *Ciudad de los Reyes*.

Sin duda a los españoles les llamó la atención la bonanza del clima, el propio cronista Cieza de León lo define como “una de las buenas tierras del mundo, pues vemos que en ella no hay hambre ni pestilencia, ni llueve, ni caen rayos, ni relámpagos, ni se oyen truenos; antes siempre está el cielo sereno y muy hermoso”. Y salvo los temblores y los grandes aluviones primaverales la naturaleza es bastante respetuosa con el lugar. Además, en la época era un pequeño vergel lleno de frutales y huertos alimentados por una buena red de canales y acequias, que darían la impresión de oasis en mitad de los extensos arenales costeros que definen la franja marítima del Perú. Por otro lado, la cercanía al perfecto puerto abrigado de El Callao hacían de Lima lugar inmejorable para la fundación de la ciudad que sería capital virreinal y orgullo iberoamericano.

El poblamiento español se inició con el nombramiento del primer cabildo y la determinación del lugar donde se levantaría la iglesia, dedicada a la Virgen de la Asunción. Lima se diseñó como un damero perfecto, con 117 cuadras o manzanas de calles anchas y derechas cortadas en ángulo recto. Orientada de sudeste a nordeste para que los vientos alisios incidiesen de forma oblicua y aireasen la ciudad. Se procuró que desde la Plaza Mayor se divisase el mar y la ensenada de El Callao, puerto natural llamado a ser la clave de comunicaciones de Perú y del Pacífico.

La Ciudad de los Reyes tenía numerosas ventajas que rápidamente la convirtieron en el centro político y administrativo de Perú. A escasos diez kilómetros se hallaba el puerto de El Callao; esto y su situación central permitían controlar la llegada de otras armadas, peligro inquietante como había demostrado Pedro Alvarado. A pesar de las nieblas y la garúa el clima era mucho más benigno que el de la fría Jauja; y el valle y el río Rimac aseguraban agua y alimentos a sus ciudadanos. En definitiva, con Lima y su puerto se abrió una vía de comunicación entre el Viejo y el Nuevo Mundo, y una puerta hacia Asia, rompiéndose el atávico aislamiento del mundo andino e incorporándose Perú al mundo occidental.

Con la fundación de Lima quedaba clara, una vez más, la intuición de Pizarro y su vocación de permanencia en Perú. Había tardado 30 años en

encontrar un lugar donde residir y serenar su espíritu. Ahora, aunque la conquista no estaba terminada, era el momento de gobernar, de colonizar, de poblar. El Pizarro conquistador estaba a punto de desaparecer, a partir de ese momento dominará el Pizarro político y gobernante.

Dos meses más tarde, el 5 de marzo de 1535, el gobernador dejándose llevar por la nostalgia marchó a la pequeña guarnición del capitán Martín de Estete, al norte de Lima, en la costa del valle del Chimú, para fundar la ciudad de Trujillo, en homenaje a su ciudad natal. Quizá, a sus cincuenta y siete años Francisco Pizarro estaba viviendo sus días más felices y sosegados. Despejada la amenaza de Alvarado, restituida la confianza en Almagro, en Lima ha encontrado una ciudad amable donde en los atardeceres otoñales disfrutaba de la alegría de una niña. Pero en una biografía como la de Pizarro el tiempo de sosiego no era más que un breve y extraño interludio.

Primeras disensiones graves

Mientras el Gobernador repartía su tiempo entre Lima y Trujillo, Almagro, nombrado poco antes teniente de gobernador de Cuzco, había salido hacia la antigua capital inca con la mayor parte de los hombres y pertrechos comprados a Alvarado, para desde allí organizar la conquista de los territorios del sur donde establecer su propia gobernación.

Pero en los días tranquilos de Lima, un tal Cazalla, recién llegado de España, esparció un venenoso rumor: el rey había otorgado a Almagro una gobernación dentro de cuyos límites estaba Cuzco. No había documento alguno que probase tal afirmación, pero el chisme se extendió por todo Perú. La realidad era distinta y más confusa. Carlos I, por una provisión fechada el 4 de mayo de 1534 en Toledo, había prorrogado la gobernación de Pizarro en 70 leguas más. Pero a pesar de los esfuerzos de Hernando Pizarro para que el Consejo de Indias aclarase que Cuzco por conquista y fundación pertenecía a su hermano Francisco, el Consejo sólo redactó la provisión aumentando las 70 leguas y otorgando al adelantado Diego de Almagro la gobernación de Nueva Toledo, a partir de los límites del territorio de Pizarro, pero sin establecer claramente dichos límites. Ante esta indefinición, podía interpretarse que Cuzco estaba en la gobernación de uno como de otro. El conflicto estaba servido.

Almagro, como teniente gobernador, entró en Cuzco con ánimo de posesionarse de la ciudad. Pero Pizarro, ante los rumores y temiendo el enfrentamiento, mandó un mensajero a la ciudad destituyendo de su cargo a Almagro y nombrando a Hernando de Soto nuevo teniente y a su hermano Juan capitán de plaza. Como era de esperar unos y otros reclamaron sus derechos y la situación se volvió muy tensa. El cabildo de Cuzco apoyaba a Pizarro, pero Almagro espoleado por su soldadesca pedía para sí la máxima autoridad. En medio, Hernando de Soto trataba de mediar sin mucho éxito, sintiéndose más cerca del adelantado que del gobernador, ya que ambicionaba un alto cargo en la nueva expedición hacia el sur. Durante varios días ambas partes se prepararon para la lucha. Y la guerra hubiese estallado de no ser por la imponente y pacificadora presencia de Francisco Pizarro en la ciudad. Asustado por el cariz que el asunto iba tomando, el viejo conquistador ensilló su caballo y partió de Lima al galope. Con el polvo del camino y sin descanso alguno, entró en Cuzco y se dirigió a la iglesia a rezar. Allí mismo, de hinojos frente al crucifijo central, lo encontró Almagro. En los mismos bancos del templo mantuvieron una larga entrevista sellada con un abrazo que evitaba la primera guerra civil entre españoles en América. Tras repartir por igual sonrisas y reprimendas, el gobernador nombró una comisión encargada de establecer los límites, y la calma volvió a la ciudad. En realidad, la comisión retrasó el enfrentamiento, pues sólo fue capaz de redactar un documento vago e indefinido que dejaba las cosas como estaban. Lo que evitó la guerra fue el compromiso entre caballeros aceptado por los dos socios: Almagro se comprometió a situar su gobernación a partir de 130 leguas al sur de Cuzco, y Pizarro, por su parte, entregaba 200.000 castellanos de oro para la expedición y el compromiso de partir su territorio si Almagro no encontraba un lugar adecuado para fundar y poblar. El manchego aceptaba el principio básico de la conquista: que la tierra pertenece al primero que la descubre y se posesiona de ella. El ceremonial del acuerdo y la paz entre las partes se ratificó con una misa y la comunión de los dos socios de la misma hostia.

A finales de junio de 1535 partió de Cuzco el primer contingente de la expedición almagrista a Chile. Hacia el sur andino se encaminaron unos 570 españoles y casi 2.000 indios prestados por el Inca Manco. Almagro formó tres grupos que debían alcanzar la costa chilena a pie, y una pequeña flota de abastecimiento, al mando de Ruy Díaz, que debía esperarles en el puerto

de Copiapó. El camino fue tranquilo hasta que, tras atravesar la actual Bolivia y el valle de Jujuy siguiendo el trazado del camino inca, se adentraron en la parte norte de Argentina, en la región de Salta. Allí comenzaron los abandonos y muertes de los indios porteadores extenuados. Después, las crecidas de los ríos por el deshielo impidieron el paso de caballos y hombres, demorando el viaje. A continuación se produjeron varios ataques de los indios calchaquíes. Luego vino el desierto de Campo de Arenal, el salar de Laguna Blanco y finalmente la cordillera de los Andes. En marzo de 1536, iniciaron el ascenso por el paso San Francisco. La montaña diezmo definitivamente la expedición: tuvieron que vivaquear a 4.500 metros de altura tras haber recorrido 2.000 kilómetros extenuantes. El frío sólo respetó a los más fuertes. Hubo noches que murieron congelados casi

Mapa 7. Expedición a Chile de Almagro



un centenar de indios. Tras el descenso, en el fértil valle de Huasco, los supervivientes, por fin, pudieron descansar. Días después se encontraron en las playas chilenas con el socorro de los barcos de Ruy Díaz. De allí se enviaron grupos exploratorios hacia el sur, pero, según iban regresando, las noticias sólo traían decepción. La avanzadilla que más se internó en esa dirección fue la del capitán Gómez de Alvarado, que llegó hasta el río Nuble, hallando una fuerte resistencia indígena. Almagro rápidamente se dio cuenta de que las tierras chilenas no eran el escenario de otro gran imperio, sino el áspero y desabrido hábitat de diferentes pueblos y tribus desorganizadas, para nada dispuestas a aceptar el dominio extranjero. Aceptando que su empresa había fracasado y alarmado por las noticias de la sublevación inca en Cuzco, decidió regresar.

Mientras se iniciaba la expedición a Chile, Cuzco iba recuperando su normalidad colonial. Hernando Pizarro regresó de España con los documentos reales concediendo al gobernador el título de Marqués y extendiendo su jurisdicción 70 leguas al sur. Es decir, Nueva Castilla, gobernada por Pizarro se extendía 270 millas al sur del río Santiago, lugar situado un poco al norte del Ecuador. La gobernación de Almagro, Nueva Toledo, tendría 200 leguas desde la frontera sur de Nueva Castilla. Para establecer los límites exactos se nombró al obispo de Panamá, Tomás de Berlanga como juez imparcial. Sin embargo, cuando llegó a Perú Berlanga no pudo visitar Cuzco por estar alzado Manco y tener asediada la ciudad. Además, Pizarro no quería que se estableciese acuerdo alguno sin estar presente Almagro. En vista de lo cual, el obispo regresó a su diócesis sin solucionar nada. De nuevo todo volvía a quedar aplazado.

Por su parte, Hernando Pizarro fue nombrado teniente gobernador de Cuzco, relevando a Soto, en quien Pizarro no confiaba mucho. Tampoco confiaba en él Almagro, ya que tras ofrecerle un cargo en su expedición a Chile, temiendo alguna traición, se desdijo y no contó con él. Por tanto, Soto, sin cargo alguno en Perú, regresó a Panamá y de allí marchó a la conquista de La Florida, donde ganó fama de asesino de indios y caudillo tirano.

Tranquilizado el ambiente político en Cuzco, el Marqués regresó a Lima a continuar su labor colonizadora.

La rebelión del Inca

Pero la paz en la antigua capital Inca duró poco. Los excesos de los tratenientes españoles fueron creando un clima de rebelión entre muchos curacas indígenas. Los nativos eran tratados como esclavos, los jefes de las tribus menospreciados y sometidos a una brutal carga de impuestos, y las mujeres indias eran tomadas o violadas sin consideración alguna. El Inca, por su parte, era un títere al servicio de los intereses hispanos. Vivía como un preso en jaula de oro, sin poder ejercer su voluntad. Al final, Manco, sabedor de la situación en la que vivía su pueblo, decidió alzarse contra los españoles. Con una añagaza, aprovechando la codicia de Hernando Pizarro -le dijo que si le permitía salir de Cuzco le traería un fabuloso tesoro enterrado de su padre-, logró escapar de la ciudad y reunir a los principales curacas de la región. En pocos días, en la Pascua de 1536, un formidable ejército inca ponía sitio a Cuzco. Los indios tomaron la fortaleza de Sacsayhuaman y desde allí lanzaron diversos ataques dejando media ciudad arrasada por el fuego y las piedras. En uno de estos ataques moriría Juan Pizarro. La situación de los 250 españoles cuzqueños se tornó desesperada. Hernando, engreído pero valiente, organizó una efectiva defensa dispuesto a resistir.

Mientras, en Lima el gobernador, al pasar las semanas sin noticias de sus hermanos y temiendo algo grave, envió una expedición de 70 jinetes a Cuzco. La expedición fue masacrada en un estrecho paso de la cordillera. Era la confirmación de la rebelión indígena en medio país. Cuatro veces más envió refuerzos Pizarro a su hermano, y otras tantas veces los soldados españoles fueron aniquilados en las quebradas andinas. Hasta la propia capital amaneció un día rodeada de tropas incas mandadas por Tito Yupanqui, hermano del emperador Manco. Durante varias semanas los limeños rechazaron los ataques. Casi a la desesperada, y cuando ya empezaban a escasear los alimentos, Pizarro reorganizó sus escasos 200 jinetes de la misma forma que en la famosa noche de Cajamarca. Escondidas las tropas, permitió la entrada de Tito Yupanqui y sus soldados hasta casi la Plaza Mayor de Lima y allí mismo lanzó su ataque sorpresa con la caballería y los arcabuces. Los jinetes destrozaron las escuadras indias y mataron a sus nobles y oficiales, una lanza atravesó el cuerpo del general Yupanqui. Muertos los jefes, los escuadrones indígenas confusos y desmoralizados iniciaron la retirada y se dieron por derrotados.

El peligro en Lima había sido conjurado, pero Cuzco y el resto del país seguían en armas, por lo que el Pizarro pidió auxilio a los gobernadores de Panamá, Nicaragua, Guatemala y Nueva España. Su primo Hernán Cortés le envió un barco con municiones y víveres, y Gaspar de Espinosa, accionista principal de la empresa peruana, aportó otro navío con 250 soldados. Sin embargo, y dadas las dificultades de obtener hombres y transportarlos desde Centroamérica a Perú, cuando estos y otros barcos con ayuda llegaron a Lima la sublevación nativa estaba acabada. Si bien, los hombres y las armas recién llegadas no tardarían en servir para una nueva guerra, esta vez entre españoles.

Pero regresemos a Cuzco. Cuando la ciudad estaba a punto de sucumbir, de forma incomprensible comenzaron a retirarse las tropas asediadoras. La indecisión del Inca Manco había ido retrasando la batalla definitiva, y el tiempo fue jugando a favor de los defensores. Al acudir a la lucha muchos indios habían abandonado sus cultivos, y con el pasar de los meses las provisiones se terminaron y no existían más reservas ni nuevas cosechas que recoger. A ello se unió una fuerte sequía que provocó una tremenda hambruna en gran parte del país. Los indios empezaron a desertar, regresando a sus poblados para atender a sus familias famélicas. Ante esta situación, Manco Inca Yupanqui se vio obligado a lanzar un ataque desesperado que terminó con la pérdida de sus posiciones en Sacsahuayman. Diezmado por las desertiones y la derrota, el Inca huyó a las montañas de Vilcabamba, donde reorganizó un pequeño ejército guerrillero que durante décadas causaría quebraderos de cabeza a las autoridades españolas. (Poco tiempo después moriría Manco, y en su lugar los nativos rebeldes eligieron como Inca a Tupac Amaru, quien creó el reino de Vilcabamba, una especie de estado neoinca que se fortaleció por las luchas intestinas de los españoles y la compleja orografía del terreno. Tupac Amaru fue el último Inca. Jamás aceptó la soberanía española ni se avino a compromiso alguno con la autoridad hispana. En 1571, el virrey Francisco de Toledo lo capturó tras muchos años de emboscadas y resistencia guerrillera. Condenado a muerte, su cuerpo fue cruelmente descuartizado en la Plaza Mayor de Cuzco y su familia asesinada).

Pero volvamos atrás, justo antes de levantarse el asedio a la antigua capital inca. El gobernador había podido finalmente enviar a su hermano un contingente de ayuda de cien hombres a caballo y 150 infantes al mando

de Alonso Alvarado. Cuando estos hombres acampados en Abancay, cerca de Cuzco, y se aprestaban a romper el sitio, llegó Almagro con los restos de su expedición a Chile. El manchego, enterado del cerco de Cuzco y frustrado por la pobreza de las tierras chilenas, regresó con intenciones claras de apoderarse de la ciudad. Presionado por su arruinada tropa y por su propio fracaso veía en Cuzco la única salida a sus desgracias. Casi por sorpresa se presentaron en Abancay ante Alvarado, quien sin apenas batallar se rindió a los de Chile. Pocos días después, Almagro se posesionaba de Cuzco aprovechando el cansancio de las tropas de Hernando y la confusión tras el largo asedio. Su primera satisfacción fue encarcelar a los hermanos Pizarro. El manchego había decidido que Cuzco caía dentro de su gobernación y la iba a convertir en capital de Nueva Toledo.

6.- GUERRA CIVIL

La acción de Almagro representaba la frustración del viejo conquistador, siempre a la sombra del genio y de la iniciativa de Pizarro. Pero ahora, cansado y enfermo, desesperanzado, sin gobernación, envidiando los títulos y territorios de su socio, presionado por una tropa arruinada e insatisfecha, y mal asesorado por su lugarteniente Orgoñez, el manchego había iniciado la huida hacia adelante. Conviene destacar aquí la figura de Rodrigo de Orgoñez, un hábil militar y buen expedicionario que desde Chile ejerció una influencia decisiva en Almagro. De regreso a Perú supo utilizar los ánimos abatidos de una hueste cansada y arruinada para empujar al adelantado hacia la toma de Cuzco y hacia la guerra. Confiaba en ganar para sí el gobierno de alguna provincia. Fue él quien siempre mantuvo las posturas más extremas, abogando por el ajusticiamiento inmediato de los hermanos del gobernador y por tomar Lima lo antes posible, y rechazó cualquier acuerdo que no reconociese los derechos de su jefe sobre Cuzco.

La locura de Almagro continuó con la investidura de Paullú, aliado y familiar de Manco, como nuevo Inca, pues consideraba que si Cuzco era la capital del *Tabuantsuyu* y estaba bajo su jurisdicción tenía autoridad para nombrar a los soberanos del Incanato. Pero el verdadero punto de no retorno fue cuando interpretó –azuzado por Orgoñez– que Lima también caía en su gobernación. Dos meses después formó un nuevo ejército y marchó hacia la costa dispuesto a tomar la capital.

Por el litoral llegó hasta Chíncha, a unas 30 leguas al sur de Lima, a la que rebautizó con su propio nombre, Almagro. Estando en Chíncha/Almagro se enteró de que Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado habían sobornado a sus carceleros y estaban libres, camino de Lima, para unirse al Gobernador. A pesar de todo, todavía tenía preso a su mayor enemigo, Hernando.

Ante tantos desafíos y provocaciones, el Marqués Gobernador formó un importante ejército, reforzado con los nuevos soldados que habían llegado para combatir la sublevación de Manco, entre ellos veteranos de Flandes armados con nuevos arcabuces más rápidos y eficaces. Antes, sin embargo, Pizarro intentó agotar las posibles vías de negociación; por un lado para salvar a su hermano Hernando, y por otro, porque seguía sintiendo cierto afecto hacia su antiguo compañero.

El primer intento negociador lo llevó a cabo Gaspar de Espinosa, amigo y socio de los dos conquistadores. Espinosa había llegado a Lima con hombres y armas para combatir la rebelión inca, mas su labor conciliadora no tuvo éxito ante un Almagro arrogante y manipulado por Orgoñez. Tras el fracaso de Espinosa, la tropa almagrista quedó acantonada en Chíncha y se iniciaron nuevas conversaciones que terminaron con la resolución de someter el asunto al arbitrio de un juez imparcial. Se eligió al sacerdote Francisco de Bobadilla, Provincial de los mercedarios en Indias, como juez imparcial aceptado por ambas partes. El religioso hizo sus investigaciones, consultó con pilotos, agrimensores y expertos, y poco tiempo después reunió a los dos jefes en el pueblo de Mala. El saludo entre los antiguos amigos fue frío y protocolario, pues el gobernador apenas respondió a los aspavientos del adelantado. La conversación fue clara y concisa, ninguno se retrajo de sus argumentos acordando entonces aceptar el fallo de Bobadilla. Sin embargo, en un momento dado, los almagristas interpretaron extraños movimientos en las tropas de Gonzalo Pizarro y temiendo una celada avisaron a su jefe. Diego de Almagro abandonó el pueblo de Mala al galope sin escuchar el veredicto.

Por fin, el 15 de noviembre de 1537, Francisco de Bobadilla dictó un arbitrio favorable a Francisco Pizarro, y pidió a Almagro que abandonase Chíncha y Cuzco, a la vez que solicitaba la colaboración y el entendimiento entre las partes para mantener la armonía entre españoles. Al conocerse el fallo en el campamento almagrista, los soldados acusaron a su jefe de blando y débil, y Orgoñez, indignado, pidió la cabeza de Hernando y el ataque frontal contra Lima. Almagro se sabía en una ratonera: no podía mostrar síntomas de debilidad ante sus hombres, pero viejo y cansado no deseaba iniciar una guerra que sabía perdida. Así las cosas, y aunque sin acatar la decisión de Espinosa, aceptó enseguida un nuevo ofrecimiento de negociación.

La nueva propuesta partió del gobernador, cuyo objetivo primero era obtener la liberación de su hermano para tener después manos libres y actuar militarmente. Pizarro ofreció a Almagro Cuzco, hasta que el rey resolviese la cuestión tras un nuevo informe de varios pilotos, a cambio de la libertad de Hernando. Finalmente, el manchego aceptó.

La batalla de Las Salinas

Al poco tiempo de todas estas negociaciones, estando ya el gobernador en Lima y Almagro asentado en la antigua capital inca, llegó a El Callao un emisario real, Pedro Anzures con una orden de Su Majestad indicando a Pizarro y a Almagro que conservasen lo conquistado y ocupado por cada uno. Ya no cabían dudas, Cuzco pertenecía al Marqués.

El gobernador, viejo para un viaje tan largo y peligroso, pues podía devenir en batalla, encargó a su hermano Hernando la misión de recuperar Cuzco. En principio pensaba que mostrando la orden real traída por Anzures bastaría para hacer entrar en razón a los almagristas; pero por si acaso, Hernando se hizo acompañar por un séquito de 800 soldados, un cuerpo de ballesteros y ochenta arcabuceros. El mayor error de Francisco Pizarro fue, sin duda, poner a su hermano al frente de tan poderoso ejército para una misión tan compleja, sabiendo la incompatibilidad de caracteres y el rechazo visceral entre éste y Almagro.

Como era de esperar, el manchego no reconoció la orden real y tomó como una provocación la presencia de Hernando al frente de tan numerosas tropas. Aunque viejo y con la salud arruinada por el mal de bubas, decidió presentar batalla, si bien, al igual que había hecho su enemigo, cedió el mando de las tropas a su jefe militar Orgoñez.

El 6 de abril de 1538, en la llanura de Las Salinas, a una legua de Cuzco, se enfrentaron los dos ejércitos de españoles. Almagro, postrado en una litera, contempló desde una colina cercana como sus partidarios eran diezmados por los batallones pizarristas, más numerosos, mejor organizados y con armamento más moderno y eficaz. La batalla duró apenas dos horas, pero el saqueo de la ciudad se prolongó hasta la madrugada.

El adelantado fue apresado y se le abrió un proceso judicial que, en menos de tres meses, acumuló más de 2.000 folios resumidos en las siguientes

acusaciones: ocupar por la fuerza de armas de la ciudad de Cuzco; apresar a un teniente de gobernador; atacar a las tropas de Alonso de Alvarado en Abancay; pactar con los indios sublevados para exterminar a los españoles leales al gobernador; dar y quitar repartimientos de tierras e indios sin tener autorización para ello. Con todos estos cargos, su destino no era otro que el garrote. El 8 de julio de 1538, Diego de Almagro redactó sus últimas voluntades dejando como herederos de su gobernación y posesiones a su hijo Diego de Almagro “el Mozo”, mestizo de dieciocho años. A continuación fue agarrotado en prisión y decapitado, y su cabeza expuesta en la plaza mayor de Cuzco. En la iglesia de la Virgen de la Merced los frailes mercedarios le dieron sepultura de limosna.

El Marqués-Gobernador

Enterado de la victoria de Las Salinas, Francisco Pizarro partió hacia Cuzco, pero al llegar a Jauja se detuvo un tiempo. Allí recibió a Diego de Almagro “el Mozo”, quien preocupado por la vida de su padre pidió garantías al gobernador y éste le aseguró que la vida del viejo socio no corría peligro. Poco después, estando todavía en Jauja, recibían la noticia de la muerte del Adelantado.

Mucho se ha especulado con la intervención o no del trujillano en la muerte de su compañero. Parece claro que una intervención del gobernador hubiese bastado para salvarle la vida, y también es cierto que no podría alegar que desconocía la situación de Cuzco. En el Perú incaico, con todo el sistema de chasquis y caminos, las noticias podían difundirse de una parte a otra del país en un día, por tanto, en el Perú colonial y en un tiempo en el que no había bloqueos de caminos, era imposible desconocer durante un mes en Jauja lo que ocurría en Cuzco. En realidad el gobernador estaba al tanto del proceso contra Almagro, pero ejerció de Poncio Pilatos y se lavó las manos. Pizarro había conocido juicios similares, y sabía que lo mejor era permanecer al margen cuando su implicación podía tener consecuencias no deseadas. La historia de la conquista está llena de procesos parecidos, y la maraña judicial arruinó más vidas de conquistadores que la selva, el mar o la guerra. Seguro que el viejo Marqués estando en Jauja, a la par que llegaban las noticias de Cuzco, rememoró los días de Panamá cuando Pedrarias dejó hacer a Espinosa en el juicio contra Nuñez de Balboa. La experiencia le decía

que era necesario ajusticiar al enemigo, pero temía los oscuros mecanismos de la justicia y su intuición y cierta mala conciencia le aconsejaban ser prudente y mantenerse al margen.

A su pesar, pues sabía la condena de antemano y no le agradaba la muerte de su antiguo socio, dejó hacer a su hermano Hernando y cerró los ojos. Seguro que su viejo corazón se quebró al verificar la muerte de Almagro -no deseaba su muerte, aunque nunca nada le doliera tanto como las traiciones repetidas de quien consideró siempre amigo-, pero lo asumió como parte de la carga de un gobernador. Era el actuar de una inteligencia encalmada por los años y por la sabiduría escéptica de quien ha conocido lo ambiguo, cínico e inefable de los comportamientos humanos zarandeados por el paso del tiempo y forjados en muchas sucias batallas. La muerte de Almagro era una más

El gobernador entró en Cuzco cuando todo había pasado y se instaló en la ciudad apesadumbrado y con el humor agrio por los acontecimientos. La situación del país era muy inestable: aparte de las graves heridas dejadas por el enfrentamiento civil, persistían las sublevaciones indias cerca del lago Titicaca y más al sur en la provincia de Charcas; por su parte, el Inca Manco aumentaba las acciones guerrilleras al norte de Cuzco. Decidido a olvidar la muerte de Almagro y a poner orden en su gobernación, inició una actividad frenética casi imposible a sus 63 años (en este tiempo tuvo su tercer hijo, Francisco, con una nueva compañera, la joven princesa inca Angelina). Por espacio de dos años (1538-40) el Marqués instaló en Cuzco su cuartel general aunque de hecho permaneciese poco en la ciudad.

Lo primero que Pizarro intentó fue negociar con Manco. Al no aceptar el Inca trato alguno, comisionó a su hermano Gonzalo para formar un ejército y acabar de una vez con el foco guerrillero. Después viajó a la región del Collao, cerca del lago Titicaca, donde varias insurrecciones tenían en jaque a los colonos españoles. Sofocadas, algunas por la fuerza militar, las más por la negociación y la compra de los curacas o caciques, partió hacia la provincia de Charcas con problemas similares. En Charcas (hoy Bolivia) encargó a Diego de Rojas la fundación de la villa de la Plata, en el valle de Chuquisaca (ciudad hoy conocida como Sucre), con el fin de asegurar el dominio español en la región. Durante tres meses estuvo visitando la zona, especialmente el valle de Chuquiavo, donde diez años más tarde se fundaría La Paz. Pensó

regresar por la costa para conocer Arequipa, mas estando cerca le informaron de que Manco quería negociar. Cambio, pues, de rumbo y cabalgó rápido hacia Cuzco, al tiempo que enviaba al Inca varios emisarios con regalos y mensajes de buena voluntad. Pero la respuesta del indio fue el asesinato de los mensajeros. Entonces el Marqués, enojado como nunca, contestó con otra brutalidad: mandó azotar hasta la muerte a una esposa de Manco que mantenía presa.

Durante un tiempo permaneció en Cuzco descansando de su largo viaje aunque sin pausa en su actividad colonizadora: nuevas expediciones de castigo contra los sublevados de Vilcabamba; la fundación de la ciudad de San Juan de la Frontera, también conocida como Huamanga (hoy Ayacucho)... Si bien, lo que más atribuló a Pizarro durante estas semanas fue la espera de la llegada a Perú de Cristóbal Vaca de Castro, un juez especial nombrado por el Consejo de Indias, casi al tiempo de la batalla de Las Salinas, para dilucidar definitivamente los pleitos entre el gobernador y el adelantado Almagro. En realidad Vaca de Castro tardaría mucho en presentarse; su barco encalló cerca del puerto de Buenaventura y el juez hubo de continuar su recorrido por tierra, pasando por Cali, Popayán y Quito, hasta llegar finalmente a Lima, poco después de la muerte de Francisco Pizarro.

Mientras esperaba al misterioso juez –tenía vagas noticias de su salida de España y su misión, pero tardaba en concretarse su presencia– nombró a varios capitanes con la tarea de explorar, conquistar y poblar nuevos territorios con los contingentes de hombres que iban llegando desde Panamá y España, atraídos por la fama de las riquezas del Perú. De entre los capitanes y expediciones iniciadas en ese tiempo destacan la de Pedro de Valdivia hacia la Chile y la de Gonzalo Pizarro, nombrado vicegobernador de Quito, abandonado por Belalcázar a causa de sus ambiciosas correrías por Colombia. Desde Quito Gonzalo organizaría diversas incursiones por las selvas ecuatoriales y el Amazonas, entre ellas las protagonizadas por Orellana.

Finalmente, y antes de regresar a Lima, el gobernador envió a su hermano Hernando a España con un formidable tesoro correspondiente al quinto real, y con diversos objetos de gran valor, que servirían como regalos para asegurar su posición ante el rey y el Consejo de Indias. Al principio, Hernando fue cordialmente recibido en la Corte, pero pronto la maquinaria judicial

se encargaría de devorarlo. Fue procesado por la muerte de Almagro y encarcelado en el Castillo de la Mota. Allí pasó 22 años en un régimen a veces duro, a veces benevolente. Durante años, le alivió la soledad la joven Isabel Mercado, quien le dio dos hijos pero con la que nunca se casó. Con cincuenta años cumplidos, y todavía preso, se enamoró de su joven sobrina Francisca Pizarro Yupanqui, heredera del Marquesado y de la cuantiosa fortuna de su padre, y contrajo matrimonio con ella en 1552. En 1561, alcanzada la libertad y con una gran fortuna se trasladó a La Zarza, donde vivió feliz hasta su muerte en 1578. Fue el único Pizarro que “murió de viejo y en la cama”

Los días finales en Lima

A finales del año 1540, Francisco Pizarro Marqués de la Conquista y gobernador de Nueva Castilla, cansado de colonizar, de viajar y de guerrear regresó a Lima tras dos largos años de ausencia. La guerra contra Manco, las diversas sublevaciones en el altiplano de Charcas y el en Collao y la organización de nuevos viajes expedicionarios le habían obligado a desarrollar una actividad agotadora, al tiempo que le permitieron cicatrizar las heridas de la guerra civil y la muerte de Almagro.

Una vez en la capital, el gobernador se dedicó a administrar el país fomentando el comercio, las comunicaciones, el cultivo y la ganadería, así como a vigilar el crecimiento de las ciudades fundadas. También, y para aplacar cierto desasosiego entre los limeños, confirmó el reparto de las encomiendas que premiaban a los primeros habitantes de la capital.

En Lima vivió sus últimos días con cierta placidez. Era fácil ver su figura venerable por las calles e iglesias de la ciudad. Ataviado de negro, a la moda de los Reyes Católicos, usaba como su admirado Gran Capitán, el sombrero y los zapatos blancos de piel de venado. Solo en ocasiones especiales vestía el lujoso manto de martas cibelinas regalado por su primo Hernán Cortés. La austeridad de vestuario era una parte más de la sencillez de su entorno. Para él la jornada empezaba una hora antes del alba, escuchaba misa –a veces en su casa otras en cualquier iglesia-, y tras un frugal desayuno salía a ver como iban las obras de la catedral o del convento de los dominicos, de cuya cofradía era miembro. Trabajaba en los asuntos de la gobernación hasta el almuerzo y las tardes las dedicaba a visitar o a entrevistarse con los limeños que le querían, o a cuidar sus naranjos e higueras. Al atardecer jugaba a

naipes o bolos con sus amigos o disfrutaba de la compañía de sus cuatro hijos mestizos y su fiel compañera la ñusta Angelina.

Sobre su vida privada poco se sabe. No se casó nunca, pero tuvo dos mujeres y cuatro hijos. Ya hemos hablado de su relación con Inés Huaylas, de quien nació Francisca, bautizada en Jauja en 1534, y Gonzalo, nacido y bautizado en Lima en 1535. Doña Inés se casó en 1538 con Francisco Ampuero, paje del marqués. Parece que el viejo Gobernador consintió el matrimonio, pues estaba ya encandilado por otra hermanastra de Inés, doña Angelina, hija de Huayna Capac, aquella joven belleza con quien el indio Felipillo desairó a Atahualpa. Sin duda, Angelina fue la mejor y más fiel compañera de Pizarro, con ella vivió en sus últimos años una tranquila felicidad y tuvo dos hijos más, Francisco, nacido en Cuzco en 1539 y Juan, nacido en Lima en 1540.

La muerte del marqués

Pero estos dos años de calma estuvieron llenos de rumores y de dramáticos augurios. Todos los días se hablaba de la venganza de los almagristas (o de “los de Chile”, como se les conocía en Lima). Los partidarios de Almagro buscaban el desquite, no tanto por la muerte de su jefe como por la miseria en la que vivían y el trato humillante e insolente fomentado por Antonio Picado, secretario del Gobernador.

Picado era un treintañero altivo y sin escrúpulos que supo medrar a la sombra de Pizarro. Gracias a su engreimiento se convirtió en la figura más odiada por “los de Chile”, sustituyendo en sus deseos de venganza al propio Hernando, paradigma siempre de la inquina almagrista. Entre los enemigos del gobernador destacaba Diego de Almagro “el Mozo”, el valiente hijo del adelantado, aglutinador del descontento, y Juan De Rada, sujeto intrigante e impulsivo con ganas derevancha.

En la aparente tranquilidad limeña el bando derrotado estuvo siempre buscando la ocasión para acabar con el Marqués. Pero fue a principios de junio de 1541 –se había desatado el rumor de la inminente llegada del juez real Vaca de Castro, y de que éste había sido sobornado por Pizarro– cuando consideraron que no podían esperar más y tramaron la venganza.

El viernes 24 de junio Francisco Pizarro mandó llamar a Juan De Rada para pedirle explicaciones por el rumor más comentado en toda Lima: que

los almagristas estaban comprando armas para matar al Gobernador y hacerse con el poder. Las crónicas cuentan que la conversación fue cordial. El Marqués obsequió a De Rada con las primeras naranjas crecidas en Perú y le aseguró que no había sobornado a Vaca de Castro, a cuyo veredicto se atendería como palabra del rey. El almagrista, por su parte, desmintió lo que toda la ciudad sabía. Mas quien nace traidor es siempre traidor, De Rada al salir del Palacio del Gobernador se reunió con Almagro el Mozo y otros influyentes capitanes para planear el magnicidio.

A Pizarro le llegó el chivatazo de que intentarían matarlo el domingo 26 de junio cuando se dirigiese a oír misa. Sin estar muy convencido del peligro, decidió celebrar la eucaristía en su casa. Después del mediodía invitó a comer a Juan Blázquez, teniente gobernador de Lima, a su hermano Francisco Martín de Alcántara, al capitán Francisco de Chavez y a su capellán Garcí-Díaz, a la sazón Obispo de Quito, entre otros quince amigos. Tras el almuerzo, estando de tertulia un criado gritó: “¡Arma, Arma, que todos los de Chile viene para matar al Marqués, mi señor!”. Veinte hombres, con Juan De Rada a la cabeza entraron, espadas en mano, en casa del gobernador. Pizarro mandó a Chavez cerrar el portón de sus aposentos mientras se armaba. Pero Chavez, confiado y sin trancar la puerta, intentó detenerlos por medio de la palabra -;sería, como escribió el cronista Pedro Pizarro, pensando que si el Marqués moría sería él nombrado gobernador?- Sin poder parlamentar, Chavez cayó muerto atravesado por una estocada en la espalda. Cuando los almagristas alcanzaron el cuarto de Pizarro sólo le acompañaban su hermano Martín, su amigo Gómez de Luna y dos valientes pajes. Durante algunos minutos resistieron bravamente; luego, el primero en caer fue Martín, estoqueado en el pecho; después fue el turno de Gómez de Luna y de los dos pajes. Pizarro logró herir a dos enemigos, hasta que fue rodeado sin escapatoria posible. Varias espadas cayeron sobre él y una le atravesó la garganta. (Véase Anexo 3). Postrado y sintiendo la llegada de la muerte, Francisco Pizarro mojó sus dedos en la sangre que a borbotones salía de su cuello, dibujó una cruz en el suelo, la besó, balbuceó el nombre de Cristo y pidió confesión. Como respuesta, uno de los traidores tomó un enorme cántaro lleno de agua y lo quebró en la cabeza del agonizante gobernador. Expiraba así el más grande conquistador español “que de descubrir reinos y conquistar provincias nunca se cansó”.

Inmediatamente el pánico y el caos se adueñaron de Lima. Varios almagristas quisieron profanar y sacar en público escarnio los cuerpos de los hermanos Pizarro, pero la valentía de Inés Muñoz, viuda de Martín de Alcántara y María Lezcano, esposa de Juan de Barbarán fiel soldado, también asesinado por los almagristas, impidieron el último ultraje. Ellas recogieron los cadáveres y los amortajaron. A Francisco Pizarro lo vistieron con el hábito de Santiago y lo escondieron para velarlo en el convento de la Merced. Fue enterrado a la mañana siguiente en la inacabada catedral, en la nave del Evangelio, acompañado por un triste y menguado cortejo encabezado por Inés Muñoz. Esta valiente mujer también se encargó de poner a salvo a los hijos del Marqués, y dos semanas más tarde fue la primera en presentarse ante el cabildo de Lima para exigir justicia por el asesinato de su marido y su cuñado.



Estatua de Pizarro en Trujillo (Fotografía de José M^a González Ochoa)

7.- EPÍLOGO

Muerto el gobernador, los hilos maquiavélicos de Juan De Rada se movieron para que el Cabildo apoyase a Diego Almagro “el Mozo” como nuevo Gobernador de Perú. Al mismo tiempo, se desataba una ola de venganzas cuya primera víctima fue el secretario Picado. Y connotados pizarristas como el padre Vicente Valverde, por entonces Obispo de Cuzco, huían de Perú.

De Rada envió mensajeros a todas las ciudades exigiendo el reconocimiento del joven Almagro como gobernador. Pero, aunque nominalmente muchos se unieron, muy pronto se inició la contrarrevolución. Y en río revuelto quien mejor supo pescar fue el recién llegado Vaca de Castro. El juez real, aprovechó la confusa situación y puso en práctica el real decreto que lo nombraba gobernador en caso de faltar Francisco Pizarro, con los apoyos de Belalcázar y Gonzalo Pizarro desde Quito, y de Alonso de Alvarado, Gobernador de Chachapoyas.

Ante esta situación incontrolada, los almagristas se hicieron fuertes en Cuzco y esperaron la ocasión de presentar batalla. Tras varias infructuosas negociaciones, los dos bandos se enfrentaron el 18 de septiembre de 1542, cerca de Huamanga. La pelea fue larga y cruenta. El ejército realista, algo más numeroso, hábilmente dirigido por Francisco Carbajal y con una eficaz caballería, terminó derrotando a las tropas almagristas capitaneadas por el propio Diego “el Mozo” y Pedro Alvarez de Holguín.

El calado profundo de las guerras pizarristas reside en el problema, repetido con mayor o menor incidencia en toda la América hispana, del traspaso del poder efectivo de los primeros conquistadores a los funcionarios civiles nombrados por el rey. Aquellos que han batallado y ganado la tierra con su osadía, reniegan de los burócratas y funcionarios designados en la Corte.

El victorioso juez, convertido ahora en gobernador, se retiró a Cuzco, donde apresó y juzgó a Diego Almagro por rebelde. Por su expresa voluntad, fue ajusticiado en la misma plaza que su padre y enterrado en la iglesia de la Merced donde descansaban los restos del adelantado.

Cristóbal Vaca de Castro estableció en Cuzco su cuartel general y desde allí ejerció una administración prudente y justa, tratando de cerrar cicatrices. Se preocupó por los derechos de los indios, mandó construir escuelas para los hijos de los caciques y nobles indígenas y frenó los abusos de los colonos cuzqueños, granjeándose con ello la enemistad de los encomenderos españoles. Temiendo una reacción pizarrista, negoció con Gonzalo, quien se había declarado a sí mismo heredero del Marqués. Este, antes que provocar una nueva guerra prefirió retirarse a sus rentables encomiendas de Charcas. Pero el prestigio y la fama de su apellido seguirían siendo una amenaza para cualquier gobernador, como terminaría demostrando al capitanear una sulevación en 1545, inicio de otra guerra civil.

Vaca de Castro no pudo ver los frutos de su acción, ya que en 1544 Carlos I, tras una importante reorganización moral, política y administrativa de los territorios americanos, plasmada en Las Nuevas Leyes de Indias, nombró a Blasco Núñez de Vela primer Virrey del Perú, con el propósito firme de estabilizar el país y hacer cumplir las nuevas disposiciones. Las Leyes Nuevas, proclamadas en Barcelona y Valladolid (1542-43) e impulsadas por las denuncias de Bartolomé de Las Casas, además de la reorganización administrativa del gobierno colonial, suprimían las encomiendas y presentaban diversas salvaguardas contra la explotación de los indios, siendo el mejor intento de la Corona para poner freno a los excesos de los caudillos conquistadores (Véase Anexo 2). Como era de esperar dichas disposiciones reales no sentaron nada bien entre los encomenderos y primeros colonos españoles beneficiados por los arbitrarios repartos de tierras e indios.

Y fue precisamente Gonzalo Pizarro, hermano menor de Francisco, heredero legítimo de todo lo adquirido por la familia según las capitulaciones de Toledo, quien sintiéndose frustrado y engañado capitaneó a todos los españoles afectados en sus privilegios y se enfrentó al virrey. A pesar de la tibia mediación de la Audiencia, Núñez de Vela se mostró implacable. En Cuzco, una asamblea de representantes nombró a Pizarro administrador general de Perú y capitán general. La Audiencia tomó parte a favor de los pizarristas y

mandó arrestar al virrey, embarcándolo de vuelta a España. Pero el juez que llevaba preso a Nuñez de Vela se arrojó y lo liberó al norte de Perú. Reorganizadas las tropas virreinales, estas presentaron batalla en Anaquito, cerca de Quito. El virrey fue derrotado y preso. Tras ser juzgado por los rebeldes pizarrista, fue decapitado. En Panamá, los capitanes militares se unieron a los pizarristas, y el virreinato entero escapó al control de la Corona.

Ante estos acontecimientos, Carlos I reunió el Consejo de Indias y decidió enviar al sacerdote Pedro de La Gasca (1485-1567) con plenos poderes para la pacificación del virreinato. Poco después de desembarcar en Panamá, La Gasca obtuvo de los capitanes allí acantonados la promesa de fidelidad a la Corona. Jugada maestra: ganaba su primera batalla estratégica sólo con la persuasión, cerrando la posibilidad de comunicación entre Pizarro y la Península y creando las primeras disensiones en el enemigo. Se inició así un largo intercambio de cartas y emisarios que no lograron ningún acuerdo. Finalmente, La Gasca decidió enviar cuatro navíos y 300 hombres armados. En Huarina, cerca del lago Titicaca, Gonzalo creyó derrotar a las tropas reales. Pero estas solo formaban parte de una hábil estrategia de distracción: La Gasca, con 2.000 soldados y acompañado por capitanes de la experiencia de Pedro de Valdivia, Belalcázar o Centeno, avanzaba desde el norte hacia Cuzco. Una breve escaramuza en Xaquixahuana sirvió de prólogo a la rendición pizarrista. Dos días después de la derrota, Gonzalo Pizarro fue ejecutado y enterrado en la iglesia de la Merced, paradójicamente junto a los eternos socios y enemigos de la familia, los Almagro.

La victoria de Pedro de La Gasca era el triunfo del poder civil y real sobre los derechos y privilegios de los primeros conquistadores. Quedaba claro que el “donador de tierras” y emanador de las leyes era el monarca. Las Leyes Nuevas tuvieron una aplicación matizada, reconocían los derechos de los indios en igualdad a los otros súbditos de la Corona, pero no lograron hacer desaparecer totalmente la encomienda. Restaurada la Audiencia y deshecho el ejército pizarrista, La Gasca regresó a España, dejando en Lima al nuevo virrey Antonio de Mendoza (1492-1552), funcionario real curtido en México.

El asesinato de Francisco Pizarro fue la continuación de la primera guerra civil española en América, iniciada por Almagro y terminada con la acción pacificadora del Virrey La Gasca en 1549. Para entonces ya no quedaba ninguno de los grandes protagonistas de la conquista del Perú y la colonización

española experimentaba un fuerte impulso. Solo entre 1553 y 1554 se registrará un nuevo intento de insurrección protagonizado por Hernández Girón contra la Audiencia de Lima. Los rebeldes de Girón llegaron a derrotar a las tropas realistas en la batalla de Villacuri. Finalmente los encomenderos discolos fueron reducidos tras la derrota militar de Pucará y la detención y ejecución de Hernández de Girón en Lima, el 7 de diciembre de 1554.

El destino de los otros Pizarro en Perú

Ya hemos visto cuál fue el destino final de algunos de los hermanos de Francisco Pizarro. Salvo Hernando todos acabaron trágicamente, veamos de forma sucinta sus biografías y como fue el final de todos ellos y de algunos de sus familiares que también estuvieron junto a él en la conquista.

- *Francisco Martín de ALCANTARA*, (?-1541) Hermano de madre de Francisco Pizarro, nacido en Trujillo, se unió al conquistador cuando éste visitó su ciudad natal en 1529 en busca de hombres que quisieran acompañarlo en su aventura perulera. Acompañado de su mujer Inés Muñoz, estuvo desde el principio en la conquista de Perú, siempre al lado de su hermano, quien lo tuvo como uno de sus hombres de mayor confianza al punto de encargarle a su mujer el cuidado y la educación de todos sus hijos mestizos. Recibió grandes encomiendas en Piura, pero residió en Lima. Como ya hemos visto murió el 26 de junio de 1541 defendiendo a su hermano frente a los almagristas.

- Interesante es también la biografía de, Inés MUÑOZ la señalada esposa de Martín de Alcántara. Inés fue una de las primeras mujeres españolas que en 1532 entró en el reino Incaico. Establecida en Lima desde la fundación de la ciudad (1535) se convirtió en una de las mujeres más respetadas del Perú y en la educadora de los hijos mestizos de Pizarro. Su fama y admiración se acrecentaron cuando el 26 de junio de 1541 su marido Martín y su cuñado Francisco fueron muertos, y ella se enfrentó al grupo de asesinos para impedir que los cadáveres fuesen profanados y descuartizados por la ciudad. Fue ella quien encabezó el reducido cortejo fúnebre del Marqués por las calles de Lima. Asimismo Inés protegió la vida de sus sobrinos y los tomó bajo su custodia hasta que pudo enviarlos a España. Fue de las pocas voces que esos días se levantaron en Perú contra los almagristas y exigió justicia por los asesinatos de su marido y su cuñado. Pasados unos años, Inés se casó con

un rico caballero limeño, Antonio de Rivera. Se unían así dos importantes fortunas, pues ella había heredado importantes encomiendas. Riqueza que doña Inés repartió pródigamente, ya que la generosidad de esta mujer llegó a ser legendaria en el Perú del siglo XVI. Su tiempo y su fortuna estuvieron la mayor parte dedicados a las obras de beneficencia de la Iglesia, en especial a educar a niños huérfanos y mestizos. Incluso llegó a comprometer todas sus haciendas en la fundación y mantenimiento de la escuela-convento de la Encarnación. También quedará en la historia colonial por su interés en introducir en el virreinato árboles y especies vegetales peninsulares. A ella se debe que su marido Antonio trajese los primeros olivos al Perú, alguno de cuyos esquejes se multiplicaron con facilidad en varias zonas del país y en Chile.

Bibliografía: Martín, Luis *Las hijas de los conquistadores*. Barcelona, Editorial Casiopea, 2000; O'Sullivan-Beare, Nancy *Las Mujeres de los Conquistadores: La mujer española en los comienzos de la colonización americana*. Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 1956.

- *Gonzalo PIZARRO* (1513?-1548) Nacido en Trujillo (Cáceres) hacia 1511 ó 1513. Era el hermano más pequeño de Francisco, a quien se unió para la conquista de Perú, en 1530 cuando éste visitó su ciudad natal. Vivió todos los grandes momentos de la captura del Inca en Cajamarca y posteriormente la toma de Cuzco, donde quedó como lugarteniente de su hermano Hernando. Participó en la defensa de la ciudad cuando fue sitiada por los incas rebeldes de Manco Inca Yupanqui. Luego vivió la guerra contra los almagristas, siendo él uno de los capitanes destacados en la batalla de Las Salinas (abril de 1538) en la que se capturó y ejecutó a Diego de Almagro. Tras la marcha de su hermano Hernando a España quedó al mando de las tropas en Cuzco. En noviembre 1538, cuando Belálcazar marchó a la conquista de Colombia, Francisco Pizarro lo nombra gobernador de Quito con la misión de buscar *el país de la Canela*, región en la que según los indios abundaba el árbol de dicha especia. A principios de 1540 organiza una ambiciosa expedición al interior de la selva amazónica. Diversas penalidades y desertiones le obligan a dividir al grupo, y mientras él espera acampado con el grueso de la flota, su capitán Francisco de Orellana parte en un barco en busca de provisiones. Más tarde el bergantín de Orellana cambiaría de planes y terminaría en la desembocadura del gran río. Tras la larga e infructuosa espera en la selva decide regresar tras sus pasos, con la fatalidad de que al llegar a Quito se entera del asesinato de su hermano

Francisco. En Lima las cosas han cambiado mucho, hay un nuevo gobernador, el oidor Vaca de Castro, pero carece de poder real ya que Diego de Almagro “el Mozo” se ha levantado en armas. Gonzalo ofrece sus tropas al oidor y juntos derrotan a los almagristas, en la batalla de Huamanga (septiembre de 1542). Luego Vaca de Castro le pide que no intervenga en los asuntos políticos, ni reclame derechos de familia, para lograr una más rápida y profunda pacificación del país. Gonzalo acepta y se retira a la provincia de Charcas (Bolivia), entregándose a prosperos negocios de explotación minera y ganadera.

Mas la publicación de las Leyes Nuevas (1542), y la posterior llegada del nuevo virrey Blasco Núñez de Vela con intenciones de hacerlas cumplir a cualquier precio, le hicieron romper su aislamiento. Los ricos hacendados y encomenderos se opusieron frontalmente a la aplicación de las nuevas ordenanzas reales. Gonzalo se convirtió en su cabecilla, veían en él al paladín de sus derechos y la continuidad de la obra de su hermano. En Charcas formó un importante ejército con el que entró en Cuzco, cuyas gentes le saludaron como nuevo gobernador. El cabildo de la ciudad le nombró delegado para pedir al virrey la supresión de las leyes. La embajada que en principio debía ser política se tornó en militar. Así, el 28 de octubre de 1544, Gonzalo tomaba Lima con su hueste, y se hacía nombrar gobernador, con el apoyo de una confusa Audiencia, que en principio había destituido al virrey. Blasco Núñez pudo huir por mar, y desde Quito reagrupó a su ejército. En enero de 1545 se dio la batalla frontal en Añaquito; las tropas realistas fueron derrotadas y Gonzalo mando ejecutar al virrey.

Al conocerse los gravísimos incidentes en España, el rey nombró a Pedro de La Gasca con poderes de virrey para que acabase con la sublevación y pacificase el Perú. Gracias a la ayuda de capitanes experimentados como Sebastián de Belalcázar, Pedro de Valdivia o Diego Centeno, pudo La Gasca reorganizar un ejército para hacer frente a Gonzalo y los suyos. Finalmente, el 9 de abril de 1548 en Xaquixaguana, la hueste de los encomenderos capitaneada por Francisco Carbajal fue derrotada. Gonzalo se entregó a las tropas reales, dos días más tarde era decapitado en Cuzco.

Bibliografía: Gutiérrez de Santa Clara, Pedro *Historia de las Guerras Civiles del Perú*. Madrid, 1910; Pérez de Tudela Bueso, Juan (edición) *Documentos relativos a Pedro de La Gasca y a Gonzalo Pizarro*. Madrid, Real Academia de la Historia, 1964.

- *Hernando PIZARRO* (1478-1578?). Nació en Almagro (Cáceres) en 1478, hijo primogénito y legítimo de Gonzalo Pizarro, noble familia Pizarro de Trujillo, y hermanastro de Francisco. Participó junto a su padre en las guerras de Italia y Navarra. Se unió a Francisco Pizarro, probablemente en 1529 en Toledo, mientras éste esperaba para firmar las capitulaciones con el emperador. Le acompañó a Trujillo y motivó a muchos de sus familiares y conciudadanos para que se unieran a la empresa del Perú. Al llegar a Panamá, su carácter arrogante y orgulloso pronto chocó con el de Diego de Almagro, quien al enfado por su mínimo papel en la capitulaciones se unió la excesiva influencia, que a su juicio ejercía Hernando en su hermano. En Cajamarca fue el primero en entrevistarse con el inca Atahualpa, y entre ellos surgió una corriente de simpatía. Durante el posterior confinamiento del inca, Hernando fue siempre respetuoso y amable con él y su principal valor frente a las acusaciones de traidor de Almagro o de Hernando de Soto. También durante el juicio declaró varias veces a favor de Atahualpa. Durante los meses de espera en Cajamarca, Hernando fue comisionado por Francisco para que investigase si los restos del ejército inca se estaban reagrupando al tiempo que reconocía parte del país. Durante un mes realizó una intrépida y fructuosa exploración que le llevó a descubrir en los arenales costeros el santuario de Pachacamac, donde obtuvo un cuantioso botín. Desde la costa viajó hacia Jauja, ciudad en la que sabía se había acantonado el general inca Calcuchímac, con una considerable parte del ejército imperial. En Jauja Hernando obtuvo otro éxito espectacular al apresar con un embuste a Calcuchímac: le aseguró que Atahualpa le ordenaba acompañarlo y que éste pronto quedaría libre. Su regreso a Cajamarca fue apoteósico: tras un mes fuera llegaba lleno de oro y de los tesoros rapiñados en el templo de *Pachacamac*, traía preso al principal lugarteniente del Inca y las buenas noticias de que los nativos no estaban organizando ningún contrataque. Hernando se convertía así en el español que más y mejor conocía Perú, confirmaba las enormes riquezas del país, y su persona se rodeaba de un aureola de héroe, que no hizo sino agravar más sus diferencias con Almagro.

Tras el reparto del botín de Cajamarca, Francisco Pizarro encomendó a Hernando la misión de llevar el quinto real a España, al tiempo que informaba al emperador y al Consejo de Indias sobre sus conquistas. Este hecho también ayudó a rebajar la tensión con Almagro. En la Península, Hernando

se pavoneó en la Corte con sus hazañas y riquezas, al tiempo que reclutaba hombres y pertrechos para regresar a Perú. El rey impresionado por el éxito de la conquista lo investió con el hábito de Santiago. También intentó obtener del Consejo una resolución definitiva que aclarase la jurisdicción sobre Cuzco, pero solo consiguió un documento impreciso, que creó más confusión y polémica. Regresó a Perú en 1536, y fue nombrado teniente gobernador de Cuzco. Poco después se producía la sublevación de Manco Inca Yupanqui. Asumió con éxito la defensa durante el sitio de la ciudad, sin embargo cuando los incas levantaron el cerco fue encarcelado junto a su hermano Gonzalo por las tropas de Almagro, que tras regresar de la frustrada conquista de Chile tomaron la ciudad y se rebelaron contra el gobernador. Tras varias frustradas negociaciones entre Diego de Almagro y Francisco Pizarro, el gobernador accedió en 1537 a intercambiar la ciudad de Cuzco por la libertad de su hermano, en espera de que el rey Carlos I decidiese quién de los dos era el dueño de la ciudad. Una vez libre y reunido en Lima con Francisco, Hernando quedó al mando de las tropas del gobernador en espera de la decisión real. Finalmente, llegó un documento con firma del rey que indicaba que Almagro y Pizarro debían conservar lo conquistado y ocupado por cada uno, hasta que se dictase nuevas órdenes. Con ello el manchego debía abandonar Cuzco.

Hernando fue el encargado de llevar la orden de Su Majestad a Almagro. Al pronto, partió con un formidable ejército -ochocientos soldados, ochenta arcabuceros y un cuerpo de ballesteros-, para lo que en principio era una misión diplomática. Estaba claro que Almagro no iba a recibir de buen grado a quien tenía antipatía visceral y venía con ánimo de guerra. Los almagristas no reconocieron la orden real y Orgoñez se puso al frente de la tropa. La batalla por Cuzco, el viejo enfrentamiento entre los dos grandes conquistadores, tuvo que ser protagonizado por los subalternos de ambos. El 6 de abril de 1538, las tropas pizarrista encabezadas por Hernando derrotaron a las de Orgoñez en la llanura de Las Salinas, a pocos kilómetros de la antigua capital inca. Con ánimos de revancha, Hernando entró en la ciudad, donde dejó rienda suelta a los instintos más bajos de su soldadesca mientras él capturaba a Diego de Almagro. Frente a su rival saboreó el triunfo con un corto y expeditivo juicio. El gobernador Francisco, desde la lejanía de Jauja ejerció de Poncio Pilatos y dejó hacer a su hermano sabiendo el final. El 8 de julio Hernando ordenaba la decapitación de Almagro.

Durante un tiempo permaneció en Cuzco, con mando de gobernador, mientras Francisco Pizarro recorría el sur del país. Finalmente en 1540, fue enviado a España con un fabuloso tesoro, correspondiente al quinto real, y con diversos objetos de gran valor, que debían servir como regalos para asegurar la posición de Francisco ante el rey y el Consejo de Indias. Al principio Hernando fue cordialmente recibido en la Corte, pero pronto la maquinaria judicial se encargaría de devorarlo. Fue procesado por la muerte de Almagro y encarcelado en el Castillo de la Mota (Valladolid). Allí pasó veintidós años en un régimen a veces duro, a veces benevolente. Durante años le aliviaría su soledad la joven Isabel Mercado, quien le dio dos hijos pero con la que nunca se casó. Con cincuenta años cumplidos, y todavía preso, se enamoró de su joven sobrina Francisca Pizarro Yupanqui, heredera del marquesado de su padre, y con quien contrajo matrimonio en 1552. Nueve años después obtuvo la libertad definitiva y se trasladó a Zarza, cerca de Trujillo, donde disfrutó de la felicidad con su joven esposa, en la opulencia que le otorgaban las enormes rentas de ambos. Según algunas fuentes falleció en 1578, a los cien años de edad, siendo él único Pizarro que murió “de viejo y en la cama”

Bibliografía: Fernández Martín, Luis *Hernando Pizarro en el castillo de la Mota*. Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Bienestar Social, 1991.

- *Juan PIZARRO* (1510?-1536) Nació en Trujillo (Cáceres) hacia 1510, era el más pequeño de los hermanastros de Francisco Pizarro. Se unió a la hueste de su hermano en la visita que realizó éste a Trujillo en 1530. Participó en la conquista de Perú, estuvo en Cajamarca y en la captura del Inca. Tras la toma de Cuzco se quedó en la ciudad como lugarteniente de su hermano Gonzalo con el cargo de corregidor. No tuvo buena relación con Manco Inca, a quien humilló en varias ocasiones y le robó a la princesa Inquil Coya, una de las favoritas que Manco guardaba para sí. (Inquil tuvo una hija de Juan, pero éste jamás la reconoció, aunque sus hermanastros la trataron siempre como a una Pizarro). Posteriormente, el Inca recordaría que el comportamiento despreciativo de Juan fue una de las muchas razones que le empujaron hacia la rebelión.

Tras la sublevación nativa de la Pascua de 1536, Juan será uno de los protagonistas de la defensa hispana de Cuzco. El fue el primero en salir con una columna de hombres a caballo para tratar de dispersar los batallones

indios, pero enseguida comprendió que el levantamiento era de dimensiones extraordinarias. Valiente y obstinado, en mayo volvió a lanzar un ataque con la caballería contra los rebeldes parapetados en la fortaleza de Sacsahuamán. Durante todo el día estuvo intentando romper las defensas enemigas sin éxito. Al caer la tarde hizo un último asalto frontal contra la puerta principal. Juan iba sin casco por tener herida la mandíbula, así que fue presa fácil de la lluvia de piedras indias. Herido de muerte, fue trasladado a Cuzco donde falleció el 16 de mayo de 1536.

- *Pedro PIZARRO* (1514-1583?). Nació en Toledo en 1514. Era primo de Francisco y se convirtió en su paje en la visita que hizo a Trujillo (Cáceres) en 1530. Participó en la conquista de Perú, siendo testigo directo de muchos de los acontecimientos históricos que luego relataría. Estuvo en la primera entrevista de los españoles con Atahualpa, fue soldado durante la marcha y toma de Cuzco, y luego durante el asedio y defensa de la ciudad tras la rebelión de Manco Inca Yupanqui. Se involucró en las guerras civiles peruanas de forma directa. Primero contra los ejércitos almagristas que acabaron con su primo. Después permaneció leal al virrey Blasco Núñez de Vela, por lo que su primo Gonzalo Pizarro lo apresó en Lima y lo mandó exiliado a Charcas (Bolivia). Luego se unió a las tropas de Pedro La Gasca y tomó parte en las batallas de Huarina y Xaquixaguana (1549). En recompensa a sus servicios recibió tierras y encomiendas que le convirtieron en un hombre rico. Se retiró a vivir a una de sus haciendas de Arequipa, dedicado a escribir la *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos de Perú*, terminada en 1571. La obra es fundamental para conocer cómo se desarrolló la conquista del Incanato, su frescura y viveza no impiden que se note en ocasiones la subjetividad de quien es protagonista implicado en los hechos, así como el peso de la familia. Murió hacia 1583.

- De los cuatro hijos que tuvo el Marqués, la de vida más extensa e interesante fue, sin duda, la de su hija **Francisca** (1534-1598), que tuvo el conquistador con la princesa inca Quispe Cusi, bautizada por los españoles como Inés Huaylas. Nació en Jauja (Perú) en diciembre de 1534 y está considerada una de las primeras mestizas nacidas en Perú. Por sus venas corría sangre imperial incaica, pues su madre era hija de Huayna Capac por lo que poseía uno de los más altos rangos en la corte Inca. Algunos quisieron ver, más allá del valor simbólico de mestizaje entre los vencedores y los vencidos, entre los españoles

y los nativos, que aquello significaba la iniciación de una nueva saga familiar con pretensiones de dominio sobre el imperio andino. Sin embargo, seis años más tarde, Francisca vio con sus ojos de niña como su padre era asesinado por los secuaces de Diego de Almagro “El Mozo”, y debía huir y esconderse al amparo de su tía Inés Muñoz. Cuando se tranquilizaron las cosas regresó a Lima. En 1544, al morir su hermano Gonzalo se convirtió en la más rica heredera del país. Casi una maldición en un momento tan complicado y confuso de guerras civiles, en dónde su propio tío Gonzalo Pizarro maquinó casarse con ella y convertirse así en el heredero político y económico de su hermano Francisco. En ella Gonzalo vio la posibilidad de fundar su propia dinastía en Perú y desligarse definitivamente de la Corona española. Para evitar que fuese asesinada o los planes de Gonzalo consumados, de nuevo su tía Inés Muñoz la escondió en un barco y buscaron refugio lejos de Lima.

La guerra y los avatares políticos hicieron que en 1549, una vez pacificado el país y muerto Gonzalo Pizarro, Pedro La Gasca mandase a Francisca ir a España, en un exilio más o menos forzado por el propio emperador Carlos I. Se alejaba así del Perú tanto a un símbolo, donde se reunía lo más alto de la dignidad imperial incaica, como el poder material y político heredero de su padre.

Avatares del destino, al año de llegar a España se enamoró de su tío Hernando Pizarro, a la sazón preso en el castillo de la Mota (Valladolid). En 1552 la relación se consumó con una boda, y juntos iniciaron un largo y tortuoso litigio contra la Corona para recuperar parte de la fortuna confiscada a la familia Pizarro. Durante diez años el matrimonio compartió celda de oro en un continuo ir y venir de leguleyos, reclamaciones y juicios, que terminarían siendo legendarios en la historia del derecho del siglo XVI.

Alcanzada la libertad de Hernando en 1562, la pareja se trasladó a La Zarza, muy cerca de Trujillo (Cáceres), donde se levantaba la casa solariega de los Pizarro. Desde allí siguieron luchando por recuperar su patrimonio, así como la memoria de Francisco Pizarro, que algunos enemigos querían destruir tras su muerte. Mientras tanto tuvieron cinco hijos, aunque dos fallecieron a edad temprana, y disfrutaron de un gran patrimonio, en parte recuperado, que se dilapidaría en la siguiente generación.

En 1578 Francisca enviudó, y después de tres años de luto, en una extraña e incomprensible decisión para una mujer de su fortuna y abolengo,

aceptó casarse con Pedro Arias Portocarrero, un arruinado viudo extremeño, emparentado con quien fuera gobernador de Panamá Pedrarias Dávila. Su existencia se oscurece en éste raro matrimonio hasta su muerte en 1598.

Bibliografía: Rostworowski de Díez Canseco, María *Doña Francisca Pizarro. Una ilustre mestiza, 1534-1598*. Instituto de estudios Peruanos, Lima, 1989; Vargas Llosa, Álvaro *La mestiza de Pizarro. Una princesa entre dos mundos* Editorial Aguilar, Madrid, 2003.

Los tres hijos varones tuvieron una vida efímera. **Gonzalo** (1535 -1546), nacido y bautizado en Lima, cuya madre era la princesa Inés Huaylas murió a los once años de edad. **Francisco** (1539 - 1558), de origen cuzqueño, su madre fue la princesa inca Angelina. Francisco se casó en Trujillo (Cáceres) con su prima carnal Inés Pizarro, y falleció sin descendencia con escasos dieciocho años. **Juan** (1540 -1551), nacido en la Ciudad de los Reyes y cuya madre también fue la princesa Angelina, murió sin siquiera llegar a la adolescencia.

Madrid, Abril de 2009.

Plaza Mayor de Trujillo.



Plaza Mayor de Trujillo con el palacio de la Conquista a la izquierda, mandado construir por Hernando Pizarro, y la estatua ecuestre de Francisco Pizarro en primer plano a la derecha. (Fotografía de José M^a González Ochoa)

ANEXOS DOCUMENTALES

ANEXO I

REQUERIMIENTO

Provisión que se manda al marqués don Francisco de Pizarro para que pudiese continuar las conquistas de las provincias del Perú. La forma y orden que se ha de tener en el requerimiento que de parte de su Majestad se ha de hacer a los Indios Caribes, alzados en la provincia del Perú, es el siguiente:

De parte del Emperador y Rey don Carlos, y doña Juana, su madre, Reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano, Condes de Barcelona, Señores de Vizcaya y de Molina, Duques de Atenas y Neopatria, Condes de Ruy-sellón y de Cerdeña, Marqueses de Oristán y de Gociano, Archiduque de Austria, Duques de Borgoña y de Bravante, Condes de Flandes y de Tirol, etc. Domadores de gentes bárbaras.

Sus criados os notificamos y hacemos saber, como mejor podemos, que Dios nuestro Señor, uno y eterno, creó el cielo y la tierra, y un hombre y una mujer, de quien nos y vosotros y todos los hombres del mundo fueron y son descendientes y procreados, y todos los que después de nosotros vinieran. Mas por la muchedumbre de la generación que de estos ha salido desde [hace] cinco mil y hasta más años que el mundo fue creado, fue necesario que los unos hombres fuesen por una parte y otros por otra, y se dividiesen por muchos Reinos y provincias, que en una sola no se podían sostener y conservar.

De todas estas gentes Dios nuestro Señor dio cargo a uno, que fue llamado S. Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese señor y

superior a quien todos obedeciesen, y fue cabeza de todo el linaje humano, dondequiera que los hombres viniesen en cualquier ley, secta o creencia; y dióle todo el mundo por su Reino y jurisdicción, y como quiera que él mandó poner su silla en Roma, como en lugar más aparejado para regir el mundo, y juzgar y gobernar a todas las gentes, cristianos, moros, judíos, gentiles o de cualquier otra secta o creencia que fueren. A este llamaron Papa, porque quiere decir, admirable, padre mayor y gobernador de todos los hombres.

A este San Pedro obedecieron y tomaron por señor, Rey y superior del universo los que en aquel tiempo vivían, y así mismo han tenido a todos los otros que después de él fueron elegidos al pontificado, y así se ha continuado hasta ahora, y continuará hasta que el mundo se acabe.

Uno de los Pontífices pasados que en lugar de éste sucedió en aquella dignidad y silla que he dicho, como señor del mundo hizo donación de estas islas y tierra firme del mar Océano a los dichos Rey y Reina y sus sucesores en estos Reinos, con todo lo que en ella hay, según se contiene en ciertas escrituras que sobre ello pasaron, según se ha dicho, que podréis ver si quisieseis. Así que sus Majestades son Reyes y señores de estas islas y tierra firme por virtud de la dicha donación; y como a tales Reyes y señores algunas islas más y casi todas a quien esto ha sido notificado, han recibido a sus Majestades, y los han obedecido y servido y sirven como súbditos lo deben hacer, y con buena voluntad y sin ninguna resistencia y luego sin dilación, como fueron informados de los susodichos, obedecieron y recibieron los varones religiosos que sus Altezas les enviaban para que les predicasen y enseñasen nuestra Santa Fe y todos ellos de su libre, agradable voluntad, sin premio ni condición alguna, se tornaron cristianos y lo son, y sus Majestades los recibieron alegre y benignamente, y así los mandaron tratar como a los otros súbditos y vasallos; y vosotros sois tenidos y obligados a hacer lo mismo.

Por ende, como mejor podemos, os rogamos y requerimos que entendáis bien esto que os hemos dicho, y toméis para entenderlo y deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo, y reconozcáis a la Iglesia por señora y superiora del universo mundo, y al Sumo Pontífice, llamado Papa, en su nombre, y al Emperador y Reina doña Juana, nuestros señores, en su lugar, como a superiores y Reyes de esas Islas y Tierra Firme, por virtud

de la dicha donación y consintáis y deis lugar que estos padres religiosos os declaren y prediquen lo susodicho.

Si así lo hicieseis, haréis bien, y aquello que sois tenidos y obligados, y sus Altezas y nos en su nombre, os recibiremos con todo amor y caridad, y os dejaremos vuestras mujeres e hijos y haciendas libres y sin servidumbre, para que de ellas y de vosotros hagáis libremente lo que quisieseis y por bien tuvieseis, y no os compelerán a que os tornéis cristianos, salvo si vosotros informados de la verdad os quisieseis convertir a nuestra santa Fe Católica, como lo han hecho casi todos los vecinos de las otras islas, y allende de esto sus Majestades os concederán privilegios y exenciones, y os harán muchas mercedes.

Y si así no lo hicieseis o en ello maliciosamente pusieseis dilación, os certifico que con la ayuda de Dios, nosotros entraremos poderosamente contra vosotros, y os haremos guerra por todas las partes y maneras que pudiéramos, y os sujetaremos al yugo y obediencia de la Iglesia y de sus Majestades, y tomaremos vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos y los haremos esclavos, y como tales los venderemos y dispondremos de ellos como sus Majestades mandaren, y os tomaremos vuestros bienes, y os haremos todos los males y daños que pudiéramos, como a vasallos que no obedecen ni quieren recibir a su señor y le resisten y contradicen; y protestamos que las muertes y daños que de ello se siguiesen sea a vuestra culpa y no de sus Majestades, ni nuestra, ni de estos caballeros que con nosotros vienen; y de como lo decimos y requerimos pedimos al presente escribano que nos lo dé por testimonio signado, y a los presente rogamos que de ello sean testigos.

Señalada del Conde, Doctor Beltrán. Licenciado Carabajal. Licenciado Bernal, Licenciado Mercado de Peñalosa.

Esta se despachó para el Marqués don Francisco Pizarro en ocho de Marzo, de mil quinientos y treinta y tres, cuando se le envió provisión para que pudiese continuar la conquista y población de las provincias del Perú.

ANEXO 2

LAS LEYES NUEVAS (1542)

Don Carlos, por la divina clemencia, Emperador siempre augusto, Rey de Alemania, Doña Juana su madre, y el mismo Don Carlos, por la misma gracia, Reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras y de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano, Condes de Barcelona, Señores de Vizcaya y de Molina, Duques de Atenas y de Neopatria, Condes del Rosellón y de Cerdeña, Marqueses de Oristán e de Gociano, Archiduques de Austria, Duques de Borgoña y de Brabante, Condes de Flandes y de Tirol: Al Ilustrísimo Príncipe Don Felipe, nuestro muy caro y muy amado nieto y hijo, y a los infantes nuestros nietos y hijos, y al presidente y los del nuestro Consejo de las Indias, y a los nuestros virreyes, presidentes y oidores de las nuestras Audiencias y Chancillerías reales de las dichas nuestras Indias, Islas e Tierra-Firme del Mar Océano, y nuestros gobernadores, alcaldes mayores y otras nuestras justicias, y a todos los concejos, justicias, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y cinco buenos de todas las ciudades, villas y lugares de las dichas nuestras Indias, Islas e Tierra-Firme del Mar Océano, descubiertas y por descubrir, y otras cualesquiera personas, capitanes, descubridores y pobladores y vecinos y habitantes y estantes y naturales de ellas, de cualquier estado y calidad y condición y preeminencia que sean, así a los que ahora sois, como a los que fuereis de aquí en adelante, y a cada uno y cualquiera de vos en vuestros lugares y jurisdicciones, a quien esta nuestra carta fuere mostrada, o su traslado signado de escribano público, o de la parte supiereis, y lo en ella contenido o cualquier cosa o parte toca y atañe y atañer puede en cualquier manera, salud y gracia. Sepáis que habiendo muchos años ha tenido voluntad y determinación de ocupar

nos despacio en las cosas de las Indias, por la gran importancia de ellas, así en lo tocante al servicio de Dios nuestro Señor y aumento de su santa fe católica, como en la conservación de los naturales de aquellas partes, y buen gobierno y conservación de sus personas, aunque hemos procurado desembarazarnos para este efecto, no ha podido ser por los muchos y continuos negocios que han ocurrido, de que no nos hemos podido excusar, y por las ausencias que de estos reinos, yo el Rey, he hecho por causas tan necesarias como a todos es notorio; y dado que esta frecuencia de ocupaciones no haya cesado este presente año, todavía hemos mandado juntar personas de todos estados, así perlados como caballeros y religiosos, y algunos del nuestro Consejo, para tratar las cosas de más importancia de las que hemos tenido información que se debía mandar proveer. Lo cual maduramente conferido, y en presencia de mí el Rey diversas veces platicado y discutido y finalmente habiéndome consultado el parecer de todos, me resolví en mandar proveer y ordenar las cosas que de uso serán contenidas, las cuales, demás de las otras ordenanzas y provisiones que en diversos tiempos hemos mandado hacer, según por ellas parecerá, mandamos que sean de aquí adelante guardadas por leyes inviolablemente.

- 1.- Los miembros del Consejo de Indias deberán seguir con la costumbre de reunirse tres horas por la mañana y tres por la tarde.
- 2.- Los pleitos superiores a los 500 pesos de oro tendrán que ser resueltos con el voto favorable de al menos tres jueces del Consejo de Indias. Para agilizar los trámites, los pleitos inferiores a los 500 pesos de oro podrán ser resueltos con el voto de solo dos jueces.
- 3.- Para evitar solapamiento de competencias judiciales, el Consejo de Indias respetará la territorialidad de las Audiencias recién creadas de Nueva España, Perú, Guatemala, Nicaragua y La Española.
- 4.- Ningún familiar ni allegado del presidente, secretario, fiscal y relator del Consejo de Indias podrá ser procurador ni solicitador en ningún negocio indiano, so pena del destierro del reino por diez años.
- 5.- El Consejo de Indias guardará las Leyes y ordenanzas de existentes y especialmente los del Consejo Real y las Audiencias a fin de evitar posibles actos de soborno y prevaricación.
- 6.- Los miembros del Consejo de Indias no se ocuparán de los negocios particulares de los reinos de las Indias. Dichos asuntos se resolverán

en las Audiencias de aquellos territorios. El Consejo de Indias revisará los juicios de residencia de las autoridades de Indias y las visitas realizadas a los territorios indianos.

- 7.- Los miembros del Consejo de Indias revisaran el cuidado y buen gobierno dado a los indios, así como la administración de su justicia.
- 8.- El Consejo de Indias se ocupará en “pensar y saber en qué cosas nos podemos justamente ser servidos y aprovechados de las cosas de las Indias”.
- 9.- El Consejo se ocupará de forma especial en revisar con cuidado que se cumpla lo ordenado y mandado para aquellas tierras.
- 10.- En el reino del Perú residirá el virrey y la Audiencia de Lima, formada por cuatro oidores letrados y presidida por el virrey, sustituirá a la anterior de Panamá que quedara a partir de este momento disuelta.
- 11.- Se crea la Audiencia de los confines de Guatemala y Nicaragua, por cuatro oidores, siendo uno de ellos el presidente.
- 12.- Las causas civiles criminales pendientes serán resueltas por las Audiencias de las Indias, sin que haya posibilidad de apelación o recursos a las sentencias dictadas por dichas Audiencias (excepto aquellos pleitos de más de 10.000 pesos de oro, que podrán ser revisados por el monarca en segunda súplica).
- 13.- Los jueces que vean la segunda súplica a que hace referencia el punto anterior determinaran la causa por el mismo proceso realizado por la Audiencia de Indias, sin poder admitir más pruebas y alegaciones al efecto.
- 14.- En las Audiencias de Indias las cartas, provisiones y otras cosas que en ellas se proveyeren se despacharan en nombre del rey y llevarán el sello real.
- 15.- Si la causa que viera la Audiencia de Indias es mayor de 500 pesos de oro deberá haber tres votos conformes de los cuatro oidores. Si la causa es de menor cuantía se necesitarán solamente dos votos conformes.
- 16.- Las apelaciones que se interpusieren de los gobernadores donde no hay Audiencia real se verán en la Audiencia del distrito y jurisdicción que le corresponda y en este caso no se permitirá una segunda suplicación.

- 17.- En todos los asuntos que estas leyes no indiquen cómo hay que actuar, se guardarán las ordenanzas de las ciudades de Granada y Valladolid. Lo correspondiente a los asuntos de los corregidores y jueces de residencia se guardará lo que mandan las leyes y ordenanzas de los reinos de la Península.
- 18.- Los presidentes y oidores tomarán residencia a los gobernadores y tras justicias ordinarias cuando les pareciere que conviniere. Las residencias de los gobernadores se enviarán al Consejo de Indias para que se vean y determine lo proceda. El resto de las residencias serán dictaminadas y sentenciadas por los presidentes y oidores de las Audiencias reales de Indias.
- 19.- Debido a que uno de los asuntos principales es el buen tratamiento de los indios, las Audiencias informarán de los daños a que son sometidos por cualquier persona. Castigarán a los culpables con todo rigor y se evitará la dilación maliciosa de los juicios.
- 20.- No se podrá convertir ni tratar como esclavo a ningún indio por ninguna causa (ni siquiera por título de guerra, rebelión o rescate). Los indios serán tratados como vasallos que son de la Corona de Castilla.
- 21.- Nadie podrá utilizar el trabajo de los indios contra su voluntad.
- 22.- Las Audiencias pondrán en libertad inmediatamente a los indios que hasta la hayan sido convertidos en esclavos.
- 23.- Los indios no podrán ser utilizados como bestias de carga. En los casos y lugares que no “se pueda excusar”, se hará de tal forma que no se siga perjuicio alguno para su salud y vidas. En ningún caso se hará en contra de su voluntad.
- 24.- Ningún indio podrá ser utilizado contra su voluntad en la pesquería de perlas. Si es necesario se cancelará la pesca de perlas “porque estimamos que es mucho más, como es razón, la conservación de sus vidas, que el interés que nos pueda venir de las perlas”
- 25.- Se pondrá inmediatamente a disposición de la Corona todos los indios hasta la fecha estaban encomendados a los virreyes, los gobernadores, oficiales o los prelados.
- 26.- Todos los indios que estuvieren sirviendo a cualquier persona sin el título correspondiente pasarán a depender desde este momento de la Corona.

- 27.- Se reducirá el número de indios encomendados en aquellos repartimientos que se considere sean excesivamente numerosos. Los indios que den vacantes como consecuencia de la reducción pasaran a disposición real o se repartirán entre los primeros conquistadores que hasta la fecha por las circunstancias que fueren no tengan asignados indios de repartimiento.
- 28.- Los indios encomendados que sean tratados mal por sus encomenderos serán puestos a disposición real, perdiendo el encomendero todos sus derechos sobre los dichos indios.
- 29.- Ningún virrey, gobernador, Audiencia, descubridor ni ninguna otra persona podrá a partir de este momento encomendar indios por ninguna vía ni circunstancia. Cuando vayan muriendo los encomenderos, los indios pasarán a disposición de la Corona.
- 30.- Los presidentes y oidores de las Audiencias vigilarán que los indios que vayan quedando libres de encomiendas sean tratados bien e instruidos en la religión católica.
- 31.- Los corregimientos serán proveídos en primer lugar entre los primeros conquistadores, posteriormente entre los pobladores casados y luego entre los pobladores restantes.
- 32.- Los pleitos que los españoles tengan con los indios se remitirán directamente al rey para que se provea lo que se considere conveniente. Los pleitos existentes se suspenderán, remitiendo la causa y el expediente al rey.
- 33.- Todo el que quiera realizar descubrimientos por mar deberá pedir previamente licencia a la Audiencia del distrito que corresponda. Bajo ninguna circunstancia podrá convertir en esclavos a los indios de la región descubierta ni venderlos a terceras personas, aunque se diga que los propios indios se los vendieron por esclavos. Se podrá utilizar y desplazar solamente hasta tres o cuatro personas para ser utilizados como intérpretes.
- 34.- El descubridor dará cuenta a su correspondiente Audiencia de lo descubierto. La relación será enviada al Consejo de Indias para que se provea lo que sea conveniente para el servicio de Dios y se pueda proceder a recompensar al descubridor de la forma que se considere

oportuna. Las Audiencias enviaran en cada expedición de descubrimiento uno o dos religiosos y si los religiosos se quieren quedar en la región descubierta lo podrán hacer.

- 35.- Ningún virrey ni gobernador podrá a partir de este momento dar licencias para realizar nuevos descubrimientos ni por mar ni por tierra.
- 36.- Los descubrimientos realizados hasta la fecha se regirán por las presentes Ordenanzas y las instrucciones que las Audiencias diesen al efecto, independientemente de las capitulaciones que previamente se hayan efectuado. En caso de no guardar las presentes Ordenanzas, perderán todos sus cargos y mercedes otorgados. En todos los casos los indios deberán ser bien tratados y evangelizados.
- 37.- Los descubridores deben realizar las tasaciones de lo que los indios deben contribuir en tributos y servicios como vasallos que son del rey. El tributo será siempre moderado. Los descubridores no podrán servirse de los indios y solo podrán cobrar sus tributos en la cantidad y las condiciones que indiquen las Audiencias correspondientes.
- 38.- Las Audiencias enviarán al Consejo de Indias la información oportuna de las personas que hacen peticiones de mercedes para que el rey pueda resolver convenientemente las mencionadas peticiones.
- 39.- Los indios que quedan en las islas de San Juan, Cuba y La Española no serán molestados con tributos ni con ningún servicio de ninguna clase. Se les dejara en libertad sin ser molestados para que pueda reproducirse convenientemente. Se les instruirá en verdades de la fe católica.

Estas Ordenanzas serán enviadas urgentemente a todos los lugares para que sean cumplidas de forma inmediata y correcta. Serán traducidas a los indios para que las entiendan correctamente. Establece penas de 1.000 castellanos de oro a aquellos que contravengan lo dispuesto. Barcelona, 20 de noviembre de 1542.

ANEXO 3

PROYECTO ACADÉMICO DE INVESTIGACIÓN BIOARQUEOLÓGICO E HISTORIOGRÁFICO FRANCISCO PIZARRO-PAIBHFP

EDWIN RAÚL GREENWICH CENTENO
Director del PAIBHFP

El presente proyecto denominado, “PROYECTO ACADÉMICO DE INVESTIGACIÓN BIOARQUEOLÓGICO E HISTORIOGRÁFICO FRANCISCO PIZARRO”, es un proyecto de investigación científica multidisciplinario el cual se ha planteado dentro del marco de investigación que vengo realizando como parte de mis estudios universitarios de arqueología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Este proyecto, como su nombre lo indica, involucra dos disciplinas muy importantes del saber científico que son la Bioarqueología (en el campo del estudio de los huesos humanos) y la Historia. Ambas disciplinas conjugan en sus respectivos roles y sus propios métodos una pieza importante en el desarrollo de la investigación, por lo cual se plantea la necesidad de trabajar con un equipo multidisciplinario que incluya especialistas en diferentes áreas de investigación afines.

Cabe recalcar que las personas que trabajamos en este proyecto científico aportamos cada quien con sus conocimientos en la materia que nos compete, esto nos ayudará, sin embargo, a tener una visión de conjunto sobre el tema de investigación que estamos tratando.

Hemos venido trabajando desde fines del mes de diciembre del año 2006 hasta la actualidad y lo seguiremos haciendo hasta concluir nuestra investigación.

PRESENTACIÓN

Toda actividad humana deja siempre vestigios de su existencia en los objetos creados y/o usados por el hombre a lo largo de su vida (objetos materiales que con el paso del tiempo pasan a convertirse en reductos de actividad social, los cuales son de suma importancia para el trabajo de investigación arqueológica, tomando la forma de registro arqueológico) y en las alteraciones de su propio cuerpo (material óseo) producto de la actividades practicadas a lo largo de su vida y del cuidado al que era sometido el cuerpo.

En el caso de una obra arquitectónica al estudiar la forma, la técnica, los materiales, adosamientos, volumen, etc; se logra conocer el cómo se organizó la sociedad para realizarla (quienes dirigen, quienes construyen, quienes traen el material, que artefactos emplearon y el porqué la construyeron). Así mismo en los huesos humanos al examinar grosos, marcas musculares, marcas de infecciones, malformaciones, etc; se logra aproximaciones de las actividades que realizaba el individuo, enfermedades que padecía, como se nutria, así como aproximarnos a los ritos funerarios practicados por la sociedad de su tiempo y establecimiento de diferencias de estatus (cuando este tipo de estudios se realiza con varios individuos, es posible obtener índices de tipo demográfico).

La información que se obtiene del material óseo es tan importante como la información que puede proporcionar otros vestigios de la actividad humana, tanto más aun por ser este material, un vestigio del mismo hombre que realizó la actividad y cuya influencia se puede ubicar en sus propios restos.

Tomando en cuenta lo mencionado el presente proyecto tiene como principal propósito la reconstrucción de la vida biográfica del conquistador del Perú, Señor Marqués Don Francisco Pizarro –quien nació y vivió entre los años 1478 o ¿1482? y 1541- sobre la base de estudios historiográficos, arqueológicos y bioantropológicos, lo cual requiere llevar a cabo un estudio sistemático y paulatino de los datos históricos (crónicas, archivos históricos, publicaciones recientes, documentos inéditos, etc) que se tengan sobre su vida así como un análisis minucioso del material óseo recuperado de su tumba, para establecer relaciones que nos permitan otorgar un diagnóstico más certero.

RESULTADOS PRELIMINARES DEL ESTUDIO DE LOS RESTOS ÓSEOS ATRIBUIDOS A FRANCISCO PIZARRO

I. Articulaciones Óseas

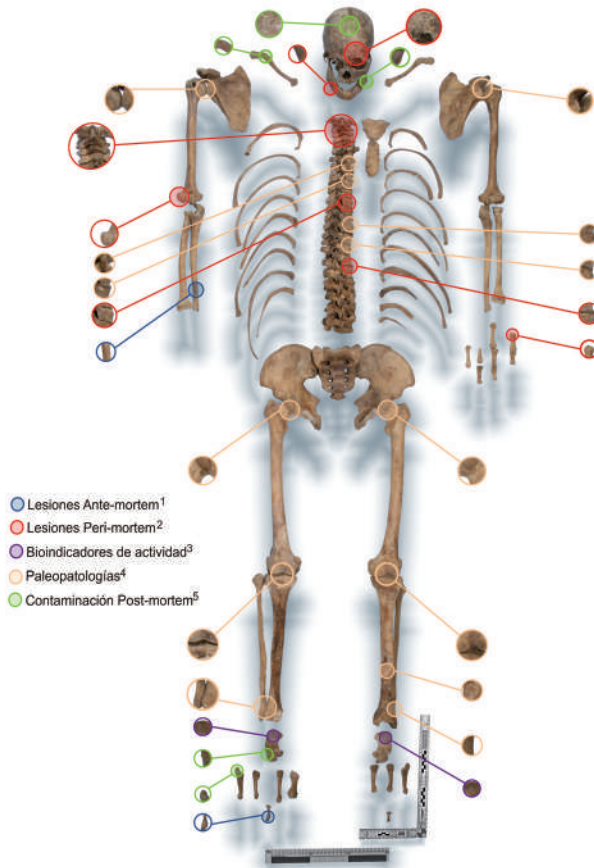
Todas las articulaciones de las piezas óseas del esqueleto son consistentes. La referencia en el “Informe Guillén” sobre una posible mezcla de diferentes individuos queda descartada. El PAIBHFP ubicó y separó algunas piezas óseas que no tenían correspondencia con el esqueleto, quedando solo aquellas que sí le pertenecían para efectos del estudio.

II. Respecto al Aspecto Físico de Pizarro

a) Aspecto Físico General:

El esqueleto corresponde a un individuo adulto de sexo masculino, con textura robusta, lo cual es consistente con alguien que ha realizado gran actividad física en vida. Edad biológica aproximada de 58 +/-8 años, diestro, de 1.72 +/- 7 cm de estatura aproximada. Los rangos establecidos encajan dentro de las características atribuidas a Francisco Pizarro, “... *hombre alto, grande de cuerpo, bien hecho y no mal gestado*” (Del Busto, 2001).

Esqueleto de Pizarro con evidencias.



Esqueleto completo de Francisco Pizarro indicando la evidencia estudiada por el PAIBHFP. (Fotografía Ronal Huallpa, 2008)

Leyenda:

- 1. Lesiones o "heridas" que el individuo sufre en vida y sobrevive a ellas.*
- 2. Lesiones o "heridas" que se provocan momentos antes o alrededor de la muerte.*
- 3. Marcas o improntas dejadas en los huesos producto de las actividades que el individuo realizó a lo largo de su vida.*
- 4. Enfermedades que el individuo sufrió a lo largo de su vida.*
- 5. Agentes contaminantes de diversa índole (metal, ácido u otras sustancias orgánicas e inorgánicas) presentes en el espacio donde yacían los restos después de ser inhumados.*

b) Respecto al Cráneo:

- Hay consistencia en la articulación tanto entre la región de la base del cráneo (*articulación de los cóndilos del hueso occipital*) con la primera vértebra cervical (*carillas articulares superiores del atlas*), como también entre la unión de la mandíbula con el cráneo (*articulación témporo-mandibular*).
- La presencia de regiones reabsorbidas de los alvéolos por ausencia de piezas dentarias antemortem en la mandíbula genera la reducción del tamaño del cuerpo mandibular, la ligera oblicuidad de la rama ascendente, ligera apertura del ángulo gonial y la ligera inclinación del cuello del cóndilo hacia atrás, lo que en apariencia genera la expansión del cuerpo mandibular sobresaliendo más allá del plano de la cara. Sin embargo esta es una condición normal de la mandíbula de un individuo de avanzada edad que ha perdido la mayoría de las piezas dentales en vida, descartando así la posibilidad que la pieza ósea no le pertenezca.
- El cráneo es aparentemente más pequeño y grácil con relación a la proporción del resto de la osamenta, sin embargo presenta rasgos masculinos marcados a excepción de la cresta nugal (grado 3). La gracilidad y dimensión del cráneo puede deberse al proceso de gracilización morfológica que se presenta en cráneos de personas de avanzada edad, llegando incluso atenuar las diferencias morfológicas que permiten observar el dimorfismo sexual.

Cráneo de Francisco Pizarro



Imagen en vista lateral izquierda del cráneo de Francisco Pizarro en correcta articulación con las seis primeras vértebras cervicales. La guía indica la trayectoria de una lesión cortante penetrante por debajo de la mandíbula. (Fotografía de E. Raúl Greenwich. 2007).

III. Respecto a las Lesiones

Los estudios del mecanismo lesionario lograron establecer que el esqueleto presenta más de 16 lesiones entre cortantes-penetrantes y cortantes-contundentes, a nivel la cabeza, garganta y cuello, tórax, abdomen, brazo derecho y mano izquierda. Dichas lesiones fueron causadas por varios artefactos de corte laminar de uno o doble filo, con variada intensidad de fuerza aplicada al momento de propinar la lesión y desde diferentes posiciones. La mayoría de las lesiones se ubican de lado derecho. La relación estructural entre las lesiones y su naturaleza así como las direcciones establecidas en las

piezas óseas comprometidas nos permiten establecer que el esqueleto presenta lesiones consistentes con el ataque referido en las crónicas sobre la muerte de Francisco Pizarro.

Esqueleto completo con lesiones cortantes



Esqueleto completo de Francisco Pizarro indicando las lesiones cortantes penetrantes y cortantes contundentes estudiadas por el PAIBHFP. Nótese que la dirección de todas las lesiones es de lado lateral derecho, lo cual indica que esta región del cuerpo estuvo más expuesta a los atacantes, puesto que debió hacer uso del miembro superior derecho para su defensa ante el ataque, haciendo esa región del cuerpo más propensa a recibir lesiones. (Fotografía de Ronal Huallpa)

IV. Respecto al Estilo de Vida

Para José Antonio del Busto, Francisco Pizarro en la vejez llevó una vida apacible lejos de las campañas y de antiguos oficios, lo cual acelera las enfermedades propias de la edad senil. Así pues el esqueleto presenta signos de proceso degenerativo producto de la edad avanzada, las viejas lesiones en el pie derecho y brazo derecho evidencian, como era de suponerse, que Francisco Pizarro llevó un estilo de vida bastante agitado, las marcas en los talones implican grandes caminatas en combates o viajes. El aumento en la densidad ósea y engrosamiento del hueso supone la presencia de una condición patológica conocida como Enfermedad de Paget, lo cual no ha sido descartado aún.

Análisis de elementos traza establecieron una dieta basada en alimentos de origen de vegetal.

V. Respecto a la Inhumación

Los exámenes de mudas de moscas necrófagas no descartan la posibilidad que el cuerpo haya sido inhumado pocas horas después de su muerte, como lo indican las crónicas, ya que la naturaleza de las moscas que participan en el proceso de descomposición pueden desarrollarse con poco oxígeno.

Los exámenes de Espectrometría de Fluorescencia de Rayos X establecieron que el cráneo estuvo en contacto por tiempo prolongado con el plomo, lo cual se corresponde con el acta de 1661 donde se hace referencia a este hecho. Igualmente demostró que cuando menos el pie derecho estuvo en contacto con cobre, posible metal del cual eran las espuelas con la que fue inhumado el cuerpo según las crónicas de la época. Esta referencia tendrá que ser corroborada históricamente.

Conclusión Preliminar

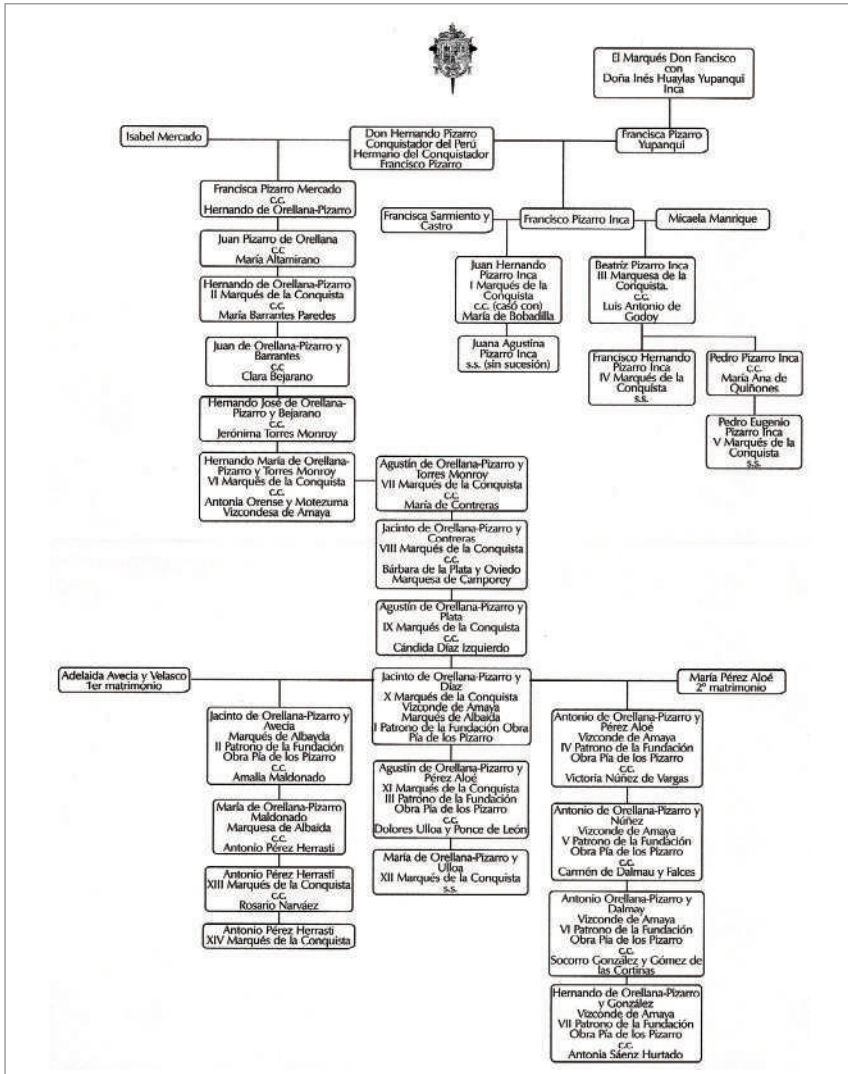
La evidencia en los restos óseos es una pieza más en el rompecabezas que se debe armar en el largo proceso de la autenticación de los restos de Pizarro. Las circunstancias del hallazgo de los restos al interior de La Cripta Arzobispal de la Basílica Catedral de Lima en 1977, el contexto de su tumba, la caja de plomo -conteniendo un cráneo en su interior-, en cuya tapa se puede leer claramente *“Aqui esta la cabeça del señor Marqves Don Fansisco*

Pizarro que descubrió y ganó los reinos del Perú y puso en la Real Corona de Castilla”, el acta fechada en 1661 donde se hace referencia al cráneo de Pizarro en una caja de plomo; la caja desarmada forrada con terciopelo negro con la impronta de la Cruz de la Orden de Santiago en la que fue enterrado Pizarro después de su primera exhumación según actas de 1544; son evidencias de naturaleza arqueológica y documental que sirven como base y refuerzan aún más la teoría de la autenticidad.

La coincidencia de estos hallazgos arqueológicos relacionados a una osamenta que es consistente con la de un hombre que participó en los episodios históricos del aventurero extremeño, conquistador y Marqués Gobernador del Perú Don Francisco Pizarro, hace suponer que en efecto estamos ante sus auténticos restos. Sin embargo consideramos que por tratarse de un personaje de relevada importancia histórica se debe agotar todos los recursos científicos posibles con el objeto de despejar y desterrar falsas teorías, es ese sentido que el PAIBHFP amplió la investigación sobre los restos con el objeto de estudiar al hombre detrás de la historia a través de sus huesos; de igual manera el desarrollo los estudios genéticos proveen un marco de investigación con ADNmt que proporcionará una aproximación al 99.9% sobre la autenticidad de la osamenta. Dichos resultados se expondrán en una próxima publicación donde se detallará todos los métodos utilizados en la investigación y los hallazgos realizados.

ANEXO 4

CUADRO GENEALÓGICO DE LA FAMILIA PIZARRO DESDE FRANCISCO HASTA LA ACTUALIDAD



CRONOLOGÍA DE FRANCISCO PIZARRO

- 1478.- Nacimiento en Trujillo (Cáceres).
- 1502.- Primer viaje a Las Indias: salida con Ovando hacia La Española.
- 1509.- Parte en la expedición de Ojeda a Tierra Firme y al año siguiente participa en la fundación de San Sebastián y Santa María de la Antigua en el Golfo de Urabá.
- 1513.- Junto a Nuñez de Balboa descubre el océano Pacífico.
- 1517.- Apresamiento, proceso y ejecución de Vasco Nuñez de Balboa.
- 1518.- Vecino y hacendado en Panamá
- 1519.- Junto con Almagro y Hernando de Soto realiza expediciones por el istmo.
- 1524.- El 14 de noviembre inicia el primer viaje en busca del Perú.
- 1526.- Tras sellar el *Pacto de Panamá* y crear *La Compañía de Levante* con Almagro y Luque, Pizarro inicia su segundo viaje al Perú. Isla de La Gorgona. La Isla del Gallo y los Trece de la Fama. Descubrimiento de Tumbes y llegada hasta el río Santa.
- 1527.- Regreso a Panamá tras un viaje de 18 meses.
- 1528.- Viaje a España. Entrevista con el emperador Carlos I.
- 1529.- Capitulación de Toledo. Visita a Trujillo.
- 1530.- Salida hacia Panamá desde Sanlúcar. En noviembre Pizarro inicia la expedición definitiva al Perú

- 1532.- El Inca Atahualpa es apresado y su ejército vencido en Cajamarca. Francisco Pizarro Gobernador de Nueva Castilla.
- 1533.- Almagro y los Oficiales Reales llegan a Cajamarca. Reparto del botín. Juicio y muerte de Atahualpa. Tubalipa es elegido nuevo Inca. Los españoles entran en Cuzco.
- 1534.- Jauja se convierte en la capital de Nueva Castilla, aquí nace Francisca, primera hija de Pizarro y la princesa inca Inés Huaylas. Pedro Alvarado intenta apoderarse de Quito y los territorios del norte.
- 1535.- Fundación de Lima, nueva capital del Perú. Primeras disensiones graves entre almagrista y pizarristas. Diego de Almagro inicia su expedición a Chile.
- 1536.- Rebelión del Inca Manco Yupanqui. Sitio de Cuzco. Nace Gonzalo, segundo hijo de Pizarro.
- 1537.- Regreso de Almagro a Cuzco. Inicio de la guerra civil.
- 1538.- Derrota del ejército almagrista en la batalla de Las Salinas. Almagro es ajusticiado. Pizarro se instala en Cuzco y visita el sur de Perú.
- 1539.- Nacimiento de Francisco, tercer hijo de Pizarro, primero con su nueva compañera, Angelina. Pedro Valdivia marcha a Chile.
- 1540.- El Gobernador regresa a Lima. Nace Juan el cuarto hijo de Pizarro
- 1541.- El 26 de junio Francisco Pizarro es asesinado por los partidarios de Diego Almagro “el Mozo”. Cristóbal Vaca de Castro nuevo Gobernador de Perú.
- 1542.- Se dictan Las Nuevas Leyes de Indias. Blasco Nuñez de Vela es nombrado Virrey del Perú.
- 1545.- Nuñez de Vela es asesinado por los partidarios de Gonzalo Pizarro, se desencadena otra guerra civil.
- 1546.- Pedro La Gasca, Virrey del Perú.
- 1549.- Final de las guerras civiles en Perú.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DIRECTAS - CRONISTAS DEL PERÚ

- Andagoya, Pascual de *Relación y Documentos* Edición de Adrián Blázquez. Madrid, Historia 16, 1987.
- Cieza de León, Pedro *La Crónica del Perú*. Edición de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid, Historia 16, 1987.
El señorío de los incas. Edición de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid, Historia 16 , 1987
Descubrimiento y conquista del Perú. Edición de Carmelo Sáenz. Madrid, Historia 16 , 1987
- Estete, Miguel *Verdadera relación de la conquista de Perú*. Introducción y notas de Carlos Manuel Larrea. Quito, Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos (octubre/noviembre 1918, págs. 300-350).
Noticia del Perú o El descubrimiento y conquista del Perú, Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, edición de Carlos A. Romero y Horacio H. Arteaga. Lima, segunda serie, tomo 8º, 1924; Lima, Biblioteca peruana, primera serie, tomo I, 1968.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*. Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851.
- Garcilaso de la Vega, Inca *Comentarios Reales*. Edición de Pedro Crasbeeck. Lisboa 1609
Historia General del Perú. Córdoba, 1617
- Huaman Poma de Ayala, Felipe *Nueva Crónica y Buen Gobierno* Edición crítica de John Murray y Rolena Adorno. México, Siglo XXI, 3 vols. 1980.

- Jerez, Francisco de *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia de Cuzco, llamada Nueva Castilla*. Edición y estudio introductorio de María Concepción Bravo Guerreira. Madrid, Historia 16, 1985.
- López de Gómara Francisco; *Historia general de las Indias* prólogo y cronología Jorge Gurria Lacroix <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02588400888014428632268/index.htm>. También puede verse: *Anotaciones del Inca Garcilaso a la Historia General de las indias de López Gómara* en : http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/garcilaso/indias.shtml.
- Murúa, Fray Martín de *Historia general del Perú*. Edición de Manuel Ballesteros. Madrid, Historia 16, 1988.
- Ondegardo, Polo de *El mundo de los incas* Edición de Laura González y Alicia Alonso. Madrid, Historia 16, 1990.
- Pizarro, Pedro *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. Edición de Guillermo Lohmann y Pierre Duvois. Lima, Pontificia Universidad Católica de Perú, 1978
- Sancho de Hoz, Pedro *Relación de la Conquista del Perú* Edición e introducción de José M^a González Ochoa. Calahorra (La Rioja), Asociación de Amigos de la Historia de Calahorra, 2004.
- Santillán Figueroa, Hernando de *Relación del origen y gobierno de los incas*. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 209, Madrid, 1968.
- Sarmiento de Gamboa, Pedro *Historia Índica*, prólogo de Roberto Levi-llier. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942.
- Trujillo, Diego de *Relación del descubrimiento del reyno del Pirú* Edición de R. Porras Barrenechea. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1948.
- Zárate, Agustín de *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 26, 1947.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA SOBRE FRANCISCO PIZARRO

- Arciniega, Rosa *Francisco Pizarro: biografía del conquistador del Perú*. Santiago de Chile, Editorial Nacimiento, 1941.
- Ballesteros Gaibrois, Manuel: *Francisco Pizarro*. Madrid, Historia 16/ Protagonistas de América. 1986.

- Busto Duthurburu, José Antonio del *Francisco Pizarro: el marqués gobernador*. Lima, Librería Studium, 1978.
Francisco Pizarro. Madrid, Rialp, 1965.
Francisco Pizarro; Diego de Almagro. Lima, Editorial Universitaria, 1964.
- Cuneo-Vidal, Rómulo *Vida del Conquistador del Perú, don Francisco Pizarro y de sus hermanos*, Barcelona, 1925.
- Díaz Trechuelo López Spínola, M^a Lourdes *Francisco Pizarro, el conquistador del fabulosos Perú*. Madrid, 1983
- González Ochoa, José M^a *Pizarro*. Madrid, Acento Editorial, 2002.
- González Ruiz, Nicolás *Vidas paralelas, Pizarro – Hernán Cortés*, Editorial Cervantes, Barcelona, 1952.
- Hemming, John *La conquista de los Incas*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Huber, Siegfried *Pizarro: oro, gloria y muerte*. Barcelona, Editorial Grijalbo/Círculo de Lectores, 1966.
- Lockhart, Jame *Spanish Perú 1532-1560. A Colonial Society* Madison, University of Wisconsin, 1968.
Los de Cajamarca. Lima, Editorial Milla Batres, 1972.
- Majó Framis, Ricardo *Francisco Pizarro*. Barcelona Círculo de Amigos de la Historia/Editions Ferni. 1972.
- Manrique, Luis *Francisco Pizarro: castuos y quichuas*. Barcelona, Editorial Juventud. 1942.
- Pereyra, Carlos *Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*. Madrid, Editorial América. 1992.
- Porras Barrenechea, Raúl *Pizarro*. Lima, Editorial Pizarro. 1978.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL SOBRE LA CONQUISTA DE PERÚ y LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES

- Bernand, Carmen y Gruzinski, Serge *Historia del Nuevo Mundo*. México, Fondo de Cultura Económica, 2 vols., 1999.
- Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*. (Volúmenes I y II), Cambridge University Press-Crítica, Barcelona, 1998.
- Cuneo Vidal, Rómulo *Historia de las guerras de los últimos incas peruanos*. Barcelona, Maucci, 1925

- Descola, Jean *Los Conquistadores del Imperio español*. Barcelona Editorial Juventud., 1989; 3ª edición.
- Espinosa Soriano, Waldemar *La civilización Inca. Economía, sociedad y estado en el umbral de la conquista hispana*. Lima, Editorial Istmo, 1990.
- Friederici, Georg *El carácter del descubrimiento y de la conquista*. México, Fondo de Cultura económica, 3 vols., 1987-1988.
- Góngora, Mario *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530)*. Santiago de Chile, Centro de Historia Colonial, 1962.
- González Ochoa, José M^a *Atlas Histórico de la América del Descubrimiento*. Madrid, Acento Editorial, 2004.
- González Ochoa, José M^a *Quién es Quién en la América del Descubrimiento*. Madrid, Acento Editorial, 2003.
- González Ochoa, José M^a *América Hispana (1492-1598)*. Madrid, Acento Editorial, 2001.
- Guillén Guillén, Edmundo *Visión peruana de la conquista*. Lima, Milla Batres, 1979.
- Hemming, John *En busca de El Dorado*. Barcelona, Ediciones Serbal, 1984.
- Innes, Hammond: *Los Conquistadores españoles*. Barcelona, Editorial Noguer 1975; 2ª edición.
- Julien, Catherine *Los Incas*. Madrid, Acento Editorial, 2002.
- Kirkpatrick, Frederick Alex *Los Conquistadores españoles*. Madrid 2000, Rialp, 2ª edición.
- León Portilla, Miguel *El reverso de la conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas*. México, Editorial Joaquín Mórtiz, 1964.
- Lockhart, James *El mundo hispanoperuano 1532-1560*. México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Menéndez Pidal, Ramón: *Historia de España* (Volúmenes del XVII al XXII). Madrid, Espasa Calpe, 1979.
- Morales Padrón, Francisco *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*. Madrid, Editorial Gredos, 1998.
- Morales Padrón, Francisco *Atlas Histórico Cultural de América (Vols I y II)*. Las Palmas de Gran Canaria, Comisión de Canarias para la Conmemoración del V Centenario-Consejería de Cultura y Deportes, 1988.

- Morales Padrón, F *Los Conquistadores de la América española*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Pardo, Luis *El Imperio de Vilcabamba: el reinado de los cuatro últimos incas*, Editorial Quosquo, Cuzco, 1972.
- Porras Barrenechaea, Raúl, *Los Cronistas del Perú, 1528-1650 y otros ensayos*. Edición y prólogo de Franklin Pease García-Yrigoyen. Lima, Banco de Crédito del Perú, 1986.
- Ramos Pérez, Demetrio (coord.) *Historia General de España y América*, Madrid. Rialp, 1982-1989.
- Vega, Juan José *Los Incas frente a España. Las guerras de Resistencia (1531-1544)*. Lima, Editorial Peisa, 1992.
- VV.AA.: *Historia General de América Latina*. Madrid, UNESCO-TROTOTA, vols. I, II y III, 2001.
- Watchel, Nathan *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española*, Alianza Editorial, Madrid, 1976.



Patrocina



Edita

